



Jaime —
LINARAS
31



1821 — 28 DE JULIO — 1931

Unión la los

“Colgate posee la mayor eficacia para limpiar los dientes”

dice el DR. PHILIP B. HAWK

*Maestro en Ciencias, Doctor en Filosofía,
Químico de Fama Mundial*

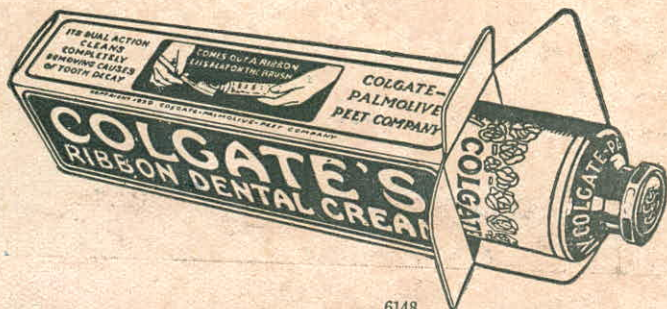
¿QUÉ debe exigir usted de su dentífrico? El prestigioso químico, Dr. Philip B. Hawk se lo dice: La limpieza completa y saludable de la dentadura.

¿Cual es el mejor dentífrico para este fin? El Dr. Hawk tomó diez de los principales productos, estudió sus efectos y descubrió—y téngase presente que este fué un análisis independiente— que “Colgate posee la mayor eficacia para limpiar, debido a su baja tensión superficial.” Este fué el fallo del químico de fama mundial.

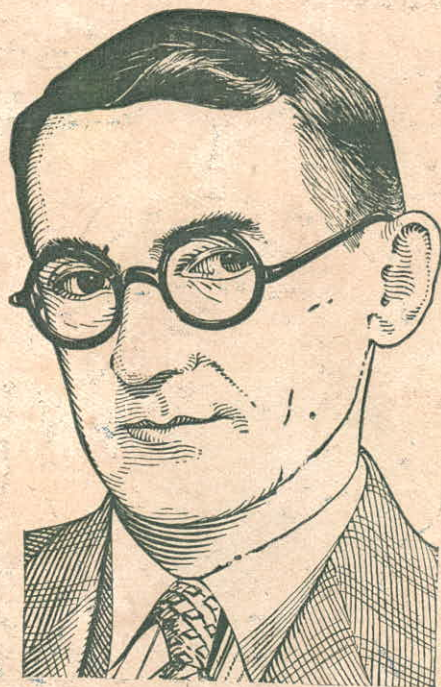
Compárese ésta con las opiniones de eminencias como el Dr. Shirley W. Wynne, Jefe de Salubridad Pública de Nueva York, el Dr. Hardee Chambliss, Decano de la Escuela de Ciencias de la Universidad Católica de América, el Dr. H. H. Bunzell, Doctor en Filosofía de la Universidad de Chicago y otros. Encontrará usted el hecho sorprendente de que concuerdan de lleno con el Dr. Hawk todos estos hombres, que rindieron su opinión experta después de hacer pruebas exigentes.

Encuentran todos que la espuma penetrante de Colgate inunda y desaloja los residuos alimenticios de los intersticios y hendiduras de los dientes, cosa que no hacen las pastas ordinarias. Limpia de veras y así previene la caries.

Este nuevo tesoro de evidencia científica confirma la recomendación que por treinta años han hecho del dentífrico Colgate los dentistas y científicos, haciéndolo el dentífrico de mayor venta en el mundo.



6148



DR. PHILIP BOVIER HAWK

Bachiller en Ciencias, Universidad Wesleyan; Maestro en Ciencias, Universidad de Yale, Doctor en Filosofía, Universidad de Columbia.

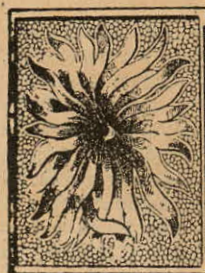
Poseedor de señaladas distinciones como científico; miembro de varias asociaciones internacionales de medicina, bioquímica, biología y química aplicada.

EL DR. HAWK DICE:

“Para conocer la fuerza relativa para limpiar de algunos de los dentífricos más populares, hice un ensayo y comparación. La investigación me comprobó que Colgate posee la mayor eficacia para limpiar, debido a su baja tensión superficial. Esto indica que Colgate no sólo limpia la superficie fácilmente, sino que desaloja los residuos alimenticios de los pequeñísimos intersticios y hendiduras de los dientes. Los otros dentífricos, por su tensión superficial más alta, carecen de esta grande ventaja.

“Colgate merece primera distinción entre estos dentífricos por su cualidad superior para desempeñar la función principal del dentífrico—limpiar completa y saludablemente.”

Philip B. Hawk



VARIEDADES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



EMPRESA EDITORA "LA CRONCA" - "VARIEDADES" S. A.

Jefe de Redacción: Ricardo Vegas García

Gerente: Enrique Rivero Tremouille

POR LA SALUD DE LA PATRIA

Ningún aniversario habrá encontrado, seguramente, al espíritu nacional sufriendo de un malestar tan grave y tan hondo como el presente en que conmemora el Perú ciento diez años de vida libre e independiente.

Nunca habríamos imaginado, que después de una centuria de dolorosa experiencia democrática, el Perú iba a entrar en un período de aguda crisis política y económica que ha puesto a la nacionalidad al borde del desastre y de la ruina.

No vamos, por cierto, a hacer una exégesis detenida de las causas sociológicas e históricas que han originado tan horrenda crisis; pero, si juzgamos necesario dejar claramente establecido que ella ha sido producida más que por los agentes exógenos, que intervienen siempre en el proceso evolutivo de los pueblos, por factores endógenos, constituídos por las taras psicológicas y morales de los hombres que han regido los destinos del país en los últimos años, que sólo se preocuparon de la satisfacción de sus intereses personales, sin importarles un ardite la salud ni la ventura de la patria.

El Perú ha tenido la desgracia de vivir durante once años sojuzgado por la acción opresora de un grupo de hombres, que se enseñorearon del gobierno con audacia inverosímil, y en el que cometieron todo linaje de atentados y de errores. Carentes de pureza cívica y de fervor patriótico, no contemplaron para nada el bienestar general del país, ni el particular de las clases proletarias, víctimas de los mayores infortunios, sino el personalísimo, de una fa-

milia y de una camarilla, que no tuvo otro incentivo que enriquecerse y loqueletarse, traficando con el patrimonio y con los sentimientos más sagrados de la nacionalidad.

Más que el vértigo enfermizo del oro, más que los peculados y las concusiones, que han causado la crisis financiera que nos agobia; el mal más grave que ha podido sufrir el Perú, del que no podrá convalecer en el transcurso de muchos años, es la pérdida de la emoción cívica, como pura expresión de la conciencia y de la dignidad de la ciudadanía, que ha sufrido tan honda depresión en el alma popular, en los últimos años, que podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que a ella se ha debido, casi exclusivamente, el entronizamiento de la dictadura y de sus hombres.

Pueblo carente de emoción cívica es pueblo falto de valor moral, de altivez, de abnegación, de optimismo y de fé; es decir, es pueblo abúllico, y enfermo, que hace abandono de sus prerrogativas y preeminencias y que renuncia a la eclosión de su propio destino.

Convencidos, pues, de que el mal más hondo que sufre hoy el Perú, es el mal ético, por ser el que afecta directamente al espíritu de la nacionalidad y compromete el ejercicio de la soberanía, enervándola y nulificándola; todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a conjurar dicho mal, exhortando, confortando, orientando y reeducando al pueblo con elevación y con pureza, a fin de que retorne a la lucha cívica con ardimiento y con fé, reafirme su credo y su doctrina democrática, se sienta siempre dueño y se-

ñor de sus destinos, dominado por un generoso sentimiento de abnegación y sacrificio.

Nunca será más necesario el sentimiento del sacrificio que en esta hora dolorosa, en la que los hombres sólo se mueven por el estímulo de los intereses materiales, poniendo de lado los valores del espíritu, como si pertenecieran a un plano secundario.

Predicar al pueblo las virtudes máximas de la abnegación y el sacrificio, es hacer obra sana de orientación y de noble apostolado, cuyos frutos saludables serán de inmensa trascendencia para la preparación y el advenimiento del nuevo ciclo histórico, en el que necesariamente tendrá que entrar nuestra nacionalidad, después de la hora brumosa e incierta en que vivimos; en la que, acaso, sin sentirlo, se está operando una verdadera renovación de valores, una radical depuración de costumbres y de métodos, y una fecunda gestación de nuevas ideologías y doctrinas, para fundir en un nuevo molde la vida social y política de nuestra democracia.

Mientras esa obra culmina y florece, aprestémonos a cumplir los altos y penosos deberes que nos impone la situación desoladora por la que atraviesa nuestra patria, sumándonos, sin pretensiones, dobleces ni egoísmos a los hombres de buena voluntad, que por la acción y el empeño tesonero de sus conciudadanos se ven hoy colocados en el destacado rol de conductores, de hombres primarios, a quienes el pueblo ha consagrado con su adhesión y su confianza y de quienes espera muy fundamentalmente su rehabilitación y bienestar.





El Dr. Toribio Rodríguez de Mendoza EL PRECURSOR

I

Insistamos en que fueron seis las oportunidades en que el pueblo del Perú pudo hacerse independiente: cuatro de ellas tormentosas y sangrientas; las otras dos, fáciles, incruentas y trasquilas, en que la nave del Estado había limitádose a cambiar de aguas y rumbo, enderezando las hinchidas velas camino de un grandioso inmediato porvenir.

Fué la primera aquel épico arranque, potente, pero torpe e irresoluto, del último de los Pizarro; planteado y audazmente definido por la penetrante visión del "Demonio de los Andes": fracasado y extinguido, no sólo por la falsía y la ruindad, sin duda abrumadoras, del núcleo conquistador, sino por sobra de vacilación y falta de sinceridad o de entereza en el simpático rendido de Jaquijahuana.

Fué la segunda el trágico sacudi-

miento de Girón, caricatura del precedente, y que, aunque magnificado un momento por la atética escalada de Chuquiaguá en las ásperas crestas de los Andes, y hasta poetizado por la pasión de una mujer adorable, desvaneciéndose como una ilusión, en la pequeñez y vaciedad del caudillo que la encabezara.

Fué la tercera aquella enorme convulsión concebida en la capa autóctona por el genio de Gabriel Tupac-Amaru; convulsión que, alcanzando un radio de trescientas leguas y abarcando no menos de treinta provincias, habría bien conquistádose la gloria del triunfo, a no haber degenerado en una lucha de razas, y enajenádose el sentimiento de los criollos: únicos que pudieron dar cerebro y dirección, eficiencia y finalidad luminosas a aquel estallido formidable.

Fué la cuarta el no menos extenso

y por cierto más serio y respetable pronunciamiento de Angulo y Pumacahua, reduplicación del de Tupac, aislado y perdido en el corazón del virreinato por la inercia y la miopía de Rondeau.

La quinta y la sexta, por último, fueron aquellas que relampaguearon un instante, ya no como **revoluciones** violentas y mortíferas, sino como **evoluciones** posibles, naturales y lógicas, en el cráneo de un Goyeneche y de un Abascal, tentados, persuadidos y empujados, por sus respectivos amigos, admiradores y subalternos, a la consumación del anhelado cambio; pero una y otra quebrantadas ante el exagerado sentimiento de honor y fidelidad de ambos rígidos súbditos de un rey despreciable, erróneamente comprendido e inmerecidamente bien amado por la inmovible lealtad de aquellos dos acerados corazones.

II

Hemos, en efecto, manifestado en el correspondiente lugar, cuán benéfico para el Perú habría sido un generoso arranque de patriótica resolución y osadía en Goyeneche, si, cediendo a la exigente y tumultuosa adoración de sus soldados, en vez de entregar su ejército a un sucesor sin prestigio ni popularidad, y participando al contrario de las inclinaciones (por él mismo ahogadas) de los dos Tristán, sus primos y tenientes, hubiérase colocado a la cabeza de las legiones vencedoras en el altiplano, totalmente **peruanas**; uniéndose a las entusiastas y numerosas de Castelli; o lanzado, solo, el grito eléctrico de libertad; y disparándose, en oleala incontenible, sobre la capital virreíntica, consero en cabeza, brazo, escudo y guía de su pueblo, por él en un minuto redimido y emancipado. ¡Qué colosales consecuencias las de esa evolución pacífica, para la redención general del continente americano!

También hemos, en otra ocasión, esbozado la inminencia momentánea del propio cambio insinuado, insistentemente encarecido y hasta suplicado con tesón ardiente en el instante crítico, al magno virrey, por las clases cultas de la capital, en los días y en la hora misma en que iba a practicarse la jura de Fernando VII. Abascal, de resultar menos fiel o más ambicioso, pudo, en efecto, ser **el primer emperador del Perú**. ¡Y cuán magno, entonces ese imperio! Mucho más vasto que el de los Incas, como extendido, en longitud, desde Pasto hasta Jujuy, y largamente allente el Maule; y, en latitud, desde la remota Mainas hasta las riberas espumosas del Pacífico. Y nadie más digno de regirlo que el brazo fuerte que, un lustro más tarde, sujetó energicamente a su autoridad, con Montes, la presidencia del norte; con Goyeneche y Pezuela, todo el altiplano, hasta la jurisdicción del Plata; con Osorio, a toda la presidencia de Chile. Pudo y debió producirse aquella reviviscencia de pasadas grandezas, poten-

cias y glorias... Todos lo anhelaban, todos lo querían. Baquíjano, Unánue, muchos de los nobles, los principales funcionarios, las figuras más notables del ya influyente y numeroso núcleo intelectual de Lima, asediaron al excelso anciano para ese objeto, en presencia de las inopinadas renunciaciones y abdicaciones sucesivas de los Borbón. Menudearon las incitaciones, encendieron las expectativas... Abascal sonríe, sin dar un no, ni un sí. Al fin, en la mañana del día designado para la ceremonia, ya en momentos de proceder, cuando las corporaciones y los funcionarios están, todos, reunidos de punta en blanco en los salones virreinales, los separatistas entran en pos de él, le hablan y le ruegan, le argumentan y le alucinan. El noble viejo vacila un momento y torna a sonreír. Calla y medita. De repente, se yergue y magnífica, y vierte por esos labios, empalidecidos por la edad y aun más por la emoción, un nó irreplicable, rígido, severo y rotundo... Sale, saluda y se dirige al balcón. Todos le siguen. Afuera la expectación es inmensa. Al comparecer el representante del régimen colonial en las alturas laterales de la casa de Pizarro, el pueblo se agolpa anhelante ante él, y escucha, escucha en un silencio sepulcral, en que aun el hálito de su respiración presentase como ahogado o extinguido. La ciudad queda colgada de los labios del virey. Alza éste el diestro brazo, levanta la voz y jura a Fernando VII.. Por sobre la oleada espesa de los espectadores ruga, sordo, el rumor de un recóndito desencanto, que es, al propio tiempo, un grito de admiración... Una diadema, relampagueante ya sobre las sienes del soldado asturiano, derrítase, en un soplo, al fuego de su lealtad y de su civismo...

Era ésto el 13 de octubre de 1808, mucho antes, por supuesto, de estallar las revoluciones de Chuquisaca (25 de mayo de 1809), La Paz (16 de julio de 1809), Quito (10 de agosto de 1809), B. Aires (25 de mayo de 1810), Bogotá (20 de julio de 1810), Méjico (16 de setiembre de 1810), y Santiago de Chile (18 de setiembre de 1810). Ello prueba, una vez más, cuán inclinado, desde entonces, manifestábase ese espíritu público peruano en el sentido de la independencia, y no como quiera, sino de la independencia absoluta, definitiva. Y recuérdese (hecha abstracción de los terribles pronunciamientos de los dos Tupac (1780 y 1783), que fué en el Perú donde, antes que en colonia alguna, ya en los albores del siglo XIX, estallara otra conjuración emancipadora: la de 1805 — un año antes de presentarse en Coro la primera de las cruzadas continentales libertadoras, conducida, en 1806, por el prócer de los próceres americanos, por el precursor de los precursores, por el mártir de los mártires, por el santo, el egregio, el excelso general don Francisco de Miranda...

Ello es que, desaprovechadas tristemente las dos oportunidades, fáciles y pacíficas, de que acabamos de hablar, los peruanos, para ser libres, hubieron, nuevamente, de apelar a la fuerza armada.

Alzáronse en 1811 (Tacna), en 1812 (Huánuco), 1814 y 15 (Huamanga, Cuzco y Andahuaylas); y tramaron las conjuraciones limenses de 1816, 1817 y 1818; intentos, todos, que estrelláronse contra la insomne vigilancia, contra el ímpetu técnico, la organización perfecta y la omnipotencia irresistible de las huestes españolas. Esas violentas sacudidas, que, en los puntos remotos de la jurisdicción realista, juzgaron posible un éxito feliz, a favor de la lejanía de las filas opresoras, resultaron, con todo, estériles o prematuras; ya que, como asienta Calvo, el Perú “gemía entonces bajo el peso de un ejército de 20,000 hombres”. Considérese la enormidad de las tropas hispanas de procedencia y de origen; y mídase, por aquella, el entusiasmo, la resolución y la osadía de quienes así atrevíanse a rebelarse en el emporio mismo del poder y en el foco de los recursos y elementos bélicos de la metrópoli.

Desfalleciente la esperanza y la fe de aquellos abnegados patricios; decididos, a pesar de todo, a procurar algo eficiente, si tardío; y contemplando despedazado por los suelos el inconsistente edificio alzado en sus alardes de honor, y no de meros pensamientos y palabras — diéronse a recatar sus planes y propósitos, sin olvidarlos jamás, ni descuidarlos; antes bien, entregándose a ellos con tales empeños y persistencia, que bien deben — pues lo merecen — ser consignados y no (como hasta hoy ha ocurrido) preteridos por la historia.

Comprendieron que lo interesante era extender la propaganda; ensanchar e intensificar las convicciones y los sentimientos liberales; y, en una palabra, mirar y apereibir el terreno: minarlo, para cualquiera ocasión venturosa sobreviniente, en que conquistar la redención ansiada, sin auxilio extraño; apereibirlo, para el caso de que tal auxilio viniese de fuera, como ya se decía, se aguardaba y preveía, dados los pasos del Washington del Sur en el sentido de la restauración de Chile y los designios recalcitrantes de americanización de la revolución argentina, tantas veces realizados por los dirigentes de la nación del Plata; designios hasta entonces desbaratados y contenidos por la pericia de los denominadores y por la contraria suerte del Bajo y del Alto Perú, en los ensangrentados páramos de la altiplanicie meridional. Así, en momento dado, estallaría algo resolutorio, eficiente y terminal, que coronase los anhelos de la patria de los Incas, y, para ello, sus hijos selectos consagráronse a la labor, por la senda de

la propaganda y los avances secretos, las tramas y los planes eléuticos, el complot subterráneo y recóndito, las zapas e intrigas tenebrosas, las maquinaciones y las urdimbres ocultas...

Lima, la capital opulenta de la más preciada, vigilada y defendida de las colonias, constituyó, como era natural, el hogar supremo de la gran conjuración. Fué en su seno donde concentráronse los trabajos y proyectos de los emancipadores.

Muchos eran éstos; pero, por efecto de aquella afinidad que, en tales casos y cosas, establecen las circunstancias preexistentes, o la simpatía profesional, o la división misma del trabajo; o la necesidad del disimulo y la reserva, y, con éstas, determinadas facilidades genérico-personales o locales de congregación; o, en fin, “la conciencia de la especie” (para hablar concretamente con el gran sociólogo Giddins) en más modernistas y científicos términos — ello es que aquel número total de abejas de lo porvenir, diferencióse necesariamente en seis colmenas o grupos, que pudieran bien denominarse “clubs”, “centros” o “logias”, y que la tradición ha distinguido con los dictados siguientes: 1o. “club de los fernandinos”; 2o. “club de los carolinos”; 3o. “club de San Pedro, del oratorio de los Neris”; 4o. “club del Deán, de San Jacinto, de los forasteros o de Flores”; 5o. “club de los copetudos o de Riva-Agüero”; y 6o. “club de los militares fugados y perseguidos, de los hombres de acción, de los provincianos o de Presa”.

Estampemos, en estas páginas, si modestas y descoloridas, patrióticas y sinceras, el recuerdo de los nobles ciudadanos que así, con holocausto de su tranquilidad y aun de su vida, prepararon la redención y la independencia de su patria; y salvemos del olvido sus nombres y servicios, expuestos y próximos a desaparecer.

Digamos, ante todo, que las denominaciones apuntadas, dadas a aquellos clubs, básanse en la procedencia de sus asociados, o arrancan del lugar en que con frecuencia realizábase sus tenidas, logias o reuniones.

Los médicos, por ejemplo, congregábanse, exentos de toda sospecha, en el anfiteatro anatómico (de no más antigua, pero sí anterior fundación que la del colegio de medicina), y en la flamante Escuela de San Fernando. De ahí el dictado de “fernandinos”, que se dió a aquel centro patriótico; dictado tanto más explicable y legítimo, cuanto que sus principales individuos eran catedráticos del establecimiento mencionado.

“Carolinos” eran los que, aunque ya no estuviesen en la condición de alumnos del Convictorio de San Carlos, provenían casi todos de él, y continuaban,

en sociedad y en plena existencia activa, enlazados por el estrecho y glorioso vínculo de su juvenil convivencia fraternal. Constituían la generación brillantísima modelada y despertada a la luminosa aurora del nuevo siglo, por el genio y la virtud de Toribio Rodríguez de Mendoza. Reuníanse en las casas de Mariátegui y de José de Aguirre; en la de Francisco de Paula Quiros foco de cuantos conatos de rebeldía promovieran en la década anterior; y a veces, en la del doctor Julián Morales, el dignísimo excusa de Huarás, el “indio temerario, de acciones increíbles por su arrojo”, cuyo modesto y solitario albergue habría, con el tiempo, de ser el arsenal de los independientes, “depósito o almacén de armamento, equipos y monturas”, asilo de prisioneros fugados, refugio de patriotas perseguidos y escondite de soldados tránsfugas o desertores”.

Llamóse a los “Neris” de tal modo, porque hombres todos de cogulla y de sotana, juntábanse en las celdas de los reverendos padres, Fr. Segundo Antonio Carrión, Fr. Tomás Méndez Lachica y Fr. José García, religiosos de la orden del Oratorio de San Felipe Neri, a la sazón instalada en el colegio jesuítico de San Pablo, hoy de San Pedro; local, en el día, de la escuela Normal de Preceptoras.

Bautizóse con el mote de “jacintos”, “deanes” o “sociedad de Flores”, a aquellos patriotas que, con adherencia o dependencia respecto del club de los carolinos, operaban entusiastamente en la empresa de la emancipación del Perú, reuniéndose para ello en la casa-panadería, apodada “del Deán”, ubicada en la calle de San Jacinto (hoy Quilca), fronteriza a la de Monopinta, y propiedad entonces del industrial chileno José Flores.

Los “Forasteros” eran aquellos individuos de las demás colonias de Sud Américas, asilados o confinados en Lima, y que, presididos por el abogado bogotano Dr. Fernando López Aldana, conspiraban a favor de la emancipación continental, congregándose al efecto en casa del mismo López o en la del emigrado chileno don Joaquín Campino.

El nombrado “grupo o club de Riva Agüero” o conjuntamente “de los copetudos”, por la alta posición social de sus disciplinados socios, recibió tal distintivo del nombre de su corifeo, el futuro primer presidente de la República Peruana. Ayuntábase, en veces, en el domicilio de su jefe, calle de las Descalzas; otras, en la de don José Matías Vásquez de Acuña, conde de la Vega del Ren, calle de la Botica de San Pedro; no pocas, en la de la suegra de dicho conde. Doña Josefa Messia de la Fuente y Carrillo de Albornoz, marquesa de San Miguel y condesa de Sierra Bella; y, no sin frecuencia, en la escuela de enseñanza primaria, que, en la calle de la Rifa (hoy casa-imprensa de



El sabio nacional, Dr. Hipólito Unánue

“El Comercio”), dirigía el memorable patriota cajamarquino don José Santos Figueroa y Villacorta, el mismo que, juzgado y sentenciado como partícipe en la conjuración de Antonio María Pardo, fué soterrado en la cárcel de corte en 1809.

En fin, dióse el calificativo de “club de Presa o de los provincianos” al que dirigido por el tenaz y desventurado patriota José Gómez, que tenía puesta a precio su cabeza (como condenado a muerte por las dos sucesivas rebeliones de Tacna), organizóse misteriosamente en la quinta-molino de aquel nombre, con la finalidad atrevidísima, las circunstancias dramáticas y audaces, y el trágico resultado que ya conocemos.

VI

Naturalmente, tales asociaciones o logias, si bien en lo aparente y lo frecuente aisladas, hacían, llegada la ocasión, trasiego parcial e instantáneo de sus cófrades más activos o menos sospechosos, para la práctica de algún propósito o plan concorde con la esencial objetividad de sus fundadores; ora penetrando en el asilo de las logias coadyuvantes; ora poniéndose en con-

tacto en determinados lugares públicos, principalmente aquellos en que la multiplicidad o la variedad de circunstancias inocentes, pudiesen distraer y burlar el ojo experto y vigilante de las autoridades de la metrópoli.

Esos lugares eran: 1o. la fonda denominada “de Bartolo”, por el prenombre de su propietario, español, la más lujosa de Lima, como que hasta su vajilla era de plata; la más frecuentada por las clases altas; y que, según todas las probabilidades, encontrábase instalada en la calle de Carrera, “a la vuelta de la de Judíos”, en el perímetro inferior del coetáneo, y antiguo hotel “de los Andes”; 2o. la fonda, de segunda línea, pero bastante concurrida, también, conocida con el nombre de “fonda del caballo blanco”, emplazada en la primera calle de Lártiga ‘al costado de San Agustín’, posible- mente en la actual hilera oriental de tiendas, en una de las cuales labora la imprenta de David Torrès Aguirre; y 3o. el favorecidísimo “Café Comercio o del Comercio”, ubicado en la calle de Bodegones, en la propia finca en que hoy se halla establecida la casa principal del Hotel Mauri.

Era en dichos parajes públicos donde aproximábanse, veíanse y trataban, de preferencia y con relativo desahogo y libertad, los entusiastas partidarios de la emancipación peruana, a la sazón agentes incansables de la prometida próxima invasión de San Martín.

Nos referimos al año de 1818.

VII

La Escuela de Medicina de San Fernando, fundada por Abascal en 1811; establecida en la plaza de Santa Ana, entre la iglesia de esta advocación y el hospital de San Andrés; dirigida por el eminente e inolvidable sabio y protomédico Dr. D. Hipólito Unánue; y en cuyo cuerpo docente figuraban los beneméritos profesionales Dr. José Gregorio de Paredes, profesor de matemáticas y cosmógrafo mayor del reino Dr. D. José Pezet, redactor, con el anterior, de la ‘Gaceta del gobierno de Lima’; Dr. D. Miguel Tafur; Dr. D. Javier Chacaltana, Dr. D. Manuel Falcón, Dr. D. Manuel Fuentes, Dr. D. Félix Devoti y el genial mulato Dr. D. José Manuel Valdés, exaltado por su mérito al auge y al renombre, así científico como literario, por sobre los prejuicios y mezquindades de la época era, en verdad, uno de los principales viveros de la propaganda emancipadora, y el que más hizo por ella en los hospitales y cuarteles.

Dice uno de nuestros historiadores— el más medido, fecundo y laborioso entre todos ellos— que “el cuerpo médico de Lima se disputó siempre la primacía en los pasos preparatorios conducentes a mover el país y a encender el fuego de la revolución” en su seno. Y, en efecto, ello es exacto, no tan sólo respecto al año 1818, a que en este capítulo nos contraemos, sino tratándose de los días de Abascal, virrey creador de la escuela de medicina y del cementerio, y hombre para con quien todos los maestros fernandinos sentíanse obligados por el reato de la admiración y la gratitud más vivas y sinceras. Y recuérdese otra vez, a este propósito, que Pezet y Paredes, a la sazón, eran nada menos que editores y redactores de la *Gaceta* oficial del virreinato, cargo a que fueron llamados por Abascal en 1810 y que les daba, por supuesto, franco ingreso y gran valía en las alturas del poder.

Pues.—a pesar de todo ello— los médicos capitolinos y primordialmente los de San Fernando, aparecieron como unos de los más entusiastas propagadores de las tendencias separatistas, primero, y de las ideas revolucionarias, después. Figuraban en ese selecto núcleo algunos de los brántales fundadores de la sociedad ‘Amantes del País’, editores y redactores del famoso ‘Mercurio Peruano’; individuos que, como bien lo revelaba aquella denominación social, amaban entrañablemente el territorio de su nacimiento, y se propusieron dar a conocer lo que era y lo que valía al Perú, logrando hacer estimarlo, admirarlo y

comprenderlo. Empapados en la ciencia enciclopédica prerevolucionaria— circunstancia que también campeaba en el club de los carolinos— e introductores en la colonia de los principios en que bebió su esencia, explicación e ímpetu la magna transmutación de 1789, claro es que, sin sentirlo (y mucho más queriéndolo, como lo quisieron) hubieron de tornarse en apóstoles de la libertad y predicadores de la no remota independencia.

VIII

Llegada, en 1808, la emocionante nueva de los súbitos cambios surgidos en España ante la simultánea abdicación de Carlos IV, de la suplantación de la dinastía borbónica por Bonaparte, y de la cesión de la corona hispana al “intruso” rey José— multiplicáronse las conferencias misteriosas en la sala de San Fernando y en el anfiteatro anatómico, y allí discutióse, con tenacidad y calor, lo que al Perú convendría decidir en presencia de tan inopinados acontecimientos. Alzábanse en la Península las juntas provinciales, instauradas por los pueblos, para defenderse y regirse a sí mismos en ausencia del soberano legítimo; reasunción de la popular soberanía, que la nación efectuaba, primera vez en aquella monarquía rígida e inmóvil, reafirmada por ocho centurias de lucha magna y cuasi divinizada por los transportes del patriotismo y por los prestigios de la fe. La necesidad suprema de la vida propia y los fueros de la dignidad española, pisoteada por el invasor, a quien el pueblo de Pelayo había sido traspasado como un rebaño de bestias, iban a inflar aquel tumbo y explosión incontenibles que, reconfortando a la Europa desalentada y demostrándole cómo el excéntrico emperador francés no era invencible, había de dar en tierra con el coloso en quien concentráranse y encarnaran las energías de la revolución francesa.

“¿Qué debemos hacer, qué hacemos?”— preguntábanse Unánue y sus colegas: “tenemos, o no, como las provincias españolas, el derecho de erigir un gobierno territorial, y el de regirnos y defendernos a nosotros mismos, para el caso, seguro, de que los usurpadores del poder metropolitano pretendan extender esa usurpación a nuestra América?”

Fué entonces cuando el club de los fernandinos, secundado por el de los carolinos y por una apreciable porción de la nobleza, rodeó, trató de convencer e instó a Abascal a proclamar la separación del virreinato de Lima, que, por inexistencia de la majestad histórica, hasta entonces indiscutida y venerada, ofrecíase con el derecho y hasta con la obligación de proveer a sus individuales seguridad y existencia, consagrándose a la conservación y fomento de una personalidad propia, natural y legítima, contra la absorción amenazante de la superposición napoleónica,

ufana e irreductible en su vencedora prepotencia.

Pezet, Paredes y Unánue, confidentes del virrey, apoyados por Baquijano y por todos los liberales del tiempo, fueron, pues, con otros muchos personajes de Lima, quienes, con más ahínco y devoción, procuraron persuadir al rígido anciano en el sentido de cauterizar la independencia patria, con una junta cuyo presidente fuese el mismo Abascal; y hasta con un reino soberano, con el propio funcionario como “primer monarca del Perú”; proyecto que, a punto ya de realizarse el 13 de octubre de ese año 1808, escolló, según sabemos, contra la fidelísima e inquebrantable voluntad del gran soldado y administrador ovetense.

IX

Parece que, disgustados y resentidos por el fracaso de sus proyectos de emancipación monárquica inmediata, con su amado gobernante al frente de la trascendental evolución, diéronse a buscar ésta última en ruta distinta de la que un instante sonrió a sus patrióticas quimeras.

Congregábanse, pues, para el objeto, siempre en el anfiteatro o en la Escuela; y no faltaron oportunidades en que tales reuniones trasladáranse al domicilio de algunos de los conspiradores. Probable es que transformáranse en “carolinos” con Baquijano, Quirós, Villalta, Calatayud, Cisneros y demás redactores del “Satélite del Peruano”, miembros de la sonada “Sociedad filantrópica”, que el férreo Abascal sofrenó oportuna y rigidamente en julio de 1812. Ello es que, denunciados (según se ha dicho, por un alumno de medicina, el virrey, conocedor de sus trabajos y opiniones, “quedóse absorto al oír que en la acusación se comprendía a personas de elevado rango, entre las cuales estaban muchos de sus amigos y aun confidentes”, como Pezet, Paredes y Unánue. Sin tomar providencias escandalosas y decisivas, juzgó más acertado proceder con su sagacidad y tacto, a veces exquisitos. Y ocurrió que cierta noche, al salir de la casa de Unánue, los asombrados doctores recibiesen, de manos del sereno de la esquina, esquila-salutación muy afectuosa, que invitábalos a presentarse en palacio, uno por uno, el día siguiente. Y fué entonces cuando el diplomático virrey, en amistosa confidencia con sus amigos conjurados, manifestóles lo que, sin apuntar precedente ni dar ninguno explicación, nos cuenta Mendiburo; es a saber que, “hablando con personajes de su intimidad, tildados de desafecto a la causa de España, calmólos con reflexiones de momento, sin negar que la oportunidad de la independencia vendría de por sí, y haciéndoles comprender, con disimulo, que aún llegaría el caso de que él mismo no se opondría”, a ese resultado. “Del mismo modo, agregó a algunos, que an-

helo no ver perdidas estas posesiones para mi soberano, durante mi administración; así querría que mis amigos aplazaran sus trabajos y esperanzas para después de mi gobierno”.

Contuvo esta delicada conducta la actividad de los exhortados; pero, una vez sustituido y ausente el fundador de la Escuela de Medicina, y extintas, en consecuencia, cualesquiera consideraciones personales para con el representante regio, la decisión de los médicos peruanos extremóse sin más trabas, hasta dar con el sobresaliente fruto que ya conocemos. Recordemos que fué médico uno de los conjurados y mártires colgados de la horca el 2 de enero de 1819.

X

El club de “los carolinos” estaba constituido por aquella nidada brillantísima y selecta que, en los claustros del convictorio de San Carlos, levantáranse al abrigo de los reformadores de la enseñanza en aquel histórico y reputadísimo establecimiento.

Ya, en otra parte, hemos referido cómo los beneméritos Diego de Cisneros — el insigna “padre jerónimo” — y el inolvidable rector de aquel instituto, ilustre chachapoyano Dr. D. Toribio Rodríguez de Mendoza, encendieron, ostensiblemente primero y subrepticamente en seguida, el lumínar de las doctrinas neopoltéicas y liberales; enseñaron los derechos naturales e internacionales, desenmohecidos y regenerados por la gran revolución; y marcaron a la juventud escogida de aquellos días la senda de los ideales y deberes del porvenir.

En esa juventud contábase a los Francisco Javier Mariátegui y los Manuel Ferreiros, los Manuel Tellería y los Manuel Pérez de Tudela, los José Faustino Sánchez Carrión y los José Cavero y Salazar, los Justo Figuerola y los Nicolás Aranibar, los Mariano Alejo Alvarez y los Francisco Javier Luna Pizarro, los Carlos Pedemonte y los Lucas Pellicer, los Rolando y los Herrera Oricain, que en la época independiente habían de alcanzar tan gran figuración, y que en su mayoría eran discípulos de Rodríguez de Mendoza; los Juan José Muñoz y los Felipe Cuéllar, los José Ignacio Moreno y los Jerónimo Vivar, colaboradores del notable maestro; el noble y valeroso José Arriz, extinguido en la aurora de la libertad; y los abogados Colmenares, Rodríguez Piedra y Fernando Urquiaga, predestinado (éste último) a ser blanco de las persecuciones, ya no sólo de los realistas, sino de los patriotas salvador de Riva-Agüero y Febres Cordero, y primer burlado, catequizador del falso Santalla; el respetabilísimo doctor don Manuel Escolano Concha, refugio de algunos de los oficiales presos en Casamatás que, abandonando las filas del Numancia, mucho antes de la defección de aquel cuerpo, cayeron en la intenciona primitiva de su tras-



SOLICITAMOS AGENTES

**Trabaje por su cuenta
Gane más dinero pronto**

Venda en su localidad nuestras Fotografías y Medallones fotográficos, preciosos relojes de mesa, espejos, plumas-fuente, polveras, insignias para clubs, y muchas ótras novedades, todas adornadas con la fotografía que se desee, artísticamente iluminada.

Lo único que necesita hacer es mostrar nuestro lujoso estuche muestrario y todos le comprarán. *No necesita experiencia.* No tenemos un solo agente descontento. Pida informes confidenciales y sin compromiso de su parte.

GILBERT PHOTO NOVELTY CO.
48 Cooper Square Dept. 63 New York, N. Y., U. S. A.

lación y embarque en la escuadra libertadora; Francisco Concha, dignísimo hermano del anterior; y el no menos meritorio cuzqueño Dr. D. Rafael Ramírez de Arellano, “uno de los más antiguos promotores de la revolución contra el poder español en el Perú”, autor de la osada solicitud en que el pueblo del Cuzco pedía al presidente de aquel lugar la publicación de la carta liberal de 1812 y la elección consiguiente del respectivo cabildo constitucional; preso por aquel motivo y libertado por el pueblo conmovido en su defensa (7 de febrero de 1813); uno de los corifeos de los abortados movimientos de 9 de octubre y 5 de noviembre del mismo año, precursores de la gran revolución de 1814; deportado, en unión de los patriotas Ampuero y Valer, y con ellos confinado en Lima; e infatigable en cooperar, por todos los medios posibles, en cuantos planes, conjuraciones y trabajos por la independencia, promovióse en esta capital; núcleo que por el propio género de sus estudios, encontrábase tanto o más apercibido que el fernandino para la transformación política que se preparaba, y era, sin duda alguna, más móvil, más audaz, entusiasta y eficiente, ora por las relaciones profesionales que establecía, ora por la influencia social que con ellas se conquistaba, ora por el mismo ardiente y permanente rol que el sacerdocio de la defensa abría a su talento ejercitado de discusión y a su habitual poder de propaganda.

XI

Gracias a esos resortes, fueron muchos los hombres decididos que, sin ser profesionales, ni haber pasado nunca por los claustros de San Carlos, afiliáronse, con todo, a la logia de selectos espíritus formados por Rodríguez de Mendoza. Tales fueron: los dos hermanos Bedoya de Arequipa; los tres hermanos Salazar y Carrillo de Lima;

el digno ciudadano don Agustín Menéndez Valdez, que, como el Dr. Escolano Concha, daba en su domicilio seguro asilo a los prisioneros fugados de Casamatás; y era gran propagador de los impresos, proclamas y comunicaciones enviados por San Martín, por lo cual fué recluso en las carecetas de la Inquisición; Bartolomé Valdés, llamado “el sordo”, pariente del anterior; Francisco Paillardelli, hermano del glorioso mártir de aquel apellido; patriota antiguo, cuya acción, secundando la de éste último, habíase ejercitado en la provincia de Moquegua; deportado por eso a Lima, y allí encarcelado nuevamente por sus opiniones y servicios; el entusiasta y generoso comerciante cartagenero don Francisco Argote; el abnegado cajamarquina Juan Sánchez Silva, condenado a presidio por haber tomado parte en la conjuración de Antonio María Pardo, en 1809, y amnistiado en 1812; el farmacéutico don Manuel Guillermo Geraldino que desde su botica del hospital del Espíritu Santo, gozóse en ser insospechada pero valiosa providencia del Ejército Unido Libertador; el decidido Andrés Riquero, pariente próximo del notable montonero de ese apellido (José Antonio), denunciado y preso por sus alardes separatistas, y a quien tornáremos a encontrar en la heroica tragedia del ilustre Olaya; el bravo, regenerado guerrillero Cayetano Quirós, héroe y mártir como el indio chorillano; gran baquiano, que antes de organizar su terrible cuerpo de partidarios, desempeñó, por su general y eximio conocimiento de caminos, sendas excusadas, enrucijadas y vericuetos, el papel de guía y destrón de voluntarios, fugitivos y desertores, a todos los que, en plena y absoluta seguridad, conducía al campamento o al cuartel general patriotas; el denodado colegial iqueño don Juan Bautista Bolívar, alumno de San Carlos, siempre dispuesto al lleno

Use un buen Tinte para el Cabello

Use el Polvo ORLEX, que con sólo disolverlo en agua forma un tinte magnífico para teñir el cabello (o el bigote y la barba) del color que se desee y a la vez lo pone suave y sedoso. Es fácil de preparar y de aplicar y de resultados sorprendentes. Dura mucho y cuesta poco. Compre ORLEX en la botica.

nero, y viendo baratijas de rabona y de soldado, tales como agujas, hilos, espejuelos, pañuelos, peines, bayetones, etc., introduciase en los cuarteles; catequizaba, en su propio quechua, a los reclutas; y, no sólo a los reclutas, sino a los veteranos de su raza, inclusive cabos y sargentos; y— a las barbas mismas de los oficiales enemigos" — hablábales de patria y de autonomía, de libertad y de igualdad, y tentábalos a la desertión; todo, con la olímpica serenidad y la triunfante sonrisa de quien está en la evidencia de no ser comprendido por el adversario, y de que sus elocuentes, demoleadoras exhortaciones pasarían para éste en el vacío; y en fin, con tal ahinco, con tal entusiasmo, que puede considerarse principal promotor de la escandalosa baja experimentada en Lima por las huestes realistas; y, sobre todas cosas,

con tales desinterés y desprendimiento, que parecerían mentidos, a no atestiguarlos los contemporáneos: que son inconcebibles realmente en otro hombre de su clase; y que, por eso mismo, resultan merecedores de todo recuerdo y alabanza.

XII

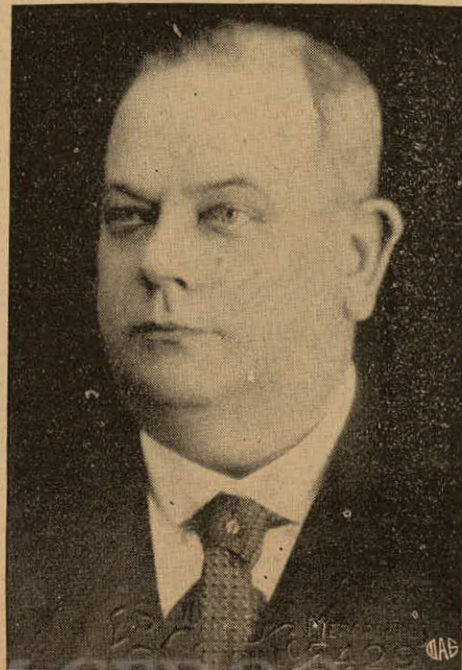
Tan audaz y desenfadada fué la acción de los carolinios, y tan franca la propaganda doctrinaria de sus maestros, que Pezuela creyó inaplazable expedir decreto de clausura del convictorio de San Carlos, previa visita que en ese instituto practicó, inquisitorial y minuciosamente, el oidor y alcalde del crimen de la Real Audiencia de Lima don Manuel Plácido de Berriozábal, y, aunque el propósito de la medida hubiese sido expulsar al cuerpo docente liberal y reabrir (como lo fué un cuatrimestre más tarde) el temido establecimiento, con un profesorado garantido para la causa colonial, consta que el nuevo rector, Dr. D. Carlos Pedemonte, considerando adverso a las ideas separatistas por determinados precedentes y relaciones de parentesco, continuó, con todo, en la tarea de liberalizar a la juventud, si bien con la discreción y mesura aconsejadas por los tiempos y las circunstancias.

Germán LEGUIA y MARTINEZ

(Capítulo de la obra inédita "Historia del Protectorado")

ERNESTO HAYES

GERENTE DE LA PARAMOUNT EN LIMA



de compromisos y deberes peligrosos; el alegre y simpático José Manuel Borrás, cómico bonaerense, catequizador inicial del guerrillero Quiros; el habilísimo calígrafo José Mizpireta, que, con su poder de imitación de letras y de firmas, jugó muy serios chascos a las autoridades españolas; los entusiasmas Juan Franco y Andrés Reyes, que de Lima fueron a predicar el evangelio de la libertad y la igualdad en la costa norte del virreinato, y perseguidos de muerte, escaparon a Chile en la escuadra de Cochrane; el osado, el habilísimo, el incomparable Juan de la Cruz Portocarrero, arrendatario de la huerta de Matamandinga, madriguera de patriotas, emplazada estratégicamente a la salida de las portadas de Juan Simón y de Guadalupe, donde el generoso meztizo prestó valiosos servicios a la causa de su patria, en todo tiempo, muy especialmente en los primeros planes y conatos de defección del batallón Numancia; los modestos y admirables Juan Véliz y Pedro Balabara, ambos viejos y menesterosos pero leales y resueltos, diariamente comisionada para llevar y traer correspondencia de la escuadra libertadora, y preso el primero largo tiempo por sus simpatías hacia la revolución; y el no menos modesto pero utilísimo Pablo Salazar, indio como Olaya; oriundo de las altas serranías y por eso eximio, conocedor de la lengua de los Incas; que, en el papel de miserable buho-

Desde que la poderosa empresa filmística Paramount con sede principal en Nueva York instaló su agencia en Lima, nombró gerente de ella a Mr. Ernesto Hayes, competente hombre de negocios y experto en materia de cinematografía. Su larga y brillante labor en pro del mejoramiento y presentación en nuestra capital de las mejores producciones cinematográficas, le han valido el aplauso de sus colegas y las simpatías del público. Y es que este distinguido y culto caballero no omite esfuerzo alguno para el mayor movimiento de los films de valor artístico en nuestro mercado pecuero. Trabajador y activo vive siempre empeñado en presentarnos las más selectas producciones habladas en castellano y cuidando que las parlantes en inglés, con rótulos explicativos en español, sean en su mayoría films del valor artístico de "El Desfile del Amor", "Monte Carlo", "El Derecho de Amar", etc., etc. Y, para que los estrenos sean un éxito completo ha hecho su contrato para exhibir las películas en el más elegante y aristocrático local de cinema: el Teatro "Princesa".

Gustosos presentamos en VARIETES, el retrato de Mr. Ernesto Hayes, a quien el público de Lima debe el esfuerzo y actividad para tan selectamente darnos a conocer las más bellas y valiosas obras que edita la Paramount.

Del Gran mundo **S**



Señorita CARMEN PORTELLA Y ORTIZ DE VILLATE — (Dibujo de Alcántara Latorre).



La bancarrota del Corazón =

En todas partes acusan un aterrador aumento las estadísticas de mortalidad por avería de la hélice de la sangre. De pronto, ni sístole, ni diástole, y a pique el frágil barquichuelo. Esta enorme cantidad de corazones rotos nos mete el nuestro en un puño. Inútil decir q' en Norte América donde las enfermedades cardíacas producen mayor estrago. Los Estados Unidos llevan sobre el resto del mundo tal tren de superación que en nada pueden ser aventajados, ni siquiera en estas quiebras

fulminantes de la vida. País donde se rinde culto a la celeridad, las enfermedades largas y morosas son casi desconocidas. Pero, asimismo, la vieja Europa hace en este punto un papel muy airoso, ofreciendo un considerable cuadro de precipitados difuntos.

La cardiorexia, o rasgadura del corazón por un esfuerzo violento, por excesivas dilataciones ocasionadas debido a desbordes sentimentales, más parromanticismo que de esta época en que

imperan la lógica fría y el más crudo positivismo.

El período romántico, iniciado en Alemania a mediados del siglo XVIII y prestamente difundido por todo el mundo, hizo trabajar los corazones en forma inusitada. Goethe, con su "Wilhelm Meister" y su "Werther", así como Schiller, Herder y otros poetas provocaron en Alemania una marea sentimental que parecía amenazar a toda la población con una hecatombe carrece propia de los buenos tiempos del

díaca. Byron, con su "Manfredo", desorbitado y delirante, aceleró en forma insólita las palpitaciones de la flemática Inglaterra. En Francia, Chateaubriand, con su magnífica elocuencia apologetica del Cristianismo; Lamartine, con sus apasionadas narraciones Alfredo de Vigny, triste como un sauce, y, sobre todo, Victor Hugo, gigantesca y profuso, hicieron que la quimera invadiese el espíritu de todo Francia. En Italia, el genial y adolorido Leopardi y el vehemente Foscolo, con su "Jacobito Ortis", el "Werther" latino, producían idénticos efectos. Por último, en España, García Gutiérrez, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Hartzenbusch y, sobre todo, el volcánico Espronceda, llevaban el alma hispánica a la máxima exaltación soñadora.

... el mundo entero en aquellos ... ate al clasicismo grecorromano, ordenado, tranquilo, sereno, claro y transparente, levántase el subjetivismo atronador, sin reglas, ni preceptos, caótico, desorbitado, tempestuoso, frenético, el romanticismo, en fin, que pretende extravasar la vida de sus cauces naturales, reaccionando en un lirismo violento contra el utilitarismo, los dictados de la razón y las normas de la realidad. En cierto modo, formas distintas, múltiples en su individualismo, el romanticismo fué como una resurrección del espíritu medioeval. No había caballería andante; cruzadas, ni cortes de amor; pero, en el fondo, eran muy semejantes los sentimientos fantásticos que movían las plumas de novelistas, dramaturgos y poetas. Todo lo que no condujese a un idealismo absoluto, puro y quimérico sin atingencia o atadero con la existencia normal y cotidiana, no merecía la pena de ser vivido. Como en el choque con la realidad, desmoronábase el ideal, los románticos caían en el abatimiento, la desesperanza y el pesimismo. Y, según los temperamentos, el tono de la desilusión abarcaba toda la gama aflictiva, desde el llanto recogido y melancólico hasta el grito desesperado. Fruto de aquellos estados anímicos fueron los epistolarios memorables, en que el amor desconsolado adquiere acentos tan patéticos. La amargura alcanza en las cartas aciertos de expresión inmortal.

En política, el romanticismo es conspirador, revolucionario, declamatorio y extraordinariamente gestero. Vive en las logias, donde se adquieren los compromisos más terribles y se traman las conjuraciones más tenebrosas para echar abajo el poder de los tiranos. Los juramentados para "dar el grito" siéntense ya inmortales, escuchando su repercusión en los siglos. El romántico no da un paso que no sea en dirección a la posteridad. Todo es en él excesivo, inmensurable, desbordado. Su honor caballeresco es puntilloso, pronto, fácilmente irritable, y así vive entre desafíos y duelos, lavando manchas imaginarias.



Con peinarse
una vez al día,

— ¡¡basta!!

A menudo el peinado que más realza la hermosura de una mujer se desarregla pronto por el viento, o porque el cabello es rebelde . . . ¡No con Stacomb! No es pomada, ni brillantina, ni cosmético. Es una excelente preparación que deja suave y sedoso el cabello, lo torna dócil y lo conserva aliñado todo el día.

Con Stacomb puede Ud. arreglarse el cabello como guste sin peligro de que se despeine

En farmacias y perfumerías

Stacomb
M.A.



No es necesario extender más el cuadro de aquel mundo desequilibrado, hipérestésico. Vengamos a nuestro asunto. El corazón de los románticos estaba entregado a un trabajo hercúlico. La carditis, o inflamación de la fatigada viscera de sus fibras musculares, debían ser, sin embargo, afecciones poco generalizadas. Como en aquella época la cardiografía y la cardioscopia, para explorar y traducir en gráficos los movimientos del corazón, estaban muy lejos del progreso, actualmente logrado, no podemos saber en qué grado el romanticismo llegó a trastornar fisiológicamente el órgano en que se suponen residentes los más altos y sublimes afectos.

Pero aquella extraordinaria actividad palpatoria no rompía los corazones. Los románticos no morían cardíacos. Generalmente, se pegaban un tiro después de un último repaso de "Werther". El corazón, que es donde, según Crisipo y su secta de superestoi-

cos, se aloja el alma, aguantaba con singular firmeza aquellas terribles tormentas, aquella forma arrebatada de sentir los más nobles y elevados ideales. Físicamente el órgano motor de la vida se halla dotado de una magnífica energía. El vendaval de pasiones no lo volteaba. A pesar de la turbulencia que en él producían los sentimientos desmesurados y los infortunios imaginarios, nunca se fatigaba, resistiendo bravamente, enhiesto, lo tormentos a que le sometían el espíritu fantástico y la mente acalorada. Jamás fallaban en su loca carrera, los neumáticos, del corazón romántico. Lo frágil era la cabeza, como si dijéramos la carrocería.

Hoy, con una vida sentimental pobrísima, sin exaltaciones amorosas, ni arrebatado honor caballeresco, sin logias conspiradoras, ni culto de lo sublime, ni afectos llevados a máxima tensión, el corazón es flojo, se desploma, flaquea, y en cuanto se le exige la menor fatiga se declara cardíaco,

en huelga definitiva.

No podemos atribuir los actuales estragos de la cardiopericarditis a una epidemia. No hay pestes del corazón, aunque, moralmente, los hay que apesantan. La causa de este crecimiento de la mortalidad deben buscarla los cardiólogos en los efectos que la vida moderna produce sobre esa viscera que tan importante papel desempeña, no sólo en los organismos, sino en los poemas. El positivismo de nuestro tiempo origina un género de emociones ante las cuales el corazón es sumamente frágil y quebradizo. Digámoslo pronto: la falta de dinero tumba hoy al corazón mejor puesto.

¡Cuánta diferencia entre el corazón actual y el corazón romántico! Para éste, el utilitarismo era completamente despreciable. Riqueza y romanticismo, eran bajo todo punto incompatibles. El amor, la gloria, el pundonor, la sublimación de la vida..., he ahí la gran tarea del órgano propulsor de todos los ímpetus generosos de todas las quimeras. Venían los desencantos, la realidad adversa, las miserias del mundo y se producía la cardiopalmia, una extraordinaria aceleración palpitante y aflictiva; pero estos tremendos dolores morales no afectaban a la fisiología de la viscera, que mantenía íntegra, y aun

redoblada, su maravillosa energía. Sólo la pistola aplicada a la cabeza, a la vez culpable y juez, podía abatir el vuelo sideral de los románticos corazones.

Ahora, en cambio, las emociones son puramente económicas, y, ante la visión de la quiebra, el corazón pierde repentinamente la salud y cae como fulminado por el rayo. Es un corazón endeble, maula, que se muere de pánico en cuanto los bancos le cierran las puertas. Ellos son los únicos impasibles ante los temporales económicos. En ningún tiempo, la carencia de plata produjo tal espanto en los hombres. La extensión de la cardiopatía, enfermedad hoy universal, se debe a la ausencia completa de resignación ante la "misiadura". Algunos atribuyen la abundancia de cardíacos a la celeridad de la vida moderna, a los automóviles, los aeroplanos, a la precipitación general, al carácter de raid que ofrecen todas las actividades humanas. No hay tal cosa. Es una observación superficial de los sociólogos, de gabinete, sedentarios. Los cardíacos se producen, no por tener automóvil, sino por no tenerlo, o por no poder seguir teniéndolo. La impresión que causa el verse obligado a vender el automóvil es infinitamente mayor que la ocasionada por una ca-

rrera a ciento veinte la hora. Apelo, por si fuera insuficiente el testimonio de los hombres, al de las señoras.

El trabajo actual de los corazones no versa sobre ensueños y sublimes quimeras, sino sobre realidades. Las dos emociones, más fuertes, acumular y perder la acumulación. La primera es de una intensidad furiosa. Nunca llegó a mayor exaltación el anhelo de atesorar. El corazón de los ambiciosos trabaja a toda máquina, furiosamente. Como dice Quevedo, "su fin es tener, no sólo por tener, sino porque los otros no tengan". La tensión emocional en esta carrera ascendente deja ya la viscera central en un estado deplorable. Los cardioneumáticos quedan muy averiados; la reposición es imposible; toda la goma del Amazonas resultaría estéril. La carrera descendente, la desacumulación, el desastre financiero, el batacazo, produce el "panne" fulminante del órgano en que se centraliza todo el movimiento central. Indudablemente, el corazón de los románticos, no sólo era más bello, más diamantino, que el de los positivistas de nuestros tiempos, en que a las quiebras económicas siguen las quiebras cardíacas...

Francisco GRANDMONTAGNE
(Ilustró Aristides VALLEJO.)

International Petroleum Company Ltd.



Aceite
Lubricante
RAPIDOL

en latas de
1/4 galón
\$ 1.00

Insista en obtenerlo
de su garage o grifo.
De venta en todos los grifos.



Plaza San Martín



LA VENGANZA DE SANGRE

DOR
E. W.
HAWKES

Entre los esquimales todavía existe el "vengador de sangre", y este primitivo emisario de justicia, mantiene su poder por tradición. Entre ellos la familia es una unidad, y una injuria a ella debe ser vengada por alguno de sus miembros. A veces el ofendido no es un pariente sino un compañero o un ocupante de la misma choza. Durante la larga temporada invernal suelen juntarse diversas familias en una misma casa, para aminorar los rigores de la temperatura, y aun en estos casos persiste la venganza de sangre.

La venganza puede efectuarse en seguida o demorar muchos años en lle-

varia a cabo, pero nunca se olvida. Como en el Antiguo Testamento, se cobran "ojo por ojo y diente por diente". Ocorre a veces que un muchacho aguarda convertirse en un hombre para cumplir su venganza, pero su cumplimiento es seguro, y el agresor no lo ignora por ser ésa una obligación entre ellos.

La primera vez que pude observar esta extraña costumbre, fué al trasladarme a la sección ártica de Alaska en la desembocadura del río Yukón. Este gran río, que tiene su origen en el Canadá subártico, recorre una distancia aproximada de mil cuatrocientas millas

atravesando el interior de Alaska y dividiendo en dos ese gran país de ricas selvas. Sus aguas son torrenciosas al principio, y luego, serpentean perezosamente, aminorando su cauce a través de una inmensa llanura y penetrando finalmente en el mar de Behring, en San Miguel.

En este punto el gobierno de los Estados Unidos tiene establecida una guarnición militar de reserva. Muchas personas van a ese centro para colocarse bajo la protección del potente brazo del Tío Sam.

Una de estas extrañas aves de paso era un esquimal del lejano norte, de

quien escuché diversas narraciones poco después de mi llegada a San Miguel. Se me informó que aquel extraño personaje había dado muerte a sangre fría a un hombre, hacía ya muchos años, en una de las lejanas villas nórdicas, huyendo después del hecho hacia el sur hasta ponerse bajo la protección de los soldados norteamericanos. En su mente sólo tuvo una preocupación: alejarse del vengador.

Nuestro primer encuentro no fué auspicioso. Yo me había extraviado durante una de esas repentinas tormentas árticas que son frecuentes en la región, cuando tropecé con él, mientras atravesaba la bahía en dirección a los cuarteles del destacamento.

El viejo Socksey, como lo llamaba la gente del lugar, estaba acurrucado en un banquillo de tres patas dando la espalda al viento y pescando en un agujero que había en el hielo. Cuando llegué a su lado acababa de sacar un gran bacalao y envolvía la línea en las ranuras de los extremos del palo que los esquimales llaman de pescar. Al principio no noté mi presencia. Luego ese sexto sentido instintivo que los salvajes conservan, y que el hombre blanco ha perdido, pareció indicarle la proximidad de un peligro. Giró bruscamente en su banquete y, como preparándose a la defensa escudriñó su alrededor con la mirada.

Esta actitud duró sólo un segundo, pues cuando se dió cuenta que era un hombre blanco el que se aproximaba, volvió tranquilamente a su trabajo, sin que, al parecer, la presencia de éste lo

afectara mayormente.

Con gran dificultad conseguí de él suficiente información para poder continuar mi camino, pues yo conocía pocas palabras del dialecto que emplean los habitantes del norte, y éstas eran más bien fuertes que elegantes por ser las que estaba acostumbrado a escuchar en las contiendas de los nativos. Me dirigí a Socksey, empleando las palabras que de su dialecto conocía, y la cara del viejo se iluminó con una sonrisa, transformando instantáneamente la expresión torpe y salvaje en una franca y amistosa.

—Han pasado muchas lunas sin que haya escuchado el lenguaje de mi pueblo — dijo. — Esto es agradable a mis oídos.

Parecía hablar con dificultad por lo que le pregunté si había olvidado su dialecto.

—¡Nunca lo olvidaré! — exclamó. — Aunque viva entre mestizos que han olvidado el lenguaje de sus padres, yo lo recordaré siempre. Pero venga — añadió — usted comerá conmigo y me dará las novedades de mi país.

Aunque yo no veía comida alrededor, semejante invitación no podía ser rechazada. En menos tiempo que el que se emplea en referirlo, Socksey tomó una vieja parrilla y con algunas ramas de mimbre y una yesca, muy pronto obtuvo un fuego vivo en el que puso a asar el pescado. Lo comimos a su tiempo, y como hacía muchas horas que yo no probaba bocado, lo encontre muy sabroso. Satisfechos, conversamos extensa y afectuosamente sobre el país y

el hogar de los padres de Socksey. Mientras fumábamos nuestras pipas, éste, que estaba predispuesto a las confidencias, me relató su historia. A mi parecer, durante muchos años no debió contársela a alma viviente; de modo que sentía la necesidad de desahogarse conmigo. Así empezó:

—Siendo joven, vivía en el lejano país del norte, en una villa que hay al otro lado del cabo.

—¿Quiere decir cerca del cabo Príncipe de Gales?

—Sí; ése está situado a la mitad del camino que va a mi país.

—Usted debe haberse fugado — le dije.

Socksey pasó por año la afrenta; probablemente habría escuchado lo mismo muchas veces, y estaba curtido. Únicamente se le estiraron los músculos de su cara y se le crisparon los dedos.

—Hace veinte años, cuando yo era un joven fogoso, usted no se habría atrevido a decirme eso — exclamó. — Pero con los años llega el juicio. Era yo un gran corredor, el mejor de mi tribu. Más de una vez he dado caza a los renos en la blanda nieve.

Hizo una pausa y después me preguntó de repente:

—¿Ha tenido usted alguna vez en su vida una venganza de sangre? No; yo creo que no. Nosotros no tememos tanto a la venganza — continuó Socksey — como al hecho que llegamos a cometer. Nos obsesiona día y noche. Todavía lo veo con la sangre saliendo a borbotones de su garganta y escucho los gritos de Awinga, mi novia. El recuerdo del hecho es la verdadera venganza del crimen. Durante veinte años he estado viendo esa visión y no podré morir sin que nuevamente corra sangre. Esta es la costumbre de mi país.

—¿Y usted no ha intentado quitarse la vida?

—Muchas veces — me respondió sencillamente. — Pero sería una cobardía defraudar al vengador. Debo guardarlo.

Socksey se estremeció y quedó silencioso. Yo sentí compasión por ese salvaje.

—Cuénteme cómo sucedió el caso — me aventuré a inquirirle.

—No hay mucho que decir — respondió. — Es una historia que lo afectará, pero no tengo inconveniente en referírsela. En su juventud, ¿ha sido usted fogoso y enamorado?

—Sí — le respondí para alentarle,

—Entonces, comprenderá cuánto he amado a Awinga, mi joven novia, y el por qué me era imposible verla en los brazos de otro hombre. En mi juventud fui ambicioso. Me consideraban el hombre más fuerte de la villa y el corredor más veloz, pero ansiaba ser el más rico del lugar. Para esto tenía una razón. Los padres de Awinga eran acaudalados y cuando me apersoné para solicitar su mano, me dijeron que yo era

Para el reumatismo

que vuelve con la época lluviosa, a mostrarse tan doloroso e implacable, existe un poderoso alivio.



Venza al dolor aplicándose con suavidad, sin frotar, Linimento de Sloan. Hace reaccionar la sangre, produce un agradable calorillo y... elimina el dolor.

Linimento de SLOAN

MATA DOLORES



demasiado pobre, que su hija estaba reservada a un hombre rico, como el viejo Apoowee, el traficante, que pudiera ofrecerles muchos regalos. Mi corazón latía con vehemencia, ante tal manifestación. Un amigo me aconsejó abandonara momentáneamente el lugar para mejorar mi condición a fuerza de trabajo

—¿Quién era ese amigo? — le pregunté.

—¡Apoowee, el perverso traidor! Me dijo que lejos, hacia el sur, donde iban los pescadores de ballenas, se podía ganar mucho dinero con poco trabajo y que para un hombre tan guapo y tan fuerte como yo, sería fácil la tarea. Yo lo creí. A la mañana siguiente partí, y después de muchos viajes, llegué al puerto donde se reunían los balleneros; en seguida fui tomado, y subí a bordo para alistarme entre los tripulantes. Trabajé desde un principio afanosamente, ya remando en los pesados botes o en otros trabajos de a bordo. Los capitanes pronto me aprecioaron hasta el punto de no reconocer otro mejor que yo para el remo y los arpones. Uno me propuso llevarme al mundo civilizado, pero yo no olvidaba el objeto de mi estada allí, de modo que les pedí me pagaran mis sueldos porque deseaba regresar a mi patria. Así fué, regresé a mis lares. Tras una larga jornada, llegué a mi pueblo en el momento que se celebraba una gran fiesta. ¡Esta era motivada por el nacimiento de un hijo de Awinga! ¡Durante mi ausencia se había casado con Apoowee!

—¿Usted fué a la fiesta? — le pregunté.

—Ciertamente ésta es la costumbre

—Ciertamente ésta es la costumbre de nuestro pueblo. Le llevé al niño muchos regalos, porque entonces era rico. Luego le dije al padre Apoowee, también tengo un regalo para usted, como que le debo mi actual riqueza, aunque me haya quitado la novia.

“Se puso pálido, pero aceptó la ca-

Dr. Alejandro Vargas Morales

MEDICO Y CIRUJANO

MEDICINA INTERNA — NIÑOS — Especialista
en las enfermedades del PULMON, CORAZON, BRON-
QUIOS y SIFILIS — Tratamientos modernos.

Consultorio: Cueva 269 de 3 a 5 p.m.

Domicilio: Manco Cápac 1705 — Teléfono 31576

rabina que le ofrecía. Era una que el capitán del ballenero me había regalado Pero como Apoowee no sabía usarla, los que lo rodeaban se reían de él. Cuando estuvo bien avergonzado, tomé la carabina y le dije: ésta es la forma en que se utiliza, amigo Apoowee. Con ella le disparé cinco tiros en la garganta, cayendo de costado y salpicándome con su sangre.

“Awingá, que había permanecido con su cara tapada, desde que yo entré, tiró su capucha y gritó: “¡Mátenlo, mátenlo!” Pero aun cuando ella gritaba llorando, ningún hombre se animó. Temían el poder mágico de la carabina. Un pequeño niño que era hijo de ella se paró sobre el charco de sangre y dijo: “¡Cuando crezca te mataré, hombre perverso!”

“Pasó por mi imaginación matar también a él, pero era hijo de Awinga, y sobre todo admiré su coraje que en realidad no tenía ninguno de los hombres que había allí. ¡No podía exterminar a tan valiente criatura! Así es que le dije: “Hijo, te esperaré”, tiré

la carabina y desaparecí. Desde ese entonces he permanecido aquí”.

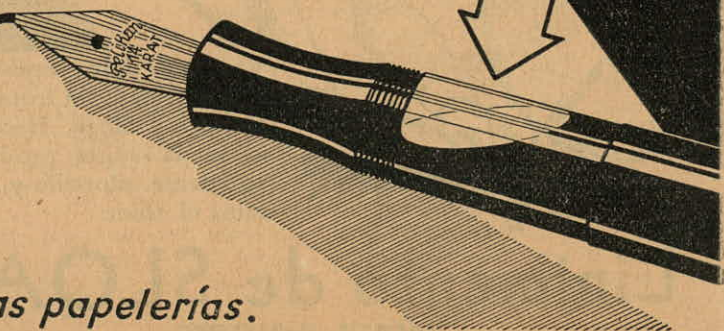
Su narración había terminado. Socksey permanecía silencioso mirando a través del hielo. Durante este tiempo la tormenta había amenguado

—Bueno, debo irme — dije, añadiendo como final: — Alégrese, el muchacho jamás lo encontrara a usted aquí.

—Ahora él debe ser un hombre — replicó el viejo, pensativo. — De cualquier manera él o la muerte deben encontrarme pronto. ¡Estoy cansado de esperar!

Aunque convencido de que el vengador vendría, pues era la costumbre de su país, adelantóse a su destino, impulsado por el remordimiento. Un buen día fué encontrado muerto por su propia mano. Había a su lado un winchester y presentaba una herida de bala en la garganta. Así se mantenía, aunque de un modo indirecto la tradición de sus mayores. Los esquimales son altamente obstinados en la conservación de sus costumbres.

El lapicero
fuente Pelikan con depósito
transparente



De venta en las buenas papelerías.



AGACHADAS

—¡Te digo que la marca de la tro-
pilla era la de Henestrosa!

—¡Y yo te digo que no!

—¡Oh, bah!

—Escúchame. La marca de Henes-

trosa es así: un triángulo equi-átero,
con una suerte de ganchito sobre el
vértice, a la derecha...

—¡Y así era!

—¿Estás seguro?

—¡Claro que sí!... Conozco bien la

marca, y además un paisano me lo con-
firmó en la pulpería...

—¿Un paisano?

—Sí, pues... Como estaban allí va-
rios para asegurarme mejor, se lo pre-
gunté a uno de ellos...

—¿Qué le preguntaste?
 —¡Caray!... ¡Y eso!... Si aquella era la marca de Henestrosa, y él me contestó que sí...
 —¡Acabáramos!...
 —¿Qué?... ¿De qué te ries?
 —Me río de que te han “farreado”, de que te “farreó” el gaucha en eso en la pulpería...

—¿A mí?
 —¡Sí, señor, y no te quepa la menor duda!... Esas son las sutilezas, las “agachadas” de gaucha de que te hablaba en días pasados y de las que se quedan a los tan orgullosos...
 —Yo le pregunté...
 —Sí, tú le preguntaste... Ya sé... Tú le preguntaste con el aplomo del que espera una ratificación: “Esa es la marca de Henestrosa, ¿verdad?...” Y él, a trompeta, en lugar de decirte como correspondía: “No, señor; ésa es la de Fulano de tal”, no quiso perder la oportunidad que se le ofrecía de demostrar su viveza ante los que allí estaban y se respondió, reventando de gusto: “¡Ah, ah!”... simplemente.

—¡Vaya con la gracia de...! Me parece una estupidez
 —Claro que es una estupidez para tí, para mí o para cualquier individuo medianamente culto; pero no para él, el pobre, que no encontrará todos los días ocasiones que le permitan demostrar, burlándose, la inferioridad de algún prójimo...
 —¡Está bueno!... ¿Quiere decir, entonces, que si yo, por ejemplo, le pregunto a un gaucha si un camino conduce hacia tal o cual parte, indefectiblemente, me engañará, me dirá una mentira?...
 —No por cierto, y menos si está solo, porque no son perversos, sino burlescos y porque para que la burla resulte han menester de público. Por otra parte, es también cuestión de circunstancias y de la manera cómo se formula la pregunta... Porque has de saber que una cosa es preguntar como ignorante humilde y confeso: “¿De quién es la marca de esa tropilla?” y otra muy distinta demostrar, en la forma de hacer una interrogación, que el pueblero ya está creyendo saber lo que no sabe...” En el primer caso instruye a un pobre ignaro; en el otro, burlándose de un ignorante pretencioso. ¿Me comprendes?
 —¡Está bueno!...
 —Y no creas que ésa sea una modalidad exclusiva de nuestro gaucha, no señor, son “agachadas” propias del hombre de escasa mentalidad de todos los pueblos de la tierra, tan orgulloso siempre de sus conocimientos, por pobres que sean éstos, que hasta cuando instruye lo hace como burlándose del neófito, como risueñamente sorprendido de que pueda haber alguno que no sepa lo que él tan cumplidamente sa-

USTED NO DEBE OLVIDAR

que la “AGENCIA MODERNA” es la que más garantías ofrece al público en todo lo que se refiere a difusión y venta de revistas y diarios nacionales y extranjeros. Tenemos establecido un servicio especial, que hace el servicio en los trenes entre Lima y Huancayo. Aceptamos suscripciones. Agencias en todas las ciudades de relativa importancia.

KIOSKO FRENTE AL CORREO

be... ¡Ah, ah!... Si conoceré yo a los gauchos!... Te podría citar infinidad de casos semejantes a ese que acaba de ocurrirte con la marca de los caballos de Henestrosa. Mira, si no: Una vez, hace años, estábamos apartando hacienda en un rodeo y un gaucha, “un peón por día”, dueño de una tropilla de tordillos negros, pegó con uno de sus caballos una de esas rodadas que llaman la atención por lo espectaculares... ¿No?...
 —Sí, pues...
 —Bueno, a los pocos días del suceso tuve oportunidad de volver a encontrar al hombre, y después de haber mirado el tordillo que montaba, le estaba diciendo ya: “¿Ese es el tor...?”, cuando, dándome cuenta de mi error, corté la frase en seco, pero... a él ya se le había escapado un “¡Ah, ah!” suavísimo y tan lleno de fruición como de malicia... ¿Qué me cuentas?
 —¡Está bueno!...
 —¡Espera!... Otra vez, también en un aparte de novillos, nos topamos a la cruzada, en toda la furia y por exclusiva torpeza y culpa mías, con otro jinete. Un golpe peligrosísimo, como te imaginarás, y que pudo matarnos a los dos; pero no sucedió nada malo, por fortuna, y cuando, a raíz del accidente, yo un poco avergonzado y mohino, a causa de la “chambonada”, comenzaba a decir ya a alguno de los gauchos que por allí estaban: “¿Han visto que...?” uno de ellos me interrumpió para afirmar rotundamente: “¡La culpa fué del otro!”... ¿Comprendes?

—Sí... ¡Está bueno!
 —¡Ah, son tremendos, che!... Pero ya te digo, para quien no los conoce... Tienen una malicia ingenua, pero porfiada y paciente de ternero que quiere salirse al campo, y es capaz de esperar

días y días a que uno se olvide por casualidad de cerrar una tranquera...
 —¿Qué bueno!...
 —Mira... ¿Quieres que te diga una cosa?...
 —¡Ah, ah!...
 —Pues que soy un convencido de que estos diablos de gauchos porteños, “se lo farrearón” hasta el propio Darwin, hasta el propio e ilustre autor “Del origen de las especies”...
 —Sí, ché?
 —¡Palabra de honor!... Dime una cosa... ¿Tú conoces... “Mi viaje alrededor del mundo”?
 —Sí; algo...
 —¿De veras?
 —¿Te crees que soy un borrico?
 —No; pero como lo dices con tan poca convicción...
 —Lo he leído hace tiempo; pero no podría sostener ahora una controversia...
 —Bien, no importa. El caso es que yo he descubierto en ese famoso libro que al ilustre sabio, lo mismo que a tí, lo “farrearón” los gauchos, lo farrearón unos gauchos allá por el año 33 y a la altura de Carmen de Areco...
 —¿Macanas?
 —Eseucha. Lo “farrearón” en una forma tan alevosa, que el pobre sabio registró la broma inocentemente en su libro, en donde ha pasado hasta hoy tan inadvertida como están pasando a través de algunas ediciones de la obra toda esa multitud de “avestrus petisc”, “carranchas” y “viscachas” que la infestan, sin que haya mano caritativa capaz de corregirlos...
 —A ver, ¿cómo es eso?
 —Verás: Darwin, refiriéndose en su libro a los inmensos cardales que por aquella época y en la estación propicia cubrían vastas extensiones del N.E. de nuestra provincia porteña, dice que en cuanto dichos cardales “erecen todo lo que han de crecer, se vuelven impenetrables en absoluto, excepto algunos senderos, verdadero laberinto sólo conocido por los ladrones que se guardan allí y salen a robar y asesinar a los viajeros”... y agrega a continuación que cierta vez preguntó en una casa si había por esos lugares muchos ladrones, y que le contestaron: “Todavía no han brotado los cardos”...
 —¿Y qué tiene?
 —¡Caray!... Ahora me explico que te tragarás tan fácilmente lo de la marca de la tropilla... Los gauchos y mucha gente de campo, aun sin ser gaucha, acostumbran a llamar “adrones” a las alcahofas del cardo, y por eso el paisano solapado aquel, burlándose alevosamente, dió esa respuesta al ilustre sabio inglés, que a pesar de su mucha ciencia no podía estar a cabo de tales “agachadas”.

Benito LYNCH
 (Ilustró Aristides VALLEJO.)

LOS «CLOWNS» SON UNOS VERDADEROS GIMANSTAS

Es el circo un tópico de literatura, un tópico de la vida? ¡¡No!! Hay muchas cosas sobre la pista circense — y tras las bambalinas del recinto. — sobre las que se puede hablar sin temor a incurrir en el tópico. Muchas cosas. Yo os aseguro que, interesándose a fondo, rebuscando en las esquinas más recónditas, estudiando los camerinos más históricos, conversando una y otra vez con el artista, llegaría uno a encontrar cosas nuevas — aunque de circo — que podrían muy bien reproducirse en la pantalla de plata, en el rotativo de última hora. Pero en España la gente no va al circo.

x x x

Legrand - Chabrier, ese gran escritor de Francia, ha hecho cosas de circo sencillamente magníficas. Magníficas en calidad y en número. Y Legrand - Chabrier ganaba dinero y ganaba gloria en vértigo de éxito.

Es que Legrand-Chabrier hablaba a Francia. Era el escritor, el poetizador de circo francés. El señor burgués leía a Legrand - Chabrier. Y la señora burguesa. Y la solterona. Y la *midinette*. Y la mujer que vive del *flirt*. Y el niño pequeño. Y el muchacho universitario. Y el aristócrata. Y el oficinista. Y el *sportman*.

En Francia, en París, la gente va al circo un día sí y otro... también. Le gusta el circo no como al espectador de cine, a quien divierte Anny Ondra o le gusta oír cantar a Chevalier, sino como quien encuentra en el lienzo — ¿de celuloide? — un alimento, un sabor técnico especialísimo.

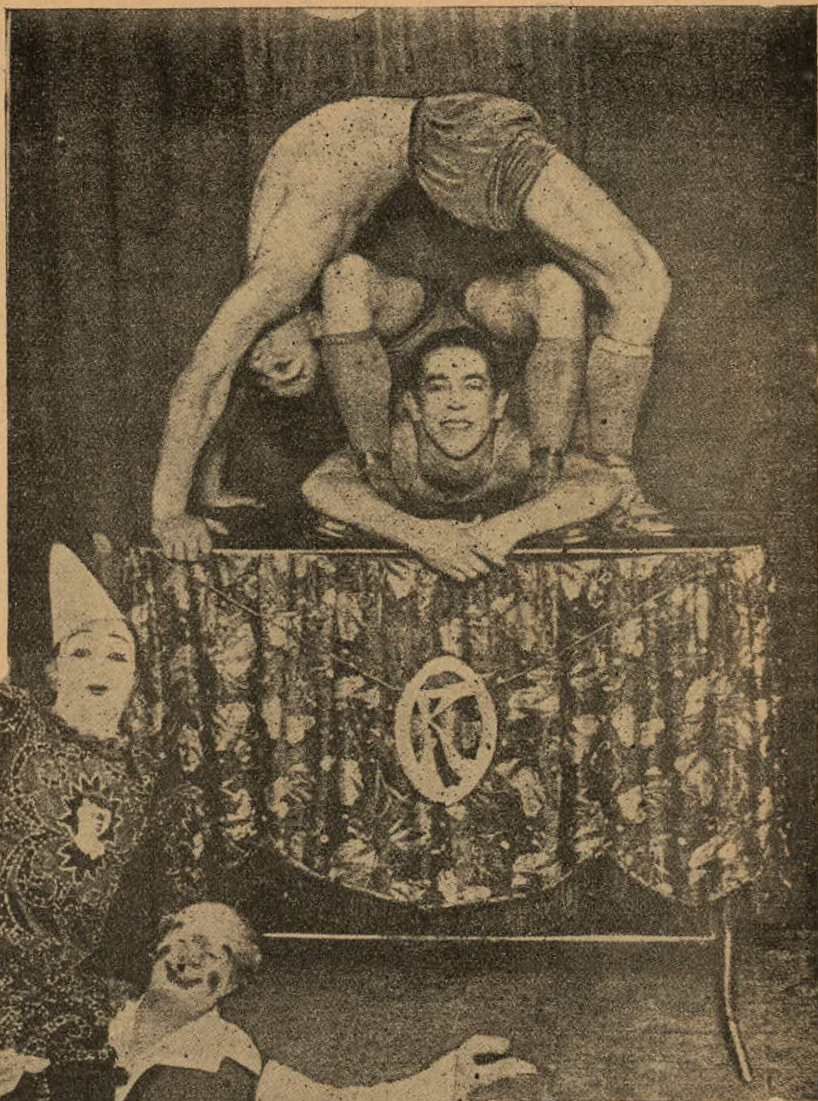
No es lo mismo quien va al cine porque no sabe adónde ir, que quien paga su butaca para estudiar la técnica de una combinación de planos germana. O para ver de cerca, para recordar a la Rusia de los zares. Cine — diversión — y cine — documental — no es lo mismo.

En el circo pasa lo mismo. En Madrid, las gentes van al circo a divertir los pequeños, a matar un par de horas. En París hay una obsesión circense, gratísima.

Creo que existe una variación de concepto. Favorable a los franceses, ¿no?

x x x

Hay en el circo un principio bá-



Los contorcionistas "Hermanos Oros"

sico, un axioma de años. El artista ha de ser gimnasta. Es innegable. Y eso, esa indispensable acrobacia circense, es lo que vamos a tocar hoy, muy superficialmente, más bien en tono de reportaje; claro es que en el de ensayo "de fuerza".

Eso se lo dejamos para Legrand - Chabrier. Y si acaso, para nuestro gran Ramón.

Que la greguería también es ensayo. O, por lo menos, "ladrillo" de un ensayo.

Vavre y Lesna. Dos franceses. Actuando bajo proyector de fango. Describiendo — sobre la madera — una parodia: danza de apaches.

Un de ellos viste de mujer. La caracterización de apaches es certera. Los gestos, acertados. La acrobacia inicia — aquí, en esta danza — su carrera plausible. Balbucea los primeros pasos.

Vavre y Lesna se pliegan y desplie-

Los célebres "clowns" Pompoff y Thedy



Los contumaces, los augustos de la hilaridad del "Circo de Price".

gan, en gimnasia de Montmartre. De obscuro cabaret de Montmartre O de taberna de puerto—Marsella.

X X X

Los augustos — los contumaces, los... — son quienes ponen más de relieve esa elasticidad y fuerza musculares del hombre de circo. Salen como ruedas de neumático, lanzadas. El salto mortal es para ellos una pirueta vermouth. Ruedan por la lona, se levantan, pelean, corren, todo con un inapreciable ritmo gimnástico.

Hemos hablado con los **Hermanos Oros**, sentados en la esquina de un baúl, ricatizado de etiquetas políglotas.

—En el circo, todos hemos empezado con el salto, con la pirueta, con el biceps siempre en tensión. Ya desde pequeños, a los cinco años, la cocina, el pasillo, el comedor de casa servían dep rimeria pista para nuestros primeros ejercicios. Pedro Pescador, aquel famoso barrista que actuó en el Circo Colón de la plaza de Santa Bárbara, era nuestro padre. Él fué quien nos instruyó en los elementalismos que habían de llevarnos a la pista del aplauso.

—Es una cadena la generación de ustedes.

—Desde luego. Habrá excepciones, como en todo. Pero el artista de circo ha sido hijo de artista y ha empezado a "curvarse" a los cinco años. No le quepa duda. Nosotros trabajamos ante

el público desde los doce años. Hoy la pista es ya nuestra única pasión; cuando saltamos, vibramos bajo el músculo y bajo nuestra propia alegría. Inglaterra — catorce años —, Escocia, Irlanda, Gales, etc., ya no son para nosotros mundo incógnito.

—Ahora, ya no entrenarán ustedes.

—Nada más que el ensayo corriente. Sin el rigor de antes. Luego, ante el público, es cuando surgen lo que nunca concebiríamos. Ejercicios que estallan sobre el terreno, y que luego, mejorados, atraerán a las multitudes.

—¿Les gustaría a ustedes trabajar en otra cosa?

—¡Bah! ¡Quién sabe! El artista de circo no es más que eso: artista de circo, gimnasta; cuando menos se piensa hay que hacer algo que no se ha hecho en la vida. **Clowns**, augustos, alambristas, músicos...: todo hemos de ser.

Al doblar un pasillo, tropezamos con **Pompo**. Está apoyado en el quicio de una puerta. Pensativo. Con un cigarrillo estrujado entre los dedos. Piensa. Y habla en alto, como consigo mismo:

—¿Qué le diré hoy al público? Es sábado. Función de tarde. Y poca gente. ¿Y qué le diré hoy al público? ¿Qué contaré esta tarde?

—¡Psch!...

—¿Qué te parece, **Thedy**?

—Cuenta eso de...

Y **Thedy** empuña la guitarra, sonriente.

X X X

Pompo y **Thedy** también han sido gimnastas. Ved, a una hora, en una de las "fotos" que ilustran esta información, como **Thedy** sostiene en su brazo derecho a su compañero **Pompo**. Aun hay más.

Aún vive el atleta de ayer en el **clown** incomparable de hoy.

—Todos los **clowns** — vuelve a decirnos ahora **Thedy** — han sido y son grandes gimnastas. Antes poseían, además, una educación esmerada. Se les enseñaba a leer, a estudiar música, a todo. Hoy, ya no. No...

—Siga, **Thedy**...

—Principiamos como gimnastas. Terminamos como **clowns**. Hablando en tres o cuatro idiomas, tocando cuatro o cinco instrumentos. Siendo filósofos y psicólogos. Poseyendo una astucia que ya quisiera Ochoa cuando tenga ochenta años.

—¿Se emocionan ustedes ante el público, ante sus ovaciones?

—El buen **clown** no debe inmutarse ante el silbido ni ante el aplauso. Debe permanecer imperturbable. No sonreír. No llorar. Seguir en su papel. Seguir con su faz quieta, melancólica, angustiosa, preparando un nuevo truco con que sorprender al público. Es como el médico que opera sin cloroformo; no deben asustarle los gritos del paciente. Seguirá cortando, operando con igual sangre fría.

—Thedy, ¿en qué consiste su éxito de hoy?

—Hoy, yo he decidido algo que nunca me había animado a confesar a un periodista. Mi truco consiste en insultar al público en lugar de ser yo la víctima. En llamarle ¡canalla!, ¡bandidos!, en vez de rodar deshecho ante una desgracia de escena.

—Hay una diferencia con Charlot.

—Cierto. El no escucha los aplausos ni las risas del público. Cuando haya un defecto, se cortará la cinta. Convierte su situación momentánea en patetismo que hará gracia al espectador. El espectador se compadece de él y ríe ante sus desgracias. Yo hago al revés. Insulto, aplaúto al público, me río de él.

Pompoff y Thedy deberían ser los clowns mejor pagados del mundo. Madrid no sabe a quiénes ovaciona cuando los dos artistas trabajan para contagiar al Mundo de una alegría que ellos casi nunca sienten.

El artista de circo es un gimnasta. Termina siendo un clown. El circo merecería un estudio cuidadosísimo acerca de esto.

Y de otros tantos apartados de pista circense y bambalina internacional. Pero en Madrid la gente no va al circo.

L. MENDEZ DOMINGUEZ.

PADECE DE ACIDEZ DE ESTOMAGO?

Cuando después de una comida se sienta acedia y dolor de estómago, es señal de acumulación de ácido en el mismo. Corrija esa tendencia del estómago en seguida porque es peligrosa. Puede que resulte una úlcera estomacal. Por mucho que sea el ácido en el estómago, es posible disfrutar sosegadamente de las comidas si se tienen a mano pastillas de Magnesia Divina para tomarlas después de comer antes de que el mal se manifieste. Pruébense. Cómase lo que se desee, dentro de la prudencia natural, y después tómese la Magnesia Divina para neutralizar los ácidos, purificar el estómago y pro-



VAVRE Y LESNA, PARODISTAS

tegerlos contra la fermentación de los alimentos. Los médicos recomiendan la Magnesia Divina, y son millares los que la toman porque eficazmente elimina todo desrreglo estomacal y determina el peor ataque en menos de cin-

co minutos. Obténgase en la botica una cajita de ensayo de pastillas de Magnesia Divina y tómense según las instrucciones dadas, y la digestión y demás desarreglos del estómago desaparecerán en un instante.

El hombre anuncio



Propaganda japonesa. Tres hombres sandwich haciendo el reclamo de una fábrica de sombreros del Japón, por las calles de Tokio

EMULO DE "PAMPLINAS"

ace poco fué regocijo queril y fruit del papanatismo el maniquí viviente. Era un hombre desmedrado, de seriedad inmutable. Se exhibía en aparates haciendo de señuelo para

las mercaderías expuestas. Las casas a que hacía la "réclame" ofrecían un premio en metálico al que consiguiera desarrugar el rictus de tristeza de su faz, fosilizada por quién sabe qué hondo pensamiento. Nadie obtuvo el codiciado galardón. El maniquí viviente,



No parece difícil caracterizarse como este señor para anunciar trincheras. El intriguís de este hombre anuncio está en su seriedad, en su arte, para pasar por un muñeco sin serlo.

con quien hablamos en trace de informadores, se decía de buena familia. El tipo aseñoritado abonaba su aseveración. Un avatar lo hizo trotamundos,



El famoso anuncio de los neumáticos, tan conocido por los habitantes de París

Dos tipos de hombre anuncio que caracterizan dos épocas distintas. El hombre de los zancos es de hoy, ha paseado sobre sus largas piernas por las calles de todas las grandes ciudades del mundo; en cambio, ese viejecito anunciante de paraguas sólo a nuestros padres le resultaría familiar.



y un día de hambre empezó a ganarse el plan como hombre anuncio en la modalidad ya señalada. De las playas de moda francesas vino a Madrid; ganaba diez pesetas por hora de exhibición,

vestido elegantemente en las vitrinas de las sastrerías, imitando los movimientos sin flexibilidad de los muñecos con mecanismo, o vestido de paleta en las vidrieras de las tiendas de comestibles. Su esporádico exhibicionismo fué corto. La plaza de Madrid — ussemos los términos comerciales — no daba para más, y ahora anda por Barcelona.

UN IMITADOR QUE PERFECCIONA EL SISTEMA

No es cosa fácil ser imitador de aquel hombre cuya seriedad eclipsa la famosa y conocida de “Pamplinas”; pero pronto surgió en Madrid un rival que amplió y perfeccionó el sistema haciéndolo más eficaz. En efecto, el hombre anuncio de que vamos a hablar,

Tiene que ser muy espectacular el hombre anuncio para que el público lo tome en serio. Este que aquí veis, ha sido, antes de ser lo que es, cómico. Y en la actualidad, además de anunciar bocadillos, hace versos. Gana 15 pesetas por su trabajo de tres horas diarias, y, según él, dice, su personalidad intriga a las mujeres

o mejor dicho a hacer hablar, une a la propaganda por la exhibición de un tipo atrayente la oral, la más eficiente de todas, porque la palabra es convincente y suavidad más que ningún otro procedimiento.

El hombre anuncio, que atrae sobre todo la atención de la chiquillería, anda ahora por esas calles y plazas que tiene Madrid, vestido de cocinero, haciendo aspavientos y ademanes y, de vez en cuando, a gún discurso, con una fluencia verbal que para si quisiera más de un futuro candidato a legislador.

Lo buscamos y tropezamos con él en un bar de los barrios bajos.

—Pues verá usted — me dice, — yo era cómico... de la legua. Harto de traqueteos por esos andurriales y temeroso del fallecimiento por inanición, di en pensar cómo podría obtener la pitanza. Y pensando, pensando, vine a dar en esto del hombre anuncio. Al principio pasé mucha vergüenza. ¡Para qué le voy a contar! Pero más cornás da el hambre. ¡Si oyera usted lo que yo he oído! Hay gente muy inculta, créame usted. Algunas veces me han tirado hasta verduras. Lo que no hicieron nunca cuando era actor.

—¿Qué género cultivaba usted?

—Siempre me dediqué al verso. En el fondo soy un romántico, aquí donde usted me ve haciendo la propaganda de unos bocadillos. ¡Yo, un poeta! Como usted lo oye. Publicado no tengo nada, pero conservo algunos versos en la memoria. Oiga usted éste:

"Horrible torbellino
es mi camino.
Paso la vida cruel,
traidora, fiera.
hoy, trabajando al borde
de un abismo;
mañana, errante en pos
de la químera".

—¿Tiene usted muchos admiradores?

—Los chicos y las mujeres. A éstas les intriga mi personalidad; quieren

saber cómo soy sin disfraz ni maquillaje. Si le contara a usted las cosas pintorescas de que he sido protagonista... sería el cuento de nunca acabar. Una vez, en la Puerta del Sol, una casliza, de las que ya quedan pocas, se me agarró del brazo al tiempo que me decía: "Tú te vienes a tomar conmigo un quince, pues te lo has ganao por cara dura". Ni que decir tiene que se aglomeró la muchedumbre, que nos siguió y que yo tuve que tomar un coche para huir del entusiasmo multitudinario.

—¿Es usted madrileño?

—Sí, señor.

—¿Cuánto gana con su trabajo?

—Me dan quince pesetas, por trabajar tres horas diarias, y la comida. Y lo mismo que hago este tipo de cocinero anunciando bocadillos, hago los que la mercadería o anuncio requiera. En la última verbena de la Paloma recorrí el barrio caracterizado de Don Hilarión, acompañado de Casta y Susana, para hacer la propaganda de una sastrería... El día que esto se acabe, inventaré otra cosa. El caso es ganarse la vida honradamente. ¿Verdad, usted?

Y el hombre anuncio, después de mirar su reloj de pulsera con ese característico ademán que hace temer el upercut, se despidió, porque la obligación le requería urgentemente.

EL TROTAMUNDOS

El hombre anuncio suele ser un trotamundos. Un espécimen es el hombre de los zancos que anda ahora por Madrid. Para dar con su paradero hemos tenido que establecer una nueva marca de "footing", hecho éste nada extraño, pues que no se alcanza fácilmente a un hombre de remos privilegiados, que, además, usa zancos y tiene una bicicleta.

El hombre de los zancos es un personaje barojiano. Ha recorrido casi todo el mundo durante una vida azarosa y aventurera. Ha sido soldado del ejército cubano, maquinista de ferrocarril

y ha ejercido oficios y profesiones diversas en distintas latitudes. Habla varios idiomas, y el castellano con acento andaluz, aunque es de Valdepeñas. Estamos al habla con el protagonista comercial.

—Desde los quince años me dedico a la difusión del anuncio comercial y tengo treinta y dos. Este trabajo me reporta mayores beneficios que cualquier profesión de aquellas para que estoy capacitado.

—¿En qué ciudades se paga mejor al hombre-anuncio?

—En Nueva York, y, sobre todo, en San Francisco de California. La gente, además, no se aglomera, ni le sigue a uno. Pasa por nuestro lado, lee el anuncio y sigue su camino. Se ve que tiene mucho que hacer... El público de Madrid, en cambio, es un poco novelero; pero de nobles sentimientos y bondadoso.

—¿Y cómo se le ha ocurrido trabajar con zancos?

—Pues verá usted. Un buen día leí en los periódicos un anuncio en que se pedía un hombre que supiera andar en zancos. Y como yo soy hombre de cido, y para ganarme la vida no vacilo ante nada que juzgue honrado, me ofrecí, me aceptaron y salí andando como Dios me dió a entender. Al principio, cuando no sabía mantener el equilibrio, no sufrí ningún accidente; en cambio a los dos años de entrenamiento me caí y me fracturé el brazo izquierdo. No crea usted que es fácil andar, sobre todo con uno de dos metros que uso algunas veces. Se desfilona uno. Pero todo es acostumbrarse; yo puedo andar durante varias horas seguidas sin apoyarme en nada.... Para colocármelos me subo a una escalera y para descalzármelos lo hago apoyado en una pared y me apeo dando un salto.

Y cansados de hablar, como si lo hicieramos con una novia que viviera en un rascacielos, terminamos la entrevista.

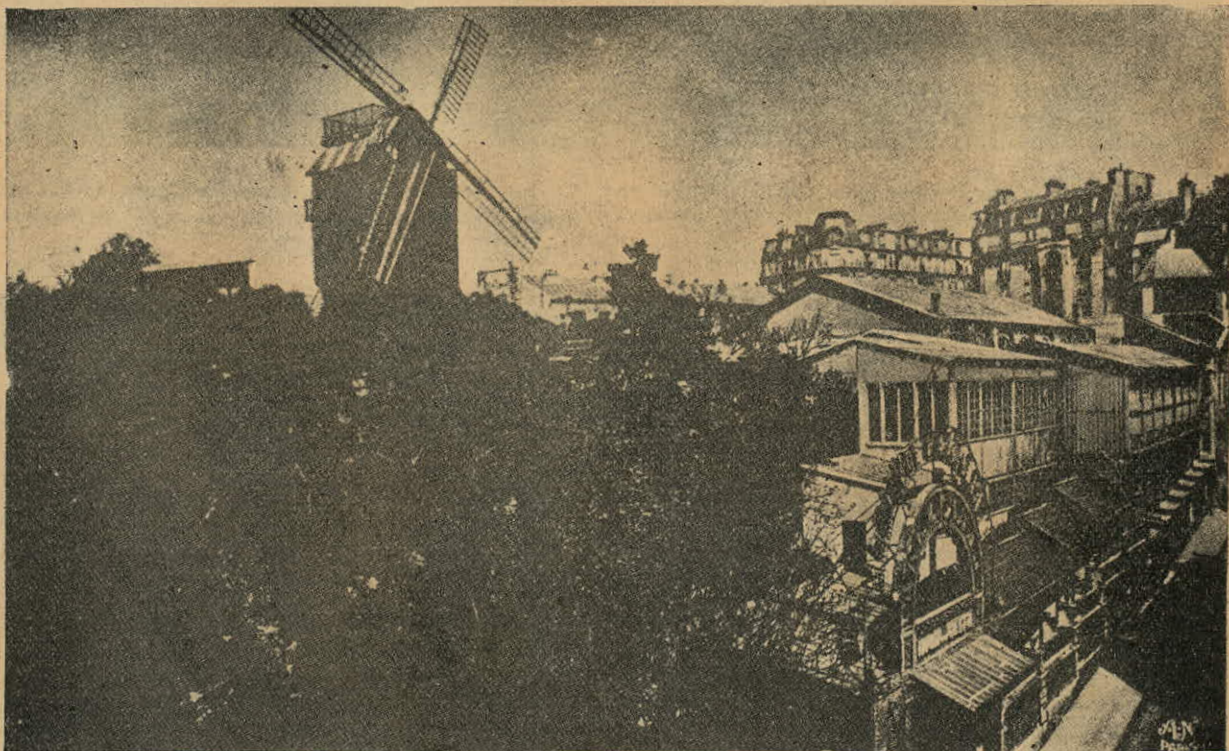
Ribas MONTENEGRO



En **ANEMIA**
DEBILIDAD-CONVALECENCIA

Los Medicos los mas eminentes recetan
VINO y JARABE **DESCHIENS**
à la Hemoglobina PARIS

UNA VISITA AL CUARTEL GENERAL DEL ARTE MODERNO



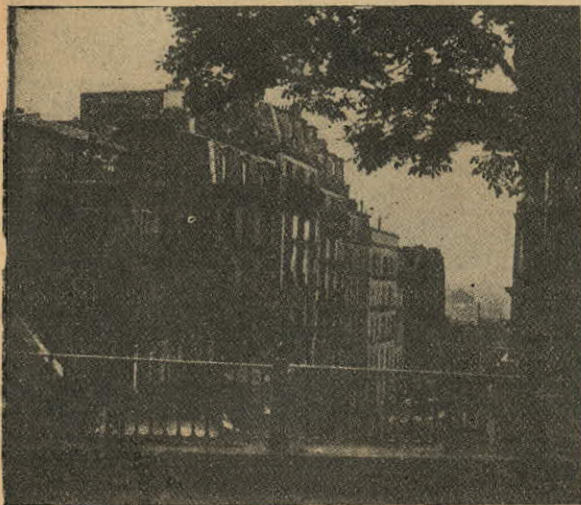
París — Montmartre: El típico "Moulin de la Galette"

Cuando hace años se celebró en París la Exposición de Arte Decorativo, el público no iniciado sonrió ante lo que sólo consideraba costosa fantasía. Por su parte, muchos profesionales estuvieron lejos de adivinar el alcance de una manifestación que venía a cristalizar el esfuerzo sostenido de una minoría muy inteligente de pinto-

res, arquitectos y literatos, que desde muy larga fecha luchaba por encontrar nuevos derroteros en el arte. La evolución estética actual ha triunfado, especialmente en lo que afecta a la arquitectura, al decorado y a la publicidad, y poblaciones como Berlín se entregan francamente a esta fórmula, que aparte de otros muchos méritos,

propugna por la sobriedad y sencillez de líneas. Mas limitando nuestro papel de informador, sólo recordaremos a los que triunfaran, en justa recompensa a su perseverancia y clarividencia.

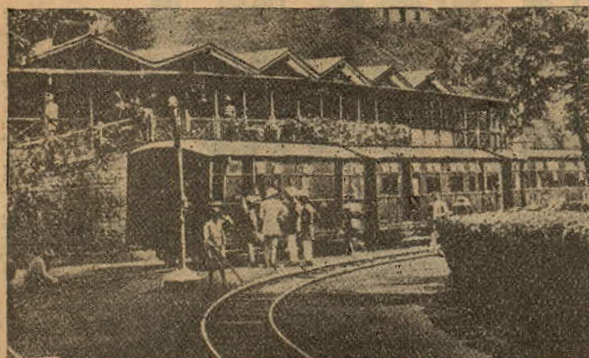
Marcada con el número 13 de la calle de Ravignan, en pleno Montmartre, a dos pasos de la plaza de Tertre y de la Butte, que corona la basílica del Sa-



Una curiosa vista de la plaza de Emilio Goudaud, inmediata a la rue Ravignan, donde se encuentra la casa en que vivió Picasso



Un rincón de la típica plaza del Tertre. En la casa de la esquina, una placa reza la siguiente humorística frase: "Cuidado con los pequeños poulbots"



La casuca de la calle de Ravnigan, donde vivieron Picasso, Fort, Van Dongen, Mac Orlan y otros revolucionarios del arte.

La rue Orcham, refugio, hasta hace poco, de una entusiasta juventud de artistas innovadores y modernos.

grado Corazón, se levanta la casuca en donde Picasso y los poetas modernos emprendieron una de las más revolucionarias empresas conocidas. Picasso, tras de haber recibido la enseñanza de los más famosos pintores de su tiempo, crea el cubismo, después de haber pintado a Epoca azul la Epoca de los saltimbanquis y la Epoca rosa, que nadie quiere comprar sufriendo mil martirios, como ocurre en la Vida bohemia, de Murger, con el cuadro El paso del mar Rojo, que rechazado por el Jurado, se convierte en el Paso de las Termópilas, y termina en el Paso de Beresina, sin que en ninguna de estas tres formas logre convencer al implacable tribunal, que descubre cada vez la malicia del pintor Marcelo. En esta casa misérrima, conocida en el barrio con el nombre de "el barco-lavadero", también encuentra refugio Paul Fort, declarado más tarde "el príncipe de los poetas". En cuanto a Pablo Picasso, figurará por largos años como el inquilino que por más tiempo habitara el piso bajo, justamente con Kees Van Dongen, en tal época desconocido y pobre. Entre otros muchos artistas, Andrés Derain y Georges Braque eran familiares del taller de Picasso, y en el bateaulavoir cobijó sus esperanzas el célebre Pierre Mac Orlan.

Construida esta casa al borde de una colina, entre la calle de Orchamp y la de Durantin, presenta la particularidad de que cuando se entra por la puerta que da del lado de la rue Ravnigan y de la plaza de Emilio Goudaud, el piso bajo puede pasar por tal; mas por la parte trasera, se convierte en piso sexto, y una mansarda es a veces subsuelo, pues todo depende del lado de que se mira. El inmueble fué construido por una fábrica de pianos, probablemente para utilizarlo como depósito de su mercancía, y los corredores estaban separados por unos peligrosos medios tabiques. Así, pues no es de extrañar que cierta desgraciada noche, un joven poeta alemán caiga en una de las simas, empleando largo rato en llegar hasta el fondo de las bodegas, por fortuna sin grave daño para él.

Y si con frecuencia la visita y las risas de una graciosa damisela alegraban inhospitalario lugar, también la tragedia ensombrea la simpática comunidad de estos hermanos en el arte.



Iglesia de San Pedro, junto a la Plaza del Tertre. En el fondo, la silueta de la basilica del Sagrado Corazón

El pintor alemán Wigels se ahorca en ella... Una hora antes de su lamentable desición, se le ve distribuir por la ventana, en billetes de la Reichsbank, a una cantante callejera, la pensión que acabara de recibir. La infeliz mujer, ocultando el pequeño tesoro que supone para ella suma semejante huye como si la acabase de robar..., y a poco se vuelve loca.

Hoy día, como en tiempos de Picasso

y de Van Dongen, otros muchachos han buscado refugio en "el barco-lavadero", luchando por un porvenir mejor. Esperanzados por el recuerdo de los que triunfaron, trabajan con tesón en una casucha que ha sabido modelar tantos y tan famosos artistas, y que el alma de Wigels ciertamente protege...

Antonio MUÑOZ PEREZ.



GENERALISIMO DON JOSE DE SAN MARTIN, a cuya acción esforzada y generosa, debe el Perú su independencia

El Te Deum en la Basílica

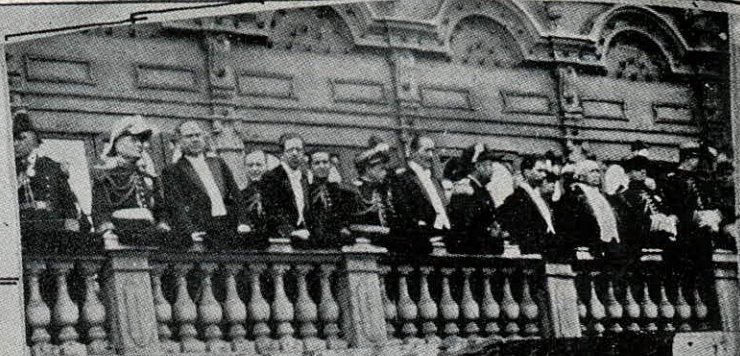


Con toda solemnidad, se efectuó, en la mañana de ayer, martes 28, el Te Deum en la Basílica, con asistencia de la Junta Nacional de Gobierno, de

los representantes del Poder Judicial, altos funcionarios de la administración pública y jefes y oficiales de los Institutos Armados.

En los alrededores de la Plaza Principal formaron las tropas de la guarnición de Lima bajo el comando del Coronel Cirilo H. Ortega, jefe de la

Desfile de las tropas

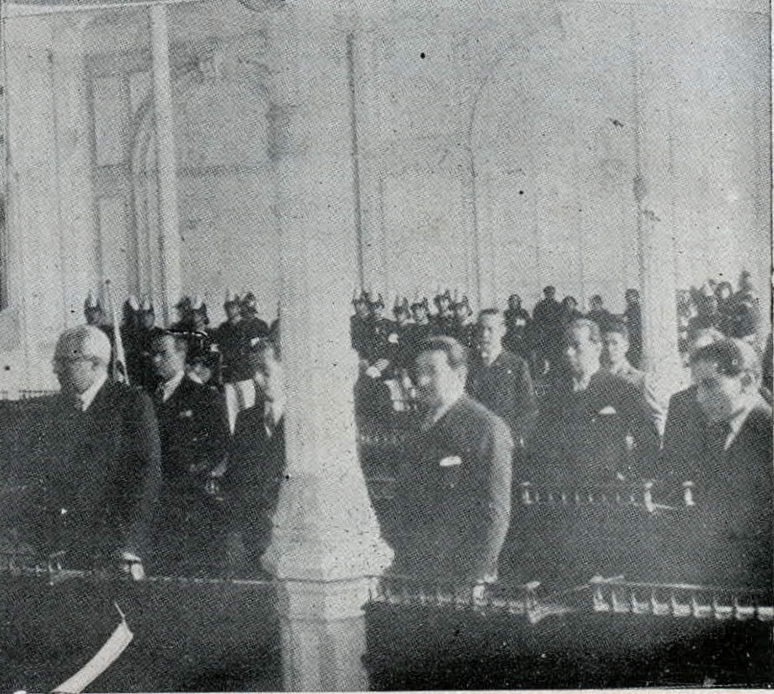
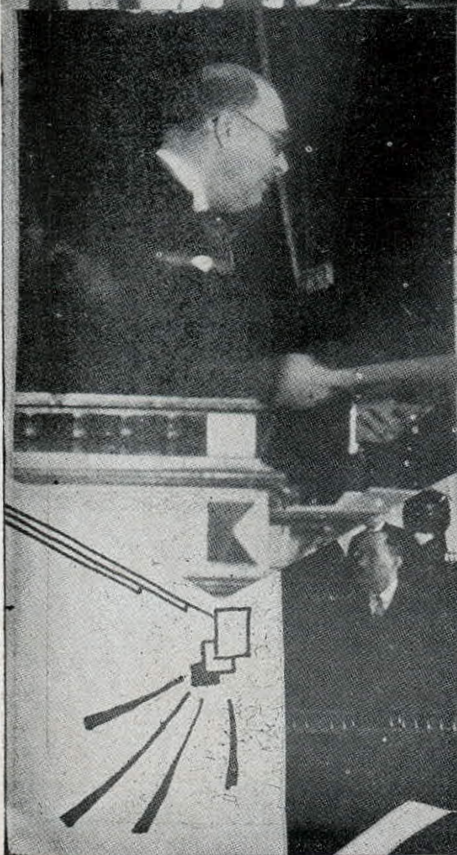
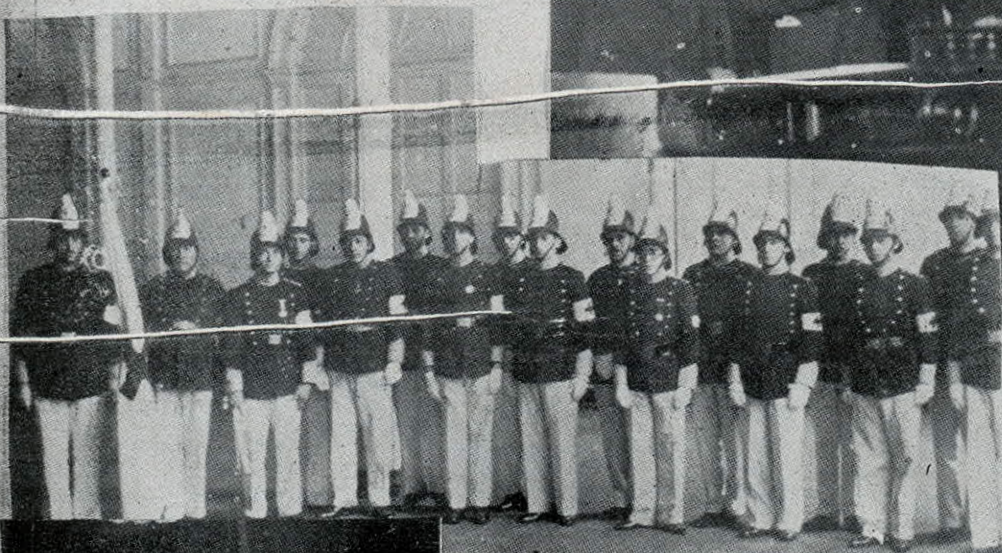


plaza. Las tropas rindieron a la Junta de Gobierno los honores reglamentarios. El desfile del Ejército, Marina y Policía, efectuado después de los oficios religiosos, bajo los balcones de

Palacio, y luego por las calles centrales de la ciudad, constituyó un verdadero acontecimiento. El público aplaudió el paso de las tropas, con todo entusiasmo, alabando su marcialidad y

correcta presentación. Damos, en estas páginas, una completa información gráfica de estos actos.

En la Municipalidad



Tuvo lugar, en la mañana del 28, en el Salón de Actos de la Municipalidad Central, la sesión solemne de esta corporación, conmemorando el aniversario nacional. Después de breves frases del Alcalde, doctor de la Riva Agüero,

declarando abierta la sesión, el concejal más joven, doctor Gamio Palacio, dió lectura al acta de la jura de la independencia, que fué escuchada de pie por todos los miembros de la Municipalidad.

En seguida se procedió a hacer entrega de premios concedidos, con ocasión de las fiestas patrias, a las personas e instituciones que más se han distinguido en las diversas actividades de la vida nacional.



EN LA EXPOSICIÓN FILATÉLICA

En la tarde del 27 tuvo lugar la solemne inauguración de la exposición filatélica, auspiciada por el Concejo Provincial de Lima, con motivo de la celebración del aniversario nacional.

Figuran, en la citada exposición valiosas colecciones históricas, con las cuales han concurrido al éxito de ella, conocidos aficionados de toda la República. El Alcalde de Lima, doctor Riva

Agüero y el presidente del Comité organizador de la Exposición, doctor Vallega, pronunciaron adecuados discursos, en el acto inaugural, al que concurrieron distinguidas personalidades.

EN LA EXPOSICIÓN ODONTOLÓGICA



El interesante certamen científico organizado por la Federación Odontológica del Perú y que la comisión de fiestas patrias, con muy buen acuerdo,

incorporara al programa oficial conmemorativo del aniversario nacional, constituyó un resonante éxito.

A la ceremonia inaugural concurre-

ron representantes del gobierno y de la Municipalidad y personalidades de nuestros círculos profesionales. Publicamos gráficos del acto.



INAUGURACION
DEL BAZAR
&
EXPOSICION
ESCOLAR



Ha obtenido un gran éxito la primera exposición o bazar de trabajos artísticos realizados por los alumnos de las escuelas vocacionales de Lima, Ca-

llao y balnearios, inaugurada el 27 del presente. Dicho acto ha constituido uno de los más notables números del programa de fiestas patrias y significa un

esfuerzo realmente digno de aplauso y de estímulo.

La feria de y Costumbres regi



La feliz iniciativa del concejal doctor Ramírez Gastón, auspiciada por la Comisión Municipal de Fiestas Patrias, ha tenido el más cumplido éxito. La Feria de Cuadros y Costumbres regionales ha constituido, sin duda alguna, un verdadero éxito y un ejemplo de lo que puede hacerse entre nosotros para estimular las manifestaciones espontáneas del alma popular, el culto

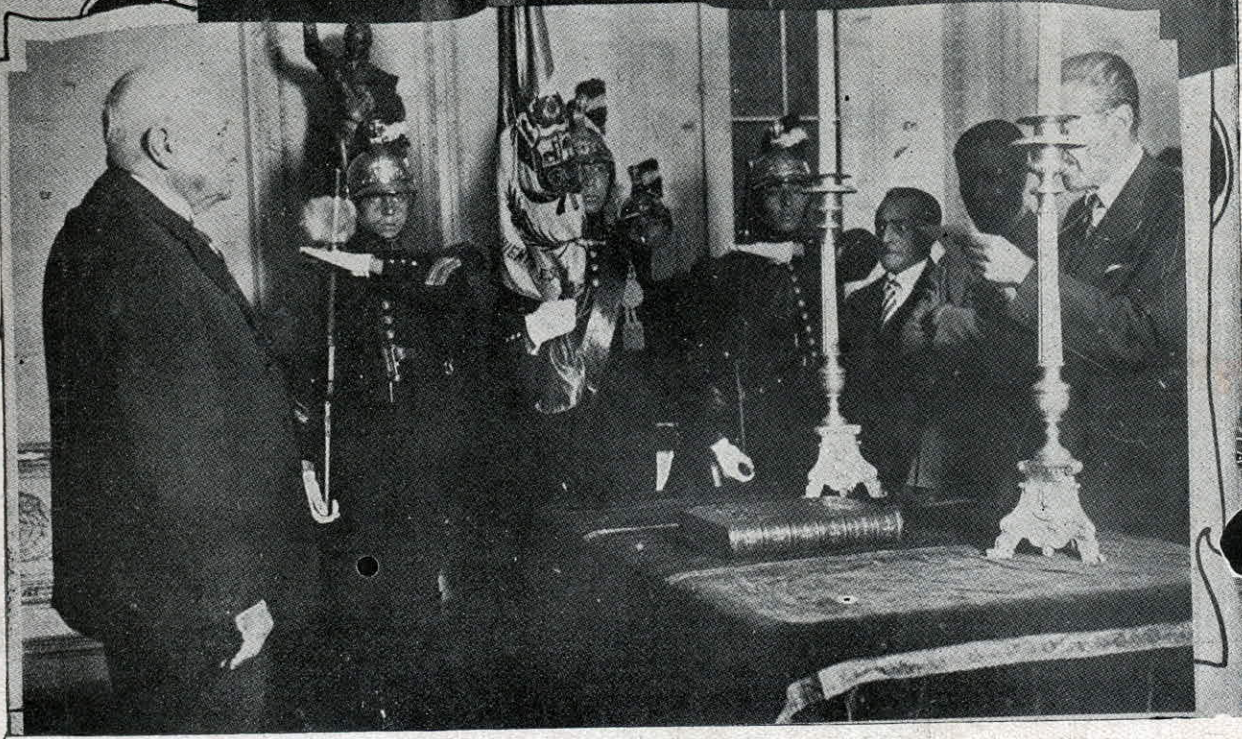
productos res ionales



del folklore y del patrimonio artístico nacional.

Los cuadros regionales presentados, con toda propiedad y acierto han merecido el aplauso unánime de cuantos han visitado en estos días la Exposición en referencia. Damós vistas de la Feria, que fué inaugurada en la noche del 27.

JURAMENTO DEL NUEVO MINISTRO DE HACIENDA



En un avión de la Panagra llegó a Lima en la semana pasada el nuevo Ministro de Hacienda, doctor Emilio Luis Gómez de La Torre, distinguida personalidad arequipeña que ha reemplaza-

do en el seno de la Junta Nacional de Gobierno al doctor Vinelli, cuya renuncia fué aceptada por sus colegas. Tanto en la llegada del nuevo Ministro, como en el acto de su juramentación,

hubo un selecto grupo de concurrentes que aplaudieron efusivamente al doctor Gómez de La Torre.



EN HONOR DEL MINISTRO DE FRANCIA



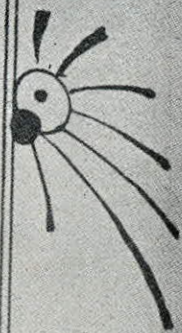
La señora María Larco de Dogny, ofreció, el sábado último en su elegante residencia de Miraflores, una suntuosa recepción social en honor del señor Ministro de Francia y la señora de

Cosme.

A la fiesta que revistió los más brillantes caracteres, asistió un selecto grupo de personalidades de la diplomacia y de nuestra élite social.

La distinguida dueña de casa atendió fina y gentilmente a sus invitados.

Damos vistas de la recepción.



Exposición Sabogal



El gran pintor nacional don José Sabogal realizó en el aula de Ciencias Económicas de la Universidad de San Marcos, una notable exposición de algunos de sus cuadros de ambiente pe-

ruano. Este extraordinario acontecimiento artístico fué auspiciado por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad, que tan brillante labor viene realizando.

Numeroso público concurrió a admirar los bellos y valiosos cuadros de nuestro gran artista.

Damos vistas de la apertura de la Exposición.

ENLACE THORNE-LEON Y BUENO



Diversos aspectos de la brillante ceremonia nupcial del señor Rollin Thorne con la señorita Josefina León y Bueno, realizada en la residencia de la novia, en Miraflores.

NOTAS HÍPICAS



Con motivo de haberse realizado el domingo último el clásico "Iniciación" numerosas familias realizaron con su concurrencia el local de Santa Beatriz. Publicamos, en esta página, algunos aspectos sociales de tan interesante fiesta.

CHAMPAÑADA A NUESTRO REGENTE



El sábado último, con ocasión de cumplir años, el Regente General de es-

ta Empresa Editora, señor don Abel Gonzales, el personal de talleres le

ofreció una champañada, como testimonio del aprecio y estimación que se merece nuestro querido compañero de labores.

El Controlador general de nuestras reparticiones, señor P. Hoyle, tuvo frases de alto elogio para el homenajeado, poniendo de resalto las valiosas cualidades que como hombre de trabajo le distinguen a don Abel.

Publicamos, dos vistas en las cuales aparece el señor Gonzales, rodeado del personal de nuestras publicaciones.



Tuvieron lugar el domingo último, en la rada del Callao, unas interesantes regatas interclubs, que resultaron un verdadero éxito. Numerosas familias de la sociedad porteña se constituyeron en el local del Club "Unión", para presenciar el desarrollo de las emocionantes pruebas.



REGATAS EN EL CALLAO

Nochebuena Criolla

En otros tiempos, la ciudad bullía cuando se aproximaba el 28 de Julio. La alegría reinaba, se expandía y se intensificaba la víspera del día memorable, del magno aniversario que con fervor patriótico encomiable festejaba el limeño vecindario.

Del programa de fiestas—siempre igual—era la **noche buena**, remedo de verbena realizada en la Plaza Principal, la nota popular, la nota amena de sabor criollo y tinte colonial.



Era una verdadera "noche buena", noche de diversión y de jolgorio, propia de aquellos tiempos patriarcales, en la que se creía obligatorio libar buen **pisco** y saborear **tamales**.

Como tiempos "triumfales" deben de figurar en nuestra historia esos famosos tiempos, en los cuales por cuatro o cinco reales obtenía cualquiera una "victoria".

La Plaza, previamente engalanada para la "noche buena", refulgía, por mecheros de "gas" iluminada; "estaba como el día"; esta frase o alguna otra como ésta de fijo la escribía algún cronista al hacer la reseña o la revista de la noche, prelude de la fiesta

Frente de los Portales, alineados, en esa noche "puestos" numerosos le "vendimia" veíanse colmados,

de potajes sabrosos, de cuya confección no hay ni un (vestigio; expendíanse allí: los "picarones", el "champús de agrio" o el "champús de leche"; junto al "champús", lucían su pres-(tigio los picantes: "seviche", el "escabeche" y la "causa" con sus rojos camarones, las "chichas" de "maní", "garban-(zo)", "jora" y la "chicha morada" con clavo y con canela perfumada y que "daba la hora"...

A las once, se quemaba el "castillo" del arte pirotécnico modelo, arte criollo y sencillo que aventaba hacia el cielo mil "luces de bengala" y, cuya ejecución juzgaba mala o buena el pueblo al terminar la broma, por la vistosidad de la "paloma".

Quemada la "paloma" con terrible (algazara, como cumpliendo un sino, irrumpía en la Plaza el "Batallón (Cuchara" y si encontraba a un chino, ¡pobre (chino!

se le iba encima la chiquillería lo asustaba con gritos, lo aturdió, el "Batallón" entero con certeros "cañazos" lo agredía y lo hacía escapar más que ligero en medio de estruendosa gritería...

Daban las doce. Todo ciudadano, suspendía la alegre cuchipanda



y cantaba etusiasta, con la "banda" del "Zepita", como buen peruano puesto de pié y con sombrero en mano, el "somos libres!" y al cantar creía —oh! risueña y limeña bobería! —ese coro nutrido que cada cual ya no era ni sería —"el peruano oprimido"...

Se terminaba la canción peruana. ¿Y qué venía luego? La "jarana"



El "tondero" de Piura. El de Chiclayo. La bullitosa "marinera" limeña. El "huaíno" de Huancayo Y la movida "resbalosa" costeña.

Se bailaba en la Plaza con entusiasmo (y gracia; no había aquello del proletariado ni había aquello de la mesocracia ni mucho menos de la aristocracia que el demonio ha importado sólo por derrocar en el Perú el reinado de la amable Señora Democracia.

Así, en la "noche buena" primaba la "jarana" como epílogo alegre de la cena y se bailaba, con la Plaza llena de gente, hasta las seis de la mañana.

Por lo demás, si un cincuentón ahora afirmara y dijera que en una "noche buena" de "su (tiempo no bailó "marinera" frente a frente a una china tentadora o al menos, no cantó con voz sonora el himno aquel de don Bernardo Alzedo que se presente y que... levante el (dedo...

TIP - TOP

La bailarina más pequeña del mundo



Lucía corriendo de puntas durante un ensayo en la escuela de la que es alumna

Estamos en la Escuela municipal de Baile de la ciudad de París, que dirige una artista de los antiguos imperiales rusos, la señora Elena Gontcharowa, a quien se ha confiado la delicada misión de formar el futuro cuerpo de bailarinas de los teatros pertenecientes al Ayuntamiento o subvencionados por éste.

No son todas las alumnas de la "señora Elena", como se la llama en el teatro, unas principiantas. Entre el grupo de muchachitas de seis a diez años que frecuentan asiduamente esta Escuela de Baile, se destaca singularmente una niña, que no levanta tres pulgadas del suelo, y es considerada, a pesar de sus cortos años, no ya como una futura figurilla de un cuerpo de baile cualquiera, sino como una primera "estrella", llamada a ceñir la corona



El autor del presente artículo, con la futura estrella, en brazos



Una sala grande en el último piso de uno de esos caserones antiguos donde suelen estar instalados los teatros de París. Las paredes desnudas; unas ventanas inmensas — única coquetería del abandonado lugar — permiten ver el cielo azul, los árboles del boulevard, los tejados de la urbe destartalada...

En la sala no hay más muebles que un gran piano y unos banquitos de madera. El piso es de madera lavada y la cal blanquea los muros.

Una señora, de unos cuarenta años, bondadosa y enérgica, a la vez, grita, marcando el compás con la palma de las manos:

—Una, dos... Una, dos... Una, dos. ¡No perdamos el compás!

Por las tardes, terminadas las clases, Lucía corre por los jardines, entregada a sus juegos.

de rosas y de humo de las glorias del teatro.

LA BAILARINA MAS PEQUEÑA DEL MUNDO

—Se llama Lucía — me dice la maestra — y ha nacido en Suiza, de padres italianos, de padres artistas, que le han abierto el camino.

La buena señora Elena es inagotable cuando habla de su pequeño prodigio; se ve que la ama y la admira

de verdad. Y la niña tampoco le escatima su cariño.

Mientras habla la buena señora, la pequeña la acaricia con la clara mirada de sus ojos vivos; se ha acercado a nuestro grupo y me saluda gentilmente, con una reverencia de teatro, digna de una gran dama de otros siglos.

—¿Qué años tienes?

—Siete — contesta. Lucía.

—¿Desde cuándo?...

—Eso máma lo sabe mejor que yo...

Sonríe la niña; acaba de bailar durante dos horas y no muestra la menor señal de cansancio...

—Es extraordinaria — me dice la

en busca de lo desconocido sin los “cameramen” expertos.

ANECDOTAS DE BUFFON

—“Los negros de Sierra Leona y de Guinea acostumbran a pintarse de rojo y otros colores... y así hombres como mujeres traen siempre la cabeza descubierta y se cortan o rapan el pelo... sin que sus padres les vayan en manera alguna a la mano...”

“El imperio del hombre sobre los animales es un imperio legítimo que no puede destruir ninguna revolución”.

Nos lleva el buque inglés. Venimos de Mindanao, en Filipinas—¡oh, gran Urdanet!, porque realizó el sueño de dar con las Indias, por el “Poniente que es Levante”. — Lo que hemos transcrito no se refiere sino a una charla con un experto del cinema, que va a las islas de Java y Sumatra. Las anécdotas — acabamos de compulsarlas en un libro de a bordo — son traídas por el conde de Buffon, en su “Historia Natural”. Antes de llegar a Borneo, este hombre cineasta nos ha convencido, con citas clásicas y pruebas irrecusables.

—El mono — nos dice, y curioso es advertirlo en el idioma sajón de un hombre rubio, tocado con salakoff, y



Ali, el cazador de tigres, acariciando a un cachorro, cuyo aspecto no es tranquilizador.

SUMATRA, ISLA DE FANTASIA

Un amarillo nos transporta, tirando de un coche de dos ruedas.

—¿Abunda aquí la vida? — preguntamos a nuestro interlocutor al advertir arbustos que lo parecen.

—Es... la pimienta, el árbol de los conquistadores. ¡Usted no es español! —nos dice enojado.

Se hace un silencio. Nos invade en esta hora del alba—roja de luz como en un mediodía de Madrid— cierta somnolencia.

¡Y esta vez!... Dios debe perdonarme... Al viajero se le muda la inteligencia. ¡Pero cómo he de apreciar la actitud de este simio que sale a la vereda y nos saluda, luego de entretocarnos sus manos en gesto cordial?



El viejo “Tua”, con el gesto de un orador humorístico da consejos al operador cinematográfico



“Rango”, el pequeño orangután, sorprendido en el instante que se dispone a robar unos huevos de un nido de pájaros

dando al aire la peste de su pipa—; el mono es un hombre al que los monos de épocas antiguas, que eran hombres, dejaron abandonado en islas “confortables” y en “deseables” selvas. La buena vida les hizo perder la costumbre de hablar...

Recuerdo que anoche leí en Buffon: "El filósofo Gasendo afirmó sobre la fe de San Amando que en la isla de Java había una especie de criatura que ocupaba el medio entre el mono y el hombre".

—No divaguen ustedes — dice el operador.

Un árbol de tronco que no abarcarían en ronda veinte hombres — prueba que se efectúa de improviso para guarecernos del sol — nos detiene. Surge a poco la sorpresa de un orangután escopetero; la de **Tua**, el viejo padre de los monos; la de **Rango**, un héroe cuadrumano; la de un monito, de cara de buho, junto a una guarida de la maleza; la de una escena familiar en hogar de bambúes, cuyas cañas jamás se rompen aunque se dobleguen; en seguida, un orangután amenaza en

iracundos celos; otro, desea vengarse, aquél sustrae huevos de los nidos. Una doble escena de maternidad conmueve. En las cámaras se recogen todas, como si hombres disfrazados de monos hubieran hecho monerías...

PELIGROS

—Nos amenazan las sierpes, luego vendrá el tigre, la pantera; ¡tienen sed!, vámonos!

Dice estas palabras mister Handip, dispone los coheteillos y habla a los indígenas.

Las trampas "rediles" están dispuestas. Negros y amarillos traen las piezas cazadas, en abundancia. Se espera cazar a un tigre o dos...

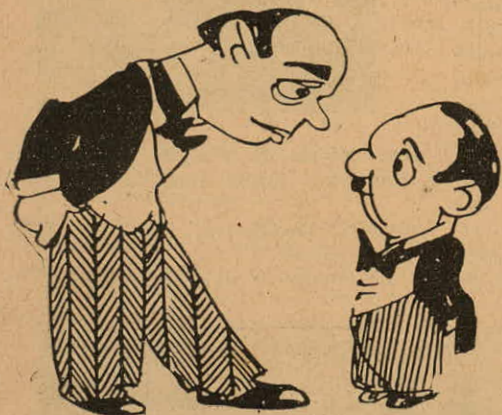
Alí — el negro — sonríe y casi se burla.

El perrigalgo de mister Handip aulla... Caza, cinematografía, Historia Natural. La jornada se ha cumplido. Mañana, en el poblado, se jugará al **rampok**, espectáculo que recuerda el de nuestras capeas y en donde se lidia al tigre y se le obliga a la lucha con el búfalo.

Como usted supondrá, todo esto se halla en Oceanía, hasta estos monos hombres que no se aclimatan en Europa. ¡No lo dude! El orangután no será ni quisiera ser hombre: ¡pero es tan humano!

El cochecillo — ya no sé si es un bípodo o un cuadrumano el que lo transporta — nos vuelve al campamento, cuyas chozas, en la lejanía, aparecen bajo una humareda de perfumes de la selva, como en los cuentos orientales.

HERR

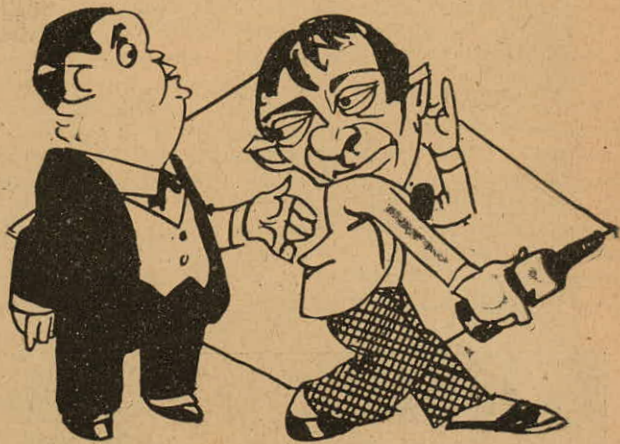


—Papá, quiero casarme.

—No, hijo; todavía no tienes el juicio suficiente.

—¿Entonces cuándo lo tendré?

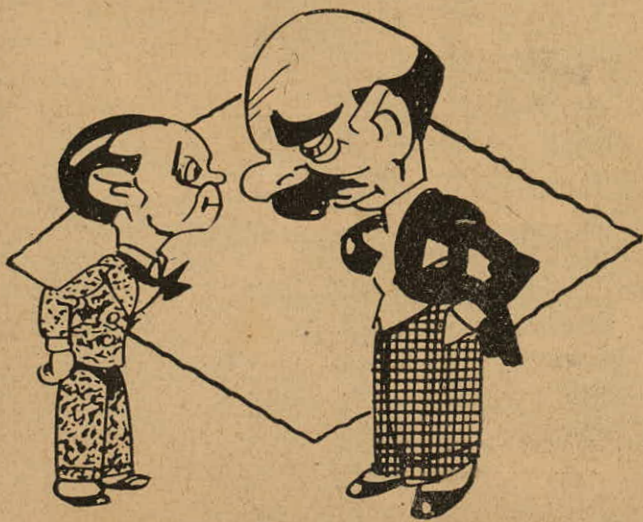
—Cuando se te quite esa idea de casarte.



—Este sitio tiene para mí recuerdos muy tristes. Mi mujer murió ahogada.

—¿Bañándose seguramente?

—No, con una pepa de melocotón.



—¿Tú crees que hay algo en el mundo que se pueda hacer sin dinero?

—Sí... Deudas.



—No tomes tanto, José. ¡Mira que no vas a llegar a viejo!

—Es que quiero permanecer eternamente joven...

Simla la ciudad donde los parias mueren en su esclavitud

Los ingleses decidieron, en la India, trasladar a Simla el Gobierno durante los meses insoportables que en la llanura es muy difícil resistir.

Simla fué descubierta por un oficial inglés, que se internó entre los montes, cazando; comunicó su descubrimiento a sus compañeros, se organizaron expediciones de reconocimiento y los técnicos gubernamentales acordaron fundar allí la residencia de verano de la corte.

Desde entonces empezaron a enterrarse millones y millones de rupias para construir el ferrocarril, que partiendo de Kalka, cabecera de línea, desde Delhi, y término de la llanura, comienza a serpentear entre montañas y subiendo hasta Simla, que se encuentra a 2,500 metros de altura sobre el nivel del mar.

Los 2,500 metros de altura que elevan a Simla sobre la llanura indostánica constituyen una temperatura paradisiaca, que los ingleses exageran encendiendo chimeneas en los meses de Julio y Agosto, dentro de las oficinas, a pesar de tener abiertas las ventanas, por las que se divisan, lejanas, las cúspides del Himalaya.

Simla, es una ciudad eminentemente aristocrática. La distinción más refinada, la exageración de corte más exquisita y la depuración más rebuscada, de una ciudad de "elegidos", dan a Simla la característica, la peculiaridad de una ciudad "única del mundo" en la que no existen ni pueden existir términos medios. Allí no hay más que la Corte, su séquito, el Gobierno, Cuerpo diplomático, altos empleados ingleses, grandes ricos, miembros de la A-



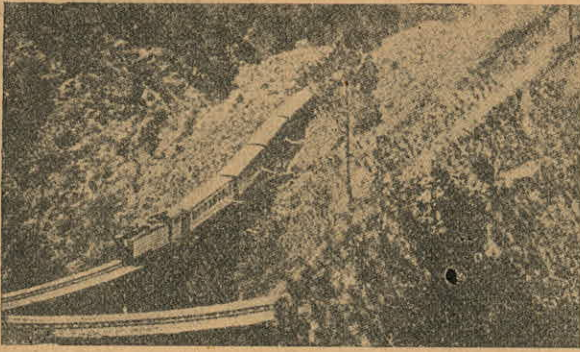
Una belleza de Punjab, la provincia indostánica donde Simla está situada.

samblea Legislativa, turistas riquísimos y parias.

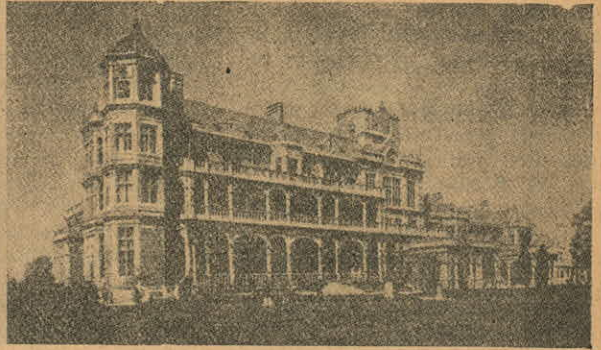
La ciudad, propiamente dicha, la



El anfiteatro, de inclinación agudísima, en que Simla reposa, produce en los coolíes de los "rickshaw" la agonía lenta que destruye sus pulmones esclavizados.



La famosa V, de Sanware, que el tren de Simla describe



El palacio del Virrey en Simla

constituye un grupo limitado de casas, que forman una semiplaza, donde cuatro calles se cruzan. Las calles, cortas, son más bien caminos, donde unos cuantos comercios, con precios de “2,500 metros de altura”, se enriquecen a costa de los que necesitan sus artículos.

El resto de la ciudad lo constituyen casas aisladas rodeadas de jardines, hoteles y edificios oficiales.

El palacio del virrey está situado en la parte más elevada de Simla. Es un palacio de **Las mil y una noches**, donde la suntuosidad oriental y las riquezas acumuladas dan una sensación de museo. El cuerpo de guardia del palacio se encuentra a la altura de los caminos principales de Simla; desde el cuerpo de guardia al palacio, propiamente dicho, hay una milla en cuesta, muy acentuada, de 45 grados en algunas pendientes.

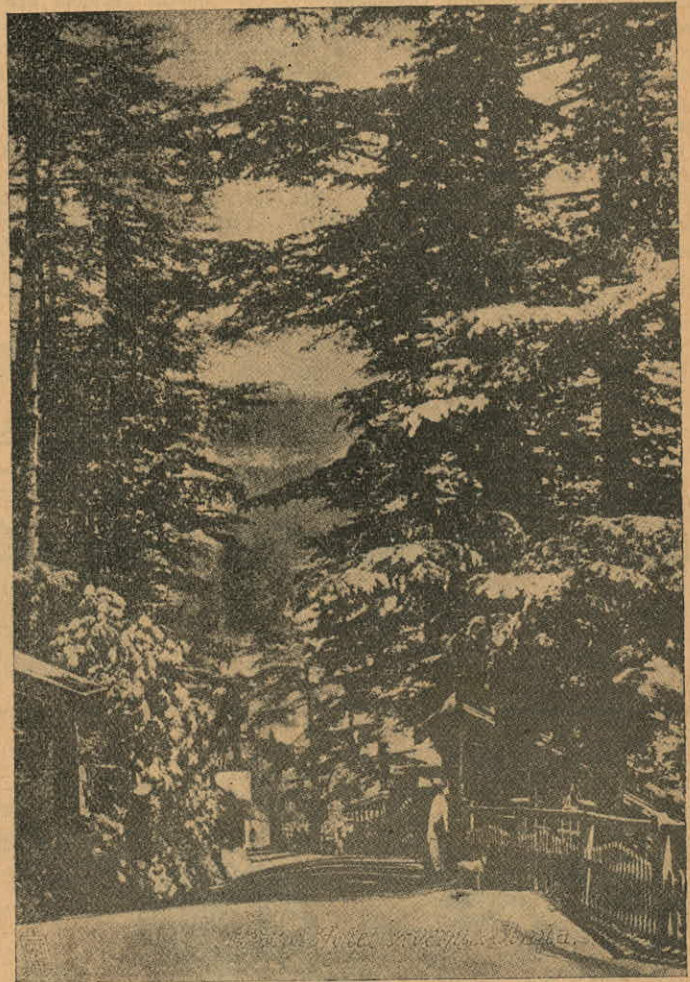
El comandante en jefe y el gobernador de Punjab, que es la provincia donde Simla está enclavada, viven en otros palacios, también alejados de las otras casas.

Las oficinas del Gobierno, todos los ministerios, están distribuidos en diferentes partes de la ciudad.

Los hoteles son todos de primer rango y unos cuantos de segunda categoría; pero de ninguna manera de una categoría inferior, porque no hay público para ellos. Se ponen de acuerdo para celebrar durante todos los días de la semana tes y bailes, a los que acude siempre el mismo público: empleados gubernamentales y sus familias.

En Simla, como no hay calles, porque la ciudad está construida en la propia montaña verde, densísima de vegetación y en forma de vertiente, se han construido unos caminos, relativamente estrechos, que en la vertiente de la montaña unen todos los edificios oficiales y particulares que componen Simla. Esos caminos están muy bien cuidados, porque el Ayuntamiento de Simla, que depende directamente de la India oficial, tiene muy buenos miles de rupias para que estén pulcrísimos.

Aquellos caminos tienen en toda



Las avenidas de Simla, entre árboles bellísimos, desaparecen por su insignificancia al ser comparadas con el oleaje magnífico de montañas que la circundan

Simla muy pocos metros de llanura, porque la ciudad está construida arbitrariamente en la montaña, y unos edificios se separan de otros, situándose en planos diferentes. Simla es un laberinto de cuestas y pendientes agudísimas, fatales, inverosímiles algunas veces. Por lo tanto, en un lugar de esas condiciones el tráfico sería imposible.

Están prohibidos todos los coches a-

rrastrados por caballerías, y autos, como es consiguiente. Solamente tres automóviles pueden circular por Simla: el del virrey, el del comandante en jefe del ejército y el del gobernador del Punjab.

En Simla se hace una vida de sociedad inglesa: tennis, polo, golf y bridg.

A falta de coches y otros medios de transporte, en Simla, existe obligatorio

el rickshaw, que es el cochecito ligero montado sobre dos ruedas altas, con unas varas estrechas, entre las que se coloca un hombre que haciendo las veces de bestia, tira de él. Como en Simla no hay más que cuestras, un hombre no podría arrastrar a otro en un rickshaw. Por eso, en Simla, cada rickshaw va tirado y empujado, al mismo tiempo, por cuatro, cinco y hasta seis hombres.

La indignación humana jamás se rebela tan amargamente como en Simla, al ver, al presenciar que cuatro o cinco seres humanos, con los pies descalzos, un turbante y una mala librea que cubre sus cuerpos enjutos, famélicos, en los que la tuberculosis anida empujan un cochecito para que vaya cómodamente en él un occidental, sin esfuerzo al subir o bajar las cuestras.

Los coolies de los rickshaw de Simla son el exponente más indignante de la esclavitud moderna.

Cruzan por la calle — porque de alguna manera han de denominarse los caminos de Simla — siempre al trote, en las escasas llanuras, haciendo sonar un cascabel o un timbre adherido

a una de las varas del cochecito, con dos o tres hombres delante y dos o tres detrás.

Cuando los rickshaw van tirados por dos coolies, hay una lanza, como en los coches de caballos a tronco; y cuando deben ser tres los coolies que tiren, hay en una de las varas un vástago en forma de T., y entre las varas se coloca el coolí central, poniéndose a los costados los dos “laderos”. Detrás del rickshaw, otros dos coolies lo empujan al subir las cuestras y lo sostienen, resistiendo al bajarlas.

Es verdaderamente trágico dejarse conducir en Simla sobre uno de aquellos rickshaw. Se oye el respirar fatigoso de aquellos desdichados esclavos, que en las cuestras entonan una melodía siniestra de toses secas, en las que la tuberculosis excita los microbios constantemente. Al llegar a la cima de las cuestras, las cinco respiraciones fatigosísimas de aquellos esclavos forman un concierto desgarrador que delata el misterio de sus pulmones.

Allí los ingleses viven una vida de boato, de frivolidad, de prodigalidad, de indiferencia, dejándose conducir a

todas horas, día y noche por aquellos esclavos con librea; esclavos modernos, a pesar de estar abolida la esclavitud y que se morirán pronto, porque la tuberculosis los mina velozmente.

En los ojos de todos aquellos coolies cada vez que conducen a un occidental, hay un relámpago de odio contenido; hay un rencor sordo, constante. Y cuando llueve, cuando el “monzon” descarga sobre aquella tierra sus cataratas en forma de torrentes, anegando los caminos, los esclavos, los pobres coolies de los ricksahw; se envuelven en una especie de arpillerera que el agua atraviesa, y van chapoteando con sus pies desnudos sobre el barro, como contrapunto fúnebre de sus respiraciones fatigosas.

Quienes no conocen Simla más que por los telegramas, en los mapas y en algunas narraciones de las fiestas de corte, ignoran la tragedia de aquellos infelices, de los esclavos que en 1930 forman la legión macabra de los coolies de rickshaw de la corte del virrey de la India.

Abelardo Fernández Arias



—¡Tú eres un idiota como todos los hombres!

—No, todos. Hay algunos solteros.

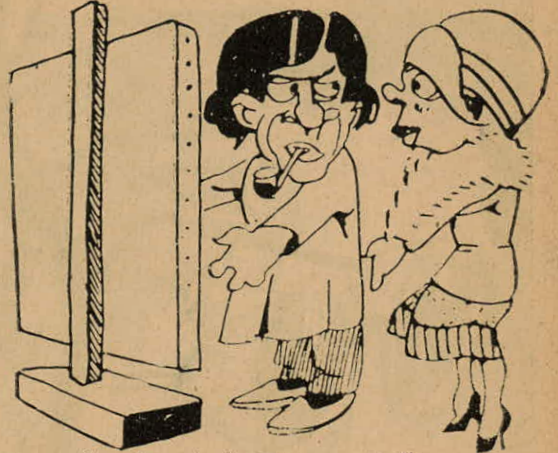
—¿Ha perdido Ud. algo, amigo?

—Sí, el equilibrio.



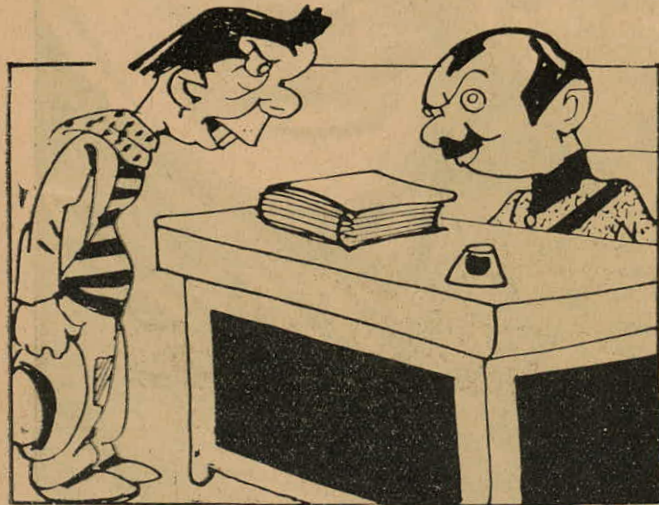
—¿Pero es Ud. ciego y lo encuentro leyendo un periódico?

—No, señora; no hago más que ver las ilustraciones.



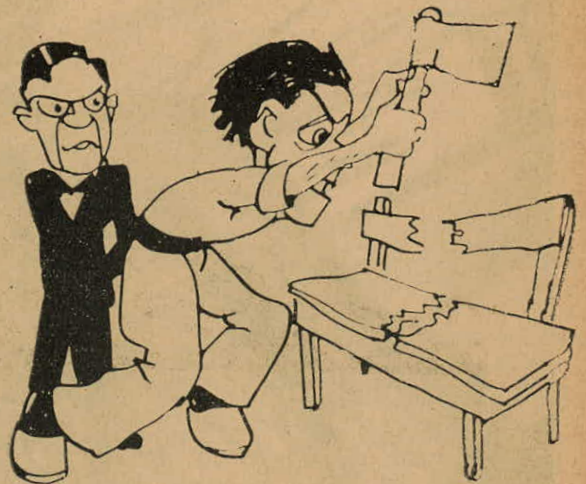
—¡Eso soy yo! ¡Creo que yo me pintaría mejor!

—Posiblemente, señora; pero es que la pinto por primera vez, mientras que Ud. se pinta todos los días...



—¡Espero no volver a verlo a Ud. ya!

—¡Qué! ¿Lo van a jubilar, señor comisario?



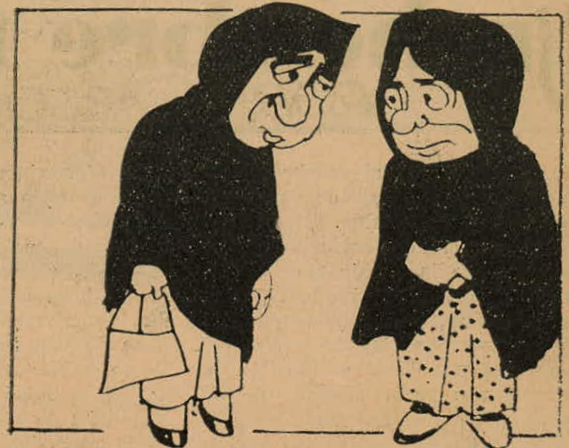
—¡Caramba, López! ¿Se ha vuelto Ud. loco?

—Es que en este banco conocí a mi mujer!



—¿Y de dónde proceden esas perlas, mujer?

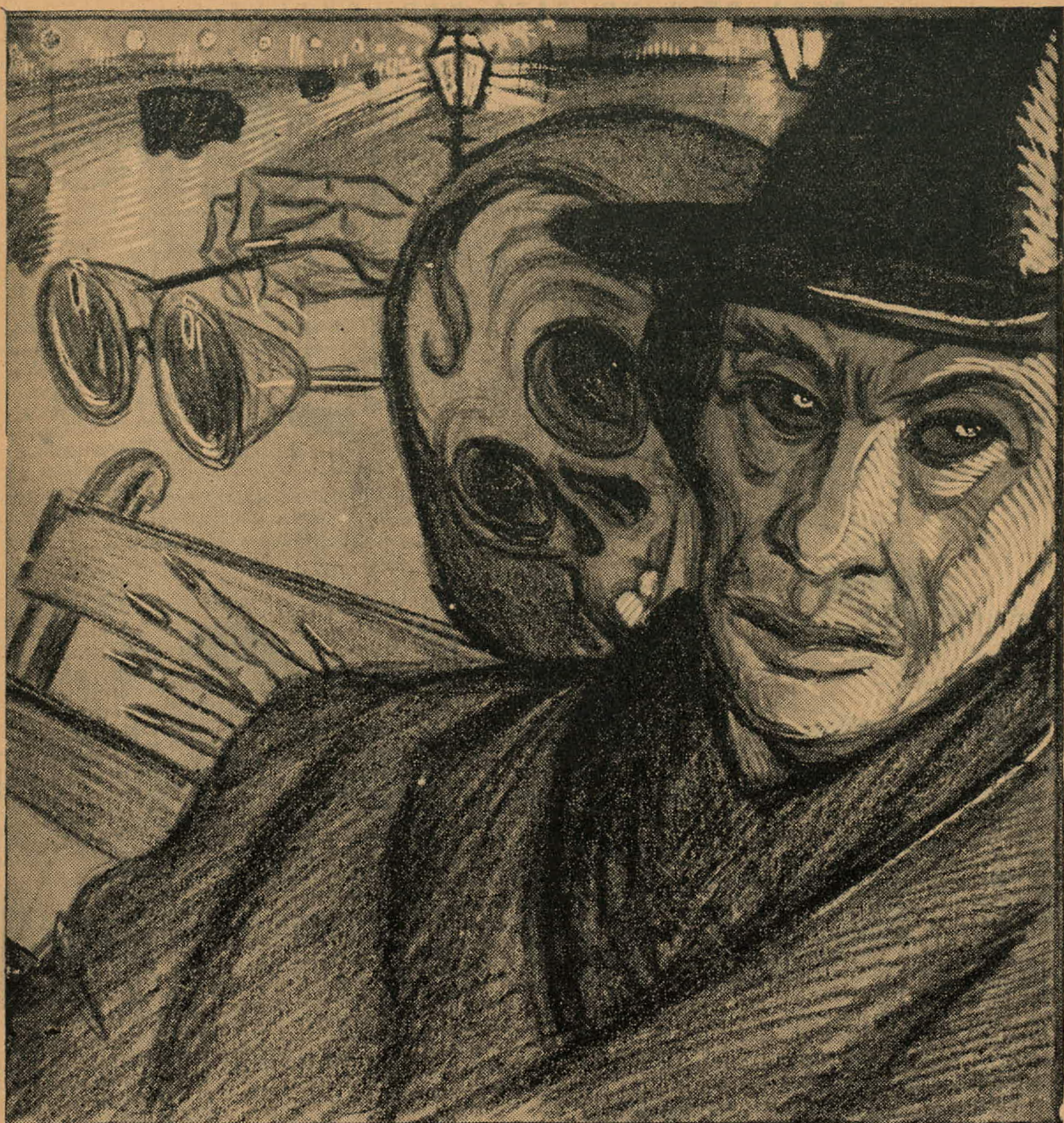
—Creo que de unas ostras.



—¡Pobrecito! ¿Y de qué murió tu marido?

—De mal de piedra.

—Y eso fué culpa del gobierno que lo tuvo en la isla de picapedrero.



Un hombre nocturno

POR CARLOS ALBERTO LEUMANN

Tomaba el tranvía al anochecer, para ir a su trabajo. Viaje de una hora, profundamente agradable. Las apariencias de la ciudad, entre dos luces, y más adelante la iluminación de los letreros luminosos, la vida chispeante de las vidrieras, en los comercios, le producían una embriaguez creciente. Su viaje era una lenta entrada en la noche. Era una noche mágica, que se iba aclarando a medida que avanzaba. Ya en las calles del centro era una অপোেীsis, un reguero de luz donde se bañaban, caminando, las sombras ágiles de los transeúntes. Los letreros de todos colores palpitaban, le hacían se-

ñas, y formaban sobre la calle, una especie de cielo artificial. Su alma reía, delicadamente; el bullicio iluminado de la ciudad penetraba en su sér como un canto de alondra. Y para él aquella era la hora del alba, para él nacía el día. Ya ni memoria guardaba de ninguna mañana auténtica. El sol amarillo se había perdido entre los recuerdos de su infancia, porque desde niño trabajaba de noche, en el mismo taller, en la vasta imprenta llena de obreros, entre el martilleo de los linotipos, el vaivén de las bielas y la palpitación sorda de los motores. También era agradado, la vida en el taller, una tarea

fácil, animosa, interrumpida a medianoche por la merienda en común. El taller formaba su mundo. Allí había crecido, trabado amistades. Junto a las máquinas había meditado, soñado y entrevisto la eternidad. Hombre inteligente, de imaginación despierta, pura, era más libre que sus patrones sumergidos hasta la coronilla en intereses de dinero. Y a diferencia de sus compañeros, ligados al trabajo y a la rutina, hechos a la costumbre y sirviendo como resortes de una maquinaria inmensa. Rolando iba al taller con espíritu ligero, caminando sobre la vida, y su tarea le servía de apoyo para crear,

cada noche, una especie de poesía. En el taller era aún más libre que en su casa; porque se había casado con una mujer fastidiosa, tenía dos hijas feas y estaba obligado a transigir con sus caprichos y tonterías.

A su familia prefería la máquina, la enorme rotativa que él manejaba desde hacía años, compenetrado con su vida metálica y su maravillosa animación eléctrica. La conocía íntegra, hasta su más escondida tuerca. La comprendía en su virtud ciclópica, en la admirable precisión que regia su movimiento cuando puestos en acción sus cilindros de hierro corría por sus entrañas, sin rasgarse nunca, la endeble cinta de papel. Jamás leyó lo que salía escrito en este papel, en el periódico que producía su máquina y que a la mañana siguiente se derramaba sobre las casas de la vasta ciudad. Amaba demasiado la máquina perfecta para poner los ojos en su pecado. Otros periódicos solía leer, con indiferencia o con tristeza. Prefería no comprobar que de su máquina tampoco salía otra cosa que milares de palabras sin alma. A la madrugada, volviendo a su casa, en el mismo tranvía, cantaba aún en sus oídos la vertiginosa fiesta de la rotativa en movimiento; y su imagen enorme, negra, cuando alumbraban el departamento subterráneo que la contenía, le acompañaba por las largas calles dormidas. La máquina maravillosa era como un paraje central en el panorama de su existencia, y un empalme de todas sus imaginaciones en el paraíso de la noche. Estaba unida a la noche, como lo estaba él mismo.

Con frecuencia bajaba del tranvía a muchas cuadras de su casa, para hacerlas a pie, muy lentamente, y sentir la caricia indefinida, larga, de la sombra.

Huérfano, desde pequeño, la noche sedante tenía para él algo de materno. En su regazo profundo había vivido sus dolores y sus alegrías. Vió pasar a través de la atmósfera nocturna las vidas ajenas y la gesticulación de la vanidad humana. A la luz de las lámparas amó y se desilusionó del amor. Todo se lo enseñó la noche, todo se lo había dado y quitado la noche. Mucho se lo había entregado como regalo vitalicio. Su sigilosa influencia le había hecho bueno, de una bondad tranquila como los cielos estreñados. Por llevar el regalo de esta bondad, soportaba sin sufrimiento los sinsabores domésticos y la injusticia de los poderosos.

Al instalarse la gigantesca rotativa en el departamento subterráneo, el ingeniero norteamericano incurrió en un error tan grave que el periódico no podía imprimirse. Rolando salvó la situación, al último momento, cuando ya todos habían desesperado de subsanar la falla. Los patrones, para no verse obligados a recompensarle, felicitaron y palmearon al admirable obrero. Pero entregaron al técnico el oro convenido. Rolando no se afectó. Escrutó las al-



*¡Natural —
—y Permanente!*

PARA observar en sus propios labios la magia del matiz en acción, no hay más que hacer una aplicación con el **Lápiz Tangee**. En el primer momento no se nota casi el color. Luego, los labios adquieren como por encanto una viveza adorable, un exquisito tono incomprendible y deslumbrador.

Tangee armoniza con el tipo natural de todas—rubias, morenas o pelirrojas—y *no deja indiscretas manchas de grasa.*

Colorete Compacto y Crema Colorete en el mismo tono. La *Crema Tangee Nocturna* limpia y nutre el cutis. Y la *Crema Tangee Alba* lo protege y sirve de base para los *Polvos Tangee*.



**Agentes Exclusivos
LARTIGA 471
CASA COCK**

mas de sus patrones y las miró como se miran en la sombra los buhos. La noche le había curado de toda malevolencia.

Pero su paraíso, su reino nocturno,

tuvo un fin, como todas las cosas de la tierra. Una crisis en el país apocó los dividendos de la empresa editorial. En una reunión que celebraron sus patronos se aprobó un plan de economías.

El semblante de los patrones era grave, severo, porque el destino de la poderosa empresa les parecía cosa sagrada.

—Economías, economías en todo — dijo uno de ellos.

—Si — añadió otro en el mismo tono: — cueste lo que cueste, ¡economías!

—El superintendente hará la lista del personal que ha de despedirse.

El superintendente, reguntó:

—Y si es necesario, ¿han de quedar afuera empleados antiguos?

—También, si es necesario.

Rolando cayó en la lista fatal. El superintendente consideró que de su trabajo podía encargarse, por la mitad del sueldo, un obrero menos antiguo y menos importante. Rolando no quiso creerlo cuando se lo dijeron. Pero en seguida recordó, con la madrugada de aquella noche en que le felicitaron los patrones, el color de sus almas. Se sintió perdido. Miró, en el porvenir insondable, descomponerse la gran imagen de su noche materna.

X X X

Durante algunos meses buscó trabajo en otras imprentas nocturnas. Pero en todas también habían despedido personal. Para no escuchar las repriminaciones injustas de su mujer, lo pasaba vagando en las calles gloriosas del centro o en los suburbios dormidos. La noche familiar le consolaba y encendía en su espíritu pensamientos hermosos.

Bien pronto, agotados sus ahorros, se presentó en su casa la miseria livida. Entonces, venciendo una aprensión, casi una especie de horror, se aventuró a salir de día; buscó trabajo diurno. Se lo ofrecieron en una imprenta chica, con un sueldo escaso. Aceptó. Pero la luz del sol le hizo daño, y por otra parte iba a su trabajo completamente desvelado, porque no pudo habituarse a dormir de noche. En el desempeño de su tarea cometió errores incalificables. El, que había dominado como nadie la vasta rotativa y que había derrotado al ingeniero norteamericano, ahora fracasaba, ridiculamente, en el manejo de una infima *Marinoni* plana. Muerto de sueño, los ojos doloridos, los nervios deshechos, ni siquiera sabía graduar la tinta, y en cierta ocasión, después de limpiar los cilindros, imprimió invertida una página de revistas. Lo despidieron. Trabajó a destajo. Arrostró la mala suerte con aquella gran mansedumbre que le había comunicado la existencia nocturna. Cayó enfermo. El médico lo examinó y le hizo un diagnóstico raro. Su enfermedad provenía de la claridad del sol, que a su edad, desacostumbrado, ya no podía soportar. El día le había herido en los ojos. Tuvo que seguir un tra-

tamiento y usar anteojos muy ahumados, que le impedían trabajar. Por otra parte, no podía sufrir el aspecto de la calle a la luz cruda, violenta de la mañana. Hecho a las imágenes que llevan límite nocturno y fondo nocturno, la ciudad le parecía una cosa desabrida y feamente hostil.

Más daño que nada le hacía el recuerdo de sus noches, el viaje largo, de una hora, en la ciudad que despertaba y se encendía después del cre-

púsculo, cuajada de letreros luminosos y de alegría. Su memoria renovaba las charlas con los compañeros de la imprenta. Y se acordaba de su máquina... La vasta silueta de hierro, la escalerilla que conducía a la parte de arriba, el papel de la bobina corriendo en el vértigo de la velocidad fantástica por las entrañas de acero... A veces, vagando en sus noches sin trabajo, se acercaba involuntariamente a la imprenta, pasaba junto al subterráneo y oía palpar la máquina con el fragor precipitado de todos sus resortes y cilindros en movimiento. Entonces apuraba el paso, sentía un ahogo, y buscando una calle sola se ponía a llorar, mansamente.

X X X

Un día resolvió hablar a sus antiguos patrones, para pedirles que le restituyeran a su empleo. Lo hizo por distraerse, sin esperanza ninguna, porq' ya les había visto sus almas de color amarillo. Lo hizo como en los sueños nuestro espíritu voltea en torno a cualquier idea infundada. Visitó a cada uno en su respectivo despacho. Lo recibieron afablemente, por tratarse de un ex-empleado meritorio, que había servido casi treinta años a la empresa. Rolando les contó solamente su situación desesperada y la imposibilidad de trabajar de día, sino también el drama íntimo de su tristeza, la nostalgia de su máquina. Habló como no hubiese hablado a un amigo sincero. Refirió a cada uno, con detalles prolijos, la enfermedad que le había atacado los ojos, a causa del día. Ellos le ofrecieron cartas de recomendación y una recompensa suplementaria.

De vuelta a su casa, su mujer lo interrogó:

- ¿Qué te dijo don Eusebio?
- Estaba muerto — respondió Rolando.
- Hubieras hablado con don Toribio.
- También lo hallé muerto.
- ¿Y don Enrique?
- Muerto, querida.
- Entonces habrás conversado con los nuevos patrones.

Aguardó que anocheiese completamente y salió a la calle. Pero no fué a los barrios del centro. Era la primavera y noche de plenilunio, cuya hermosura reposaba, tendida sobre los techos húmedos. Rolando la sintió más que nunca, y caminó durante horas



que nada podrá aliviar tan rápida, agradable, y seguramente la tos continua é irritante, las flemas desagradables, como lo hacen las Pastillas "Evans." Un dolor de garganta, descuidado conduce a una peligrosa laringitis, bronquitis ó catarro. Retenidas en la boca, las Pastillas "Evans" exhalan esencias anti-sépticas que destruyen los gérmenes dañinos. Los cantantes, los oradores, todos dicen que son una maravilla en conservar fresca y libre la garganta.

Tan agradables como eficaces, no se venden nunca sueltas, sino únicamente en latitas, trayendo claramente impreso el nombre,

Aprobado por la dirección general de salubridad bajo numero 184.

Fabricadas en Inglaterra por Evans Sons Lescher & Webb, Ltd., Liverpool y Londres.



entre sus caricias de sombra. Llegó a una plaza desconocida, se sentó en un banco. Ya no tenía nostalgia de su máquina, ni de la charla de sus compañeros en el taller, ni de los letreros luminosos en el bullicio de las calles centrales. La ciudad entera desapareció, absorbida por la noche. Tuvo una vislumbre que no se parecía a ninguna cosa de la tierra. Imaginó que la noche lo llamaba, sigilosamente, y que, luego lo tomaba en sus brazos de sombra, con una dulzura materna.

X X X

El periódico que salía impreso de la rotativa cieloépa publicó oportunamente esta noticia: "Obrero hallado muerto en una plaza".

(Ilustró Raúl VIZCARRA).

LILYAN TASHMAN dice: "Exijo Lux para mis medias"

En las grandes empresas cinematográficas de Hollywood emplean Lux para prolongar la vida de los vestidos costosos. También puede renovar el atractivo de sus trajes de Vd.—hacer que parezcan nuevos otra vez— y conservar el acabado exquisito de las sedas y lanas costosas. Lux es el producto para lavar más puro del mundo entero.



Lilyan Tashman, que está ob-
teniendo un éxito tan clamoroso en el cine sonoro, dice:
"Exijo Lux para mis medias.
Las conserva tan deliciosas y
como nuevas."

LUX

Lever Brothers Limited, Port Sunlight, Inglaterra
W-LX 308-215 S





Un gesto POR Sofía Espindola

Encendió un habano, y después de echar unas bocanadas de humo, se miró en el gran espejo, sobre cuyo marco dorado rielaban las luces de la araña eléctrica. El frac parecía hacer más alta su figura. Permaneció largo tiempo contemplándose mientras su pensamiento revoloteaba, como una loca mariposa, alrededor de una luz, sabedora de que la fatalidad la ha de precipitar sobre ella para quemarle las alas.

Edmundo Briant había heredado de su padre una regular fortuna. Con veintidós años, y una sed incontenible de gustar la vida, se lanzó a una carrera de anhelos. París lo envolvió entre sus risas y sus luces, como un enorme molusco de voluptuosos tentáculos. Italia llenó sus ojos con la inmensidad de

los mares azules y estampó en su retina soñolienta los maravillosos paisajes del sur. España repercutió en su alma el cascabel de su alegría cuando el hastío comenzaba a envolver su vida con el escepticismo y las nebulosidades del hombre que ha visto la luz de muchas auroras en plena fiebre de amor. El oriente, con el misticismo de sus liturgias y las riquezas de sus pagodas, que se levantan como mudos espectros del pasado, mostrando, a lo largo de sus paredes, la pátina de los años, lo dejó perplejo, con un vago escozor dentro de su corazón.

Ahito de placeres, tornó a Buenos Aires. Traía el cansancio de los hombres que han apurado aprisa la copa de la vida. Exhaustas sus arcas, se re-

fugió en un hermoso piso de la calle Esmeralda a la espera de que algún acontecimiento variara el curso de su existencia. Frecuentó la sociedad, en la que habían brillado sus padres y llevó su integridad personal a la altura de sus blasones, con cuidado de ocultar su situación financiera. Educado en un ambiente de lujo y de caprichos, su existencia se había deslizado sobre manos de rosas. De manera que, frente al enigma de su porvenir, se encontró con que sus manos nada sabían hacer. Intentó especular en la Bolsa y fracasó. Quiso trabajar, comenzar de nuevo, reconstruir su vida. Pero su inexperiencia lo llevó al más rotundo quebranto. Perdida toda esperanza de éxito, dejó que el tiempo trascurriera

con su incesante rodar de minutos y de horas, encantado de dejarse sumir en la inconsciencia de su despreocupación y en su incurable apatía.

Pensó en el matrimonio con un recurso supremo. Sabía que ricas herederas aceptarían, jubilosas, las propuestas que en tal sentido les hiciera. Pero rechazó con repugnancia el proyecto. Siempre había mirado con desprecio al hombre que se escudaba tras el oro aportado por la mujer al matrimonio. Consideraba rebajada su condición social, relegada a último término su idiosincrasia. Además, tenía sus convicciones con respecto al matrimonio. Esa unión legalizada por los hombres se le antojaba una absurda cadena de oro que con los años se transformaba en mohoso hierro para encorvar la espalda y hundir en la ignominia el hermoso concepto de la libertad individual.

Sonreía con pena cuando veía en los salones el rostro adusto de un matrimonio próximo a cumplir un lustro de vida en común, y se encogía de hombros con ironía ante una pareja de recién casados, calculando el tiempo que duraría la sonrisa en los labios de ella y el optimismo en los ojos de él.

Cuando los hombres le preguntaban por qué no se casaba, respondía:

—El matrimonio es una farsa inútil que nos arranca risas en la tragedia y lágrimas en plena comicidad. Solamente al pensar que puedan darme una mujer para toda la vida se me hiela de frío el corazón.

Y si era una dama, respondía:

—Aun no he hallado la mujer que, siendo inteligente, aparente no serlo delante del hombre que le rinde homenaje.

El criado, un muchacho traído de España, que permanecía a su lado sin esperanzas de remuneración, se acercó para advertirle.

—Olvíde de ponerse los brillantes.

Edmundo tomó dos diminutos botones. Las piedras chispeaban bajo la luz artificial.

—¿Lástima que sean falsos.

—Es verdad... — respondió el criado con un gesto resignado.

—Has hecho mal en seguirme, José. En España cobrabas puntualmente tu sueldo en casa de aquel simpático marqués, que tuvo la buena ocurrencia de quitarme el amor de Bety. ¿Te acuerdas? Por el oriente de unas perlas, las mujeres ponen en venta su corazón. Los hombres somos menos listos. Nos vendemos por vanidad, con el fin de conquistar posiciones con las que luego alfombramos sus pies, para merecer una mirada de amor.

—Sí, señor — respondió José, que nada había entendido.

Suspiró el "gentleman", sacando de su bolsillo 3 billetes de diez pesos.

—¿Treinta pesos! ¿Sabes lo que son treinta pesos para un hombre que ha derrochado tres millones? Nunca podrás sospecharlo. Siempre he sostenido que los más castigados, los que

J. Adolfo Villanueva Lazo

Cirujano Dentista. Se ocupa de preferencia en dientes artificiales, empleando las últimas técnicas americanas más eficientes y modernas de prótesis. Puentes fijos de anclaje profláctico (ocultando el oro), Puentes removibles (sin corona de oro) método Akers y Roach, Dentaduras completas por el nuevo método Campbell. Diagnóstico por los Rayos X. Curaciones y extracciones sin dolor, empleando el nuevo sistema de Anestesia Conductiva. Instalación eléctrica modernísima con Rayos X en uso actualmente en las mejores Clínicas de los Estados Unidos. — Consultas de 8 a 12 m. y de 2 a 8 p.m. — Feriados de 9 a 12 m. — Teléfono 34262 — Trujillo 461 altos, (cuarta cuadra).

sienten hondamente las heridas, son los que llevan a cuestras la carga de una refinada cultura y el brillante pulimento de una esmerada educación. Ustedes los hombres a quienes el trabajo y la vida llena de privaciones les vedó cultivar el sentimiento y abrir en el cerebro brechas de luces, sufren los oleajes de la existencia con la resignación de los oprimidos, de los que llevan desde niños el sello de la sumisión. La falta de raciocinio apenas si logra producir leves rasguños en esa masa palpitante que llevamos dentro del pecho.

José le oía con respetuoso silencio, mientras su cerebro, incapaz de comprender el alcance de las palabras de su amo, ideaba el mejor medio de entretenerse esa noche con la rubia costurera de la cuadra, que absorbía todo su pensamiento.

—¿Qué opinas tú? ¿Acaso no tengo razón? — inquirió Edmundo.

—Sí, señor... pero, con permiso del señor..., debo advertirle, antes que me vaya, que mañana el calendario marca el primer día del mes.

—Con eso me quieres recordar que debemos pagar el alquiler de este bonito piso; que se vence el documento firmado hace quince días; que vendrá la encantadora Maganacha, con su sonrisita de muñeca, a recordarme que debo poner en su cartera el habitual billete rosa...

—¿Y el usurero, a quien debe abonar mañana cinco mil pesos? ¿Y el sastre? ¿El masajista?...

—¡Basta! Tienes una memoria sobradamente peligrosa...

—Yo que el señor... —Vacilaba. Su ancha boca se extendía en una sonrisa descarada.

—Veamos, ¿qué harías tú si te encontraras en mi lugar?

—Pues aprovechar la oportunidad del baile de esta noche para ennoviarme con una millonaria.

Edmundo permaneció callado. En verdad, le quedaban dos caminos: el matrimonio o el suicidio. ¿Acaso lo primero no eran los protegidos del segundo? Pero... ¿valía la vida la renuncia de todas sus ideas por se-

guir en ella?

La noche anterior, cuando el doctor Martínez le indicó que iría a su casa para asistir juntos a la recepción, le advirtió:

—Irás Irene... Me consta que está interesada por usted. Olvide sus ideas y siga el paso de la caravana.

El había reído recordando la deliciosa mujercita, cuya sonrisa parecía esterotipada en la línea sangrienta de sus labios. Pero, en ese momento, aceptaba la indicación y hasta llegó a preocuparse.

—¿No hay otra solución, José?

—No, señor... Si mañana no satisfacemos las cuentas, nos desalojarán.

—Pero es que..., aunque decidiera... —Calló con algo de rubor, que no pudo retener ni aun delante de ese humilde criado.

—Si usted anuncia su futuro matrimonio con una mujer rica, los acreedores aceptarán gustosos nuevas prórogas...

No tuvo tiempo de responder. La campanilla eléctrica anunció la presencia del doctor Martínez.

José ayudó a su señor a ponerse el sobretodo. Luego le entregó los guantes y el bastón.

El doctor Martínez precedió a Edmundo Briant, pensando, con dolor, que su acompañante poseía todo: juventud, figura, abolengo y riqueza, mientras que él, con su silueta voluminosa y su torpe entendimiento apenas podía lucir un título adquirido más por influencia que por talento.

Llegaron al palacio iluminado que se levantaba entre jardines, como un paraíso lleno de promesas.

La presencia del hombre que permanecía soltero a despecho de sus treinta y cinco años atrajo la atención de las mujeres. Entre ellas, Irene permanecía luminosa como una estrella.

La miró más interesado, ante la posibilidad de tejer, esa misma noche, un idilio de amor en la rueda de oro del ensueño. Le solicitó la merced de bailar con ella, pasando por entre la turba de engominados muchachos que la rodeaban.

Veinte minutos después, se sentaba en el "hall", en un sillón de alto respaldo. Estaba decidido; no se casaría con Irene. La halló sobradamente tonta, con su eterna sonrisa de muñeca y su vanidad de mujer hermosa. Se le ocurrió pensar qué sería de su vida futura al lado de esa figurina que reía si los demás lo hacían y lloraba a la par de los otros. Una absoluta negación de sensibilidad propia caracterizaba todos sus actos, todos sus gestos. ¡Imposible! Si la salvación estaba en el hueco de su mano, él abriría sus dedos para dejarla escapar enhorabuena.

—¿Qué hace usted tan escondido, Briant? — dijo Martínez. — La dueña de casa extraña su ausencia en el salón de juego. No olvida que todos los presentes recuerdan su paso por las ruletas de Europa.

Edmundo trató de excusarse. Pero el doctor Martínez lo tomó del brazo y lo atrastró al salón, en el que los jugadores se agrupaban alrededor de una mesa de ruleta. La entrada del hombre, cuya fama de virtuoso en el tapete todos conocían, provocó un murmullo de admiración.

—¡Feliz de usted! — exclamó a su oído el descontento Martínez. — Es el invitado de honor a esta reunión. Las miradas apasionadas de todas las mujeres se dirigen a usted...

En efecto. Las damas, jóvenes y maduras, observaban la gallarda figura de "gentleman", admiradas de hallarlo tan interesante.

Edmundo se acercó a la mesa de juego. Sus labios temblaban ligeramente, señal que evidenciaba su nerviosidad interior. Con treinta pesos en el bolsillo, ¿cómo responder a la admiración de los que aguardaban conocer su gesto de hombre habituado a derramar fortunas sobre el tapete de los principales casinos europeos?

Sin embargo, su impasible semblante no dejó traslucir su deplorable estado de ánimo. Sacó con displicencia un billete de diez pesos, murmurando:

—Empezaré con esto.

Vivió en un minuto un verdadero martirio. Sus oídos seguían atentos el ruido de la bolita blanca que saltaba por sobre los números con alegre tintineo. A su lado, una muchacha rubia, lo miraba con arrobamiento.

El azar le permitió ganar la apuesta. Y ya seguro de su suerte, arriesgó todo lo ganado. Y la pequeña bola blanca le proporcionó otra regular cantidad de fichas, y tras esa, otra, y otra más...

Jugaba casi solo. Sus fichas cubrían el paño.

—¡Ah, loco indio! — murmuró un muchacho. — No puede negar que es crídllo...

—Pero su juego es desatinado. Yo lo creía más calculador...

—Bien se ve que no le importa ganar o perder — agregó otro.

—Como que es millonario... — insinuó una mujer suspirando.

Pero la suerte se cansó de favore-



Ya no tengo

TOS

Ya soy de los que reconocen la eficacia de la



MIEL Y ALQUITRAN
DE PINO DEL DR. BELL



cerle. Edmundo vió desaparecer los cinco mil pesos ganados. Unas tras otras, se fueron las fichas. Con el ansia de ganar, inconsciente de lo que hacía, firmó dos cheques y hubiera seguido firmando más si la rubia vecinita no le hubiera advertido:

—Deje de jugar. Esta noche la suerte no quiere ayudarlo. Perderá todo lo que apueste...

Edmundo pareció despertar de inconsciencia. Tiró sobre el tapete las últimas fichas y se retiró sonriendo, dejando asombrados a todos los presentes por su firmeza de carácter. Se refugió en el sillón del "hall", deseoso de hallarse solo. Como el juego que acababa de gustar, había sido su vida: ficción, humo, efervescencia. Luego, quietud, apatía, desengaño.

Pensó en los cheques firmados... Antes, la ruina lo amenazaba. Ahora, a ella se unía la visión de la cárcel, la completa degradación de su vida.

Encendió un cigarro. Por detrás de los cristales de las amplias ventanas, las primeras luces del alba arrojaron sombras en su corazón. ¡Cuántas auroras le había sido dado contemplar! Quizá esa fuera la última... ¿Y por qué? El cansancio le arrebató toda ilusión. Y el hombre que comienza a mirar la vida con toda su triste realidad no debe continuar en ella. La felicidad o la tolerancia del vivir la encontramos en la mentira de una ilusión. Desgarrados los veos que la cubren, la tragedia se presenta en el gran escenario del mundo, libre del decorado de las bambalinas y de los afeites con

que se caracterizan los que toman parte en ella.

¿Refugiar su cansancio en el amor? ¡Qué locura! Esa afección, producida por una reacción enfermiza del espíritu, ya no podía engañarlo, haciéndole vivir horas en el ensueño...

Oyó el ruido de pasos leves. Una silueta de mujer apareció entre los helechos que, en grandes macetas, adornaban el "hall". El sillón ocupado por Edmundo se hallaba en un rincón, oculto entre las plantas de anchas hojas. De manera que pudo observar la gentil aparición sin ser visto. La mujer miró a su alrededor, con una mirada medrosa de gacela perseguida. Edmundo reconoció a la rubia vecina que en la mesa de juego lo había arrancado de su inconsciencia con sus palabras convincentes. Interesado, sin saber por qué, la vió inclinarse, revolver las hojas de un tupido helecho y sacar algo que no pudo distinguir. Con un rápido movimiento, abrió una petaca que llevaba en la mano e hizo ademán de ocultar el objeto que parecía brillar entre sus dedos. Pero, sea por la nerviosidad, sea por el temor que se traslucía en sus ojos, lo que trataba de esconder, resbaló por su falda y fué a caer junto a una maceta. Ella pareció no advertirlo, puesto que desapareció rápidamente apretando entre su mano la petaca de oro.

Edmundo, que había seguido el rodar del objeto brillante, aguardó unos segundos. Luego, con toda calma, se levantó para recogerlo. Ya en su mano, se volvió a su sillón, deseoso de examinar la prenda hallada. La observó. Una exclamación se escapó de sus labios. Entre sus dedos, brillaba un broche en forma de una estupenda mariposa. El cuerpo era una esmeralda alargada. Formaban las alas brillantes enormes, cuyo tamaño iba disminuyendo a medida que se acercaban a la esmeralda. La cabeza estaba formada por un brillante negro, de regular tamaño. Aquella alhaja, digna de una soberana o de una diosa, debía valer miles de pesos.

Su corazón parecía saltar dentro de su pecho, al comprender que tenía en la mano su vida misma. Vendería la joya y con el producto podría pagar sus deudas, alejarse de Buenos Aires, comenzar otra existencia. Se le ocurrió pensar en la rubia muchacha que, en su nerviosidad, había dejado caer la joya. ¿Por qué la tenía oculta? ¿Y por qué el delito se leía en su mirada de espanto? ¿La había encontrado o su adquisición distaba mucho de ser honesta? Pero, ¿qué podía importarle la situación de una mujer, de la que ni siquiera conocía su nombre? La salvación estaba en su mano, y necio fuera dejar de aprovecharla.

—¡Oh! ¡Qué magnífica joya! — exclamó una voz a su espalda. Edmundo se volvió con prontitud. El doctor Martínez miraba asombrado la mariposa que centelleaba en la mano de Briant. Su primera intención fué guar-

darla. Pero sospechó que el otro le había visto en el momento que la recogía. Se cruzaron rápidas miradas. Un segundo de reflexión bastó para que su dignidad intachable de caballero surgiera por encima de todo egoísmo.

—La he hallado allí, junto a aquel helecho — confesó.

—Tal vez pertenezca a alguna dama de las que están presentes esta noche.

En ese momento se acercó la dueña de casa.

—Señora... Mire usted lo que Briant ha hallado en este “hall”.

Bien pronto se aglomeró la concurrencia alrededor de Edmundo. Este parecía inconsciente. No había atinado a ponerse de pie. Miraba como hipnotizado la fantástica mariposa, cuyas alas luminosas parecían plegarse para escapar de sus manos.

La señora de la casa habló:

—El señor Briant, mi distinguido invitado, ha hallado ese broche. La dueña puede reclamarlo.

Nadie se movió. Los labios de las mujeres temblaban. Los ojos de los hombres parecían clavados en la joya.

Después de un breve silencio, la señora prosiguió:

—Si nadie reclama la alhaja, el señor Briant dispondrá de ella, puesto que á la hallado.

El feliz poseedor de la joya pareció reaccionar. Buscó con los ojos a la rubia mujercita que momentos antes había sacado la mariposa de su escondrijo. Sus pupilas dilatadas expresaban una ansiedad tan intensa que Edmundo sintió lástima. Presintió que ella había robado la alhaja apremiada por circunstancias parecidas a las suyas. La ruina social de las mujeres es mucho más dolorosa que la de los hombres. Sus manos blancas, habituadas a deshojar rosas y a quebrar ilusiones, se niegan al trabajo. La miseria, la vanidad, la visión de un porvenir incierto habían contribuido a que sus manos se mancharan con la afrenta del delito.

La señora volvió a repetir:

—La joya queda para el señor Briant.

Entonces el doctor Martínez, dijo al oído del que aún consideraba un filántropo millonario:

—Su caballerosidad, su “savoir faire”, la fama de que goza, le obliga a obsequiar la joya a alguna de las damas presentes.

Quedó pensativo. Su generosidad de hombre acostumbrado a derrochar fortunas, la olímpica altivez de sus gestos, le hizo olvidar su situación actual. Se irguió diciendo:

—Como considero que este broche

me pertenece, voy a obsequiarlo.

Un murmullo de admiración siguió a estas palabras. El corazón de las mujeres se agitó lleno de emoción. ¿Sobre quién caería el favor de ese hombre que en aquel momento surgía como un Apolo?

Briant se acercó a la joven de rubia cabellera, tomó con delicadeza la rosa que sangraba en su hombro y, mirándola profundamente, prendió la mariposa.

Poco después, Edmundo Briant llegaba a su casa murmurando las mismas palabras que dijo Francisco I cuando se vió derrotado en Pavia por los españoles: ‘Tout est perdu, sauf l’honneur’.

Cambió su saco por la “robe de chambre” más elegante que había traído de París. Peinó sus cabellos, encendió un habano y, sin un temblor, tomó el revólver que guardaba dentro de su mesa de luz.

Y así lo encontró su criado, poco después, sonrientes los pálidos labios; con el cigarro a medio consumir entre los dedos fríos, mientras que un hilo de sangre que caía de la sien formaba una rosa roja sobre la immaculada pechera.



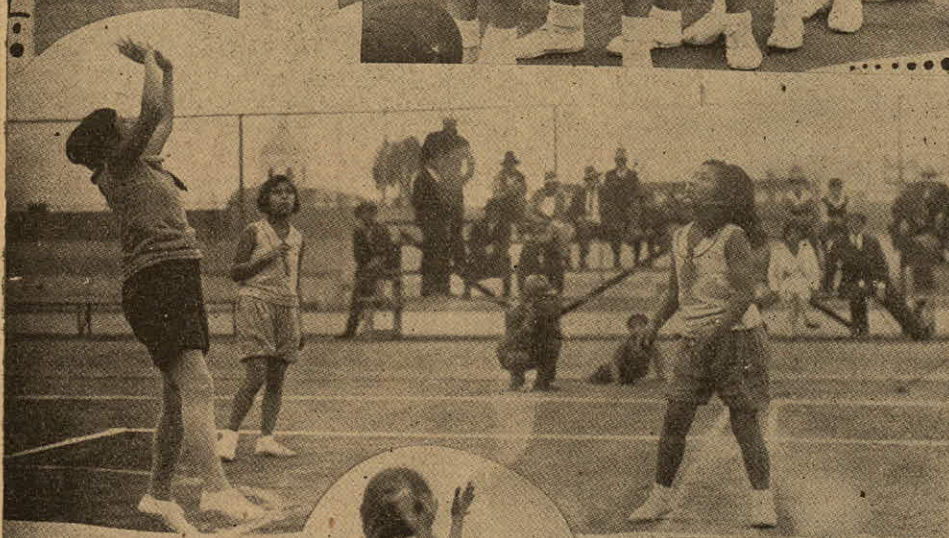
En **ANEMIA**
DEBILIDAD-CONVALECENCIA

Los Medicos los mas eminentes recetan
VINO y JARABE **DESCHIENS**
à la Hemoglobina **PARIS**

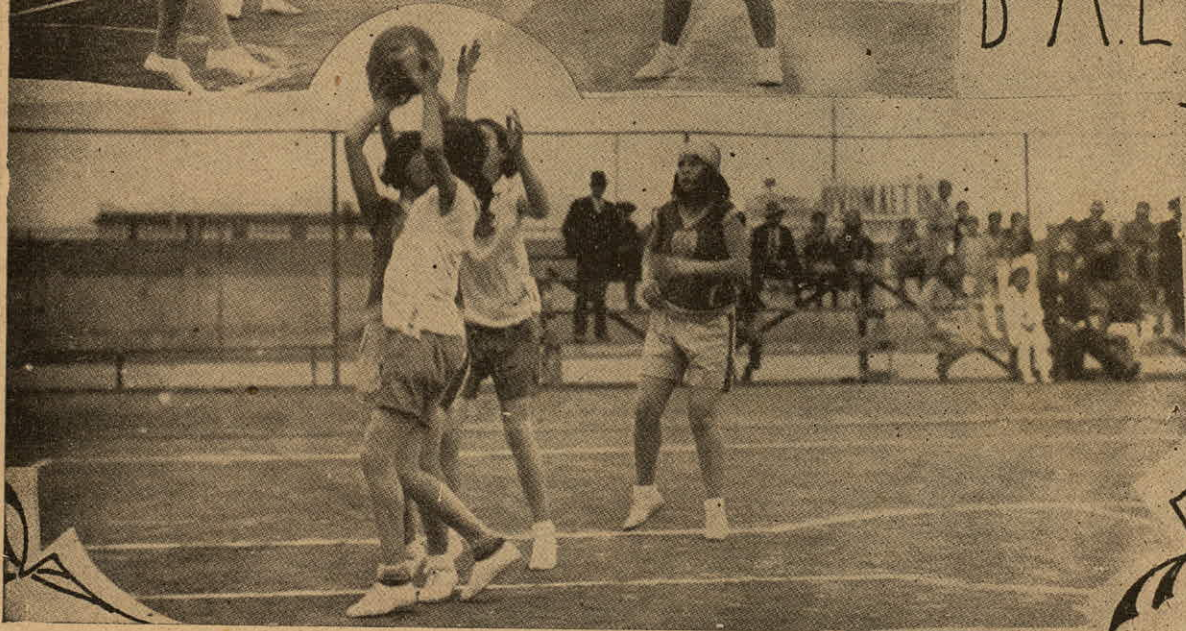


—Nos ha puesto en duro trance
Rafael, el Canciller,
pues, según nuestro Estatuto

no está... tutto si él se fué,
y será cosa difícil
hallar otro, como él...



DE
BASKET
BALL



1. Femenil Callao que perdió frente a Juventud Victoria — 2o. Una interesante escena entre ambos equipos — 3. Otra escena entre los mismos equipos



1. Juventud Victoria que venció al Femenil Callao — 2. Las mismas equipistas disputándose la bola — 3. Entrevero frente al cesto del Victoria

FOOT-BALL EN EL STADIUM NACIONAL

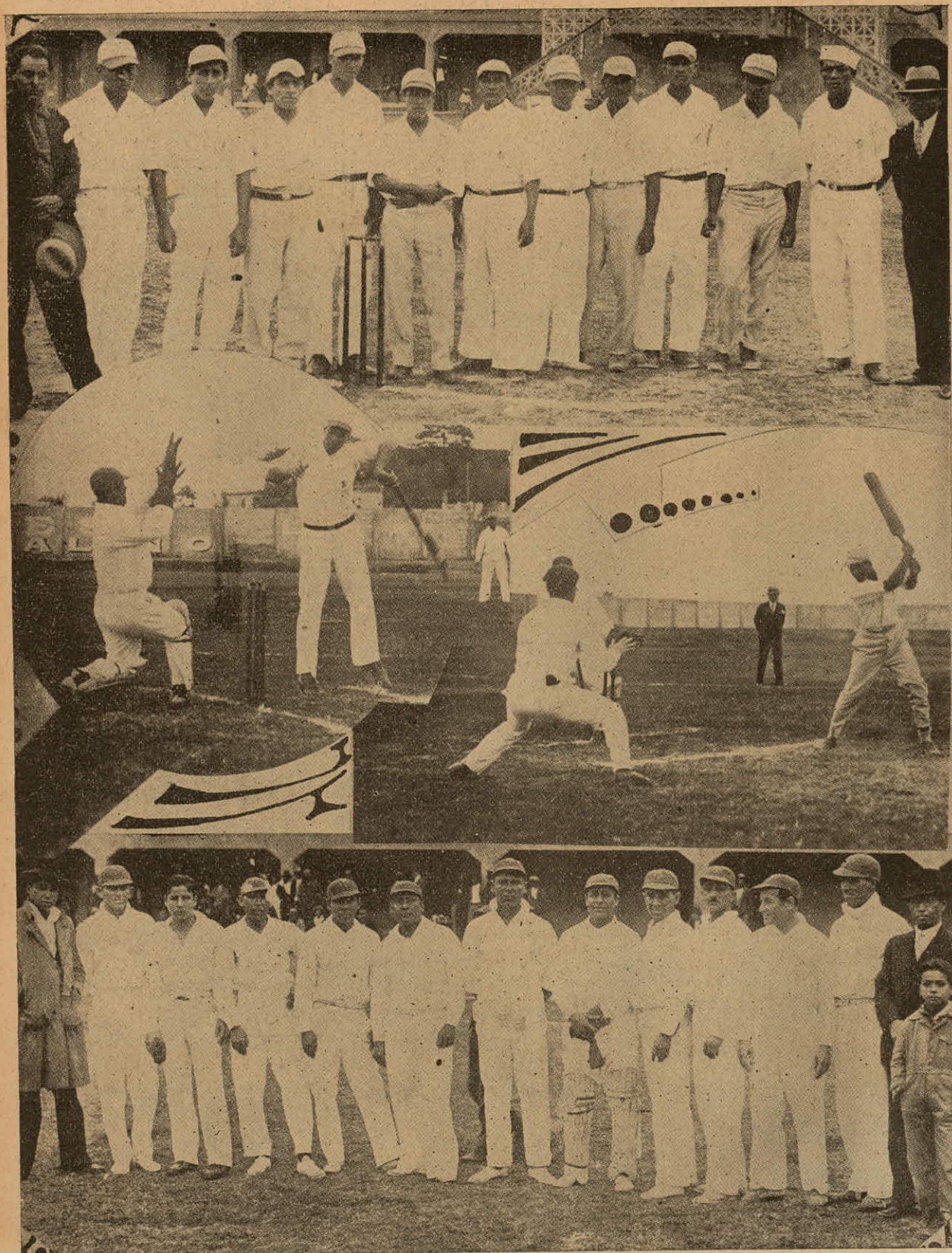


1. Equipo del Racing que venció al Seleccionado Limeño — 2. Urrtizcay a perseguido por Charum — 3. Una magnífica tapada de Pardón

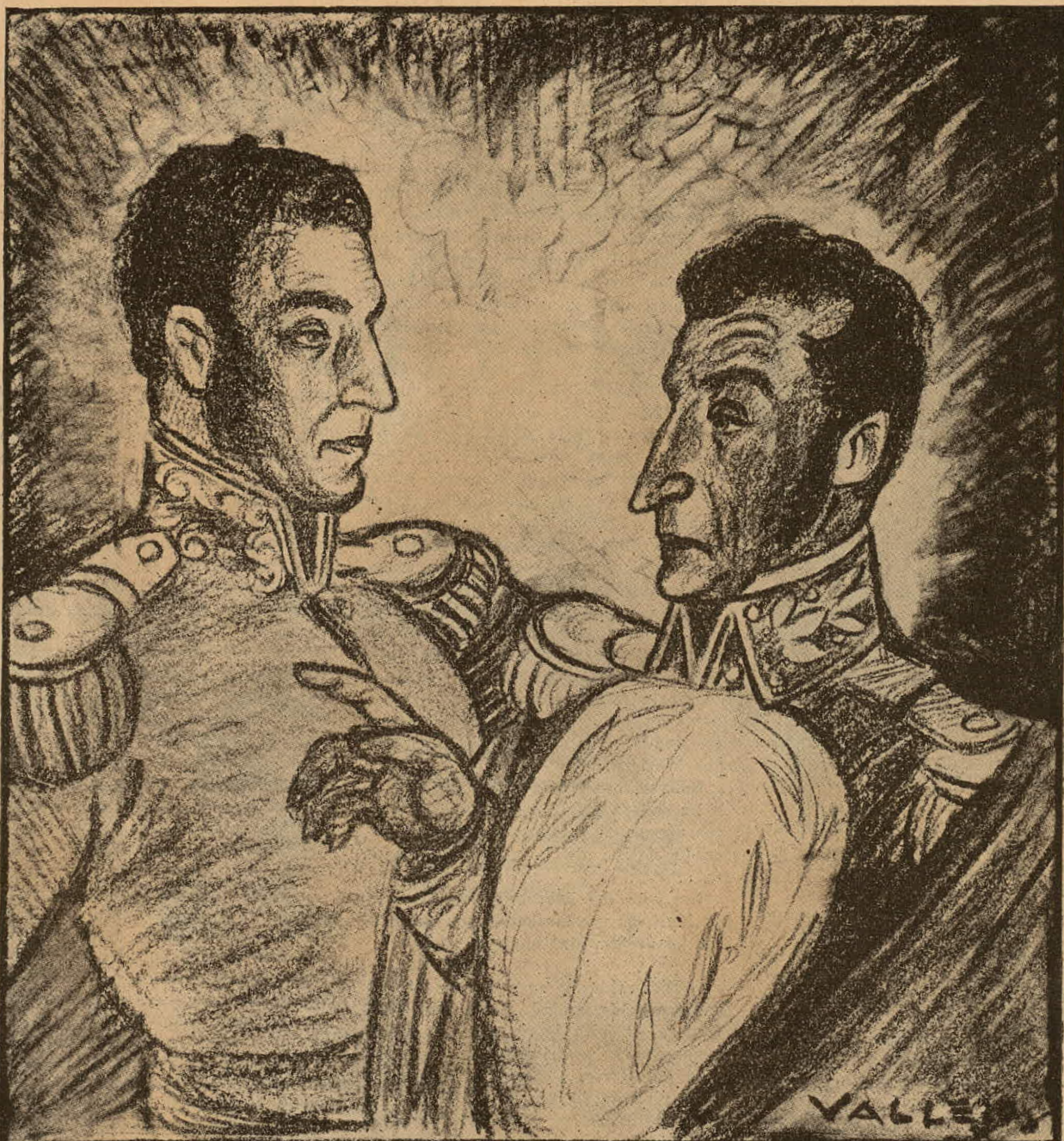


1. Seleccionado Provincial de Lima que perdió frente al Racing — 2. Cosme y Ruiz en pos de la bola mientras De las Casas se apresura a intervenir — 3. Un oportuno cabezazo de Valderrama

PARTIDOS DE CRICKET



1. Sáenz Peña que compartió con el Miguel Grau — 2o. Escena entre ambos equipos — 3. Miguel Grau que perdió frente al Sáenz Peña



LOS DOS HEROES

Bolívar al contestar la carta de San Martín en que el Protector le anunciaba su visita, lo invitaba a verlo en suelo de Colombia, o a esperarlo en cualquiera otro punto, envolviendo en palabras lisonjeras el objeto capital, que era arreglar de común la suerte de América.

Al firmar Bolívar la carta el 25 de julio de 1822, a las seis de la mañana fué anunciada la vista de una vela en el horizonte, a la altura de un elevado en la boca del golfo Muerto. Era la goleta "Macedonia" que conducía al Protector y ancló frente a la isla de Puná.

El Libertador mandó saludar a San Martín por medio de dos edecanes ofreciéndole hospitalidad.

San Martín desembarcó al día siguiente.

Cuando la falúa lo llevaba a tierra el pueblo lo aclamó con entusiasmo a lo largo del maldón de la ribera.

El Libertador esperaba al Protector en una suntuosa casa, vestido de gran uniforme, rodeado de su estado mayor, al pie de la escalera, y salió a su encuentro. Se abrazaron por primera y última vez.

—Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del re-

nombrado general San Martín — exclamó Bolívar.

San Martín contestó que los suyos estaban cumplidos al encontrar al Libertador del norte.

Subieron del brazo las escaleras, saludados por las aclamaciones populares.

En el salón de honor, el Libertador hizo la presentación de sus generales al Protector.

Una delegación de matronas y señoritas se presentó a darle la bienvenida en una arenga que San Martín agradeció.

En seguida, la joven Carmen Garay-

coa, de dieciocho años de edad, una radiante belleza, salió del grupo y fué a ceñir la frente del Libertador del sur con una corona de laurel de oro esmaltado. San Martín se ruborizó, y quitándose suavemente los laureles de la cabeza, dijo que no merecía esa demostración, a la que otros eran más acreedores que él; pero que recordaría el presente como uno de sus días más felices.

Luego los dos grandes hombres quedaron solos en el salón; lo que hablaron no era oído por los edecanes, que permanecían en la antesala.

Así estuvieron juntos, sin testigos, por espacio de hora y media, hasta que Bolívar se retiró. Más tarde, San Martín pagó al Libertador su visita, que fué de mera etiqueta y duró sólo media hora.

Al día siguiente, 27 de julio, San Martín ordenó que su equipaje fuese embarcado a bordo de la goleta anunciando que esa misma noche pensaba hacerse a la vela.

A la una de la tarde de ese mismo día, se dirigió a la casa del Libertador y encerrados otra vez ambos, sin testigos, permanecieron cuatro horas en conferencia secreta.

A las cinco de la tarde se sentaron juntos a la mesa de un banquete. Cuando los brindis, Bolívar se puso de pie, invitó a que lo imitasen y dijo:

—Por los dos hombres más grandes de la América del Sur!

San Martín contestó:

—Por la pronta conclusión de la guerra; por la organización de las diferentes repúblicas del continente; y por la salud del Libertador de Colombia!

Por la noche se dió un baile en honor del visitante. A la una de la madrugada San Martín llamó a su edecán, el coronel Rufino Guido, y le dijo:

—Vamos; no puedo soportar este bullicio.

Sin que nadie lo advirtiese salieron por una puerta excusada, según lo convenido con Bolívar, de quien se había despedido para siempre.

Una hora después, la goleta “Macedonia” se hacía a la vela conduciendo al Protector.

El más profundo misterio rodeó, durante cuarenta años, lo tratado en la célebre conferencia.

Después al fenecer la vida de ciertos hombres que actuaron en esa época, que estaban interiorizados del acto, pero que guardaron reserva, porque así les fué exigido, la historia ha podido reconstruir la verdad de lo acordado entre los dos colosos.

Siempre de pié San Martín y Bolívar se contemplaron unos segundos y, el primero, más sereno, con esa voz armoniosa, clara, humilde, que no parecía emanar del pecho de tan esforzado paladín, y clavando, sobre Bolívar su

mirada de águila, la mirada que no pudo hacer doblegar Napoleón I, dijole:

—General; yo he librado del poder español a las provincias unidas de la Plata, a Chile y al Perú. Soy el Libertador del Sur. Usted ha hecho igual cosa con Nueva Granada, Venezuela y el Ecuador... Es usted el Libertador del Norte. Pero, sin embargo, en esta América que por mitad hemos hecho independiente, no cabemos los dos... Ni yo puedo servir bajo las órdenes de usted ni usted bajo las mías...

—No, General — interrumpió Bolívar — Para mí, siempre será un honor servir bajo las órdenes de un jefe tan ilustre como usted...

—No prosiga usted — dijo San Martín — Dios ha dado a los seres humanos el corazón, las ambiciones que encierra el cerebro, no pueden cubrirse con deleznable atavío de palabras... Hace tiempo que conozco sus ideas, General Bolívar. Y le reitero: en este inmenso escenario no cabemos los dos... uno, tiene que desaparecer... para que, el otro, termine la obra salvadora de estos pueblos; cuyas páginas de gloria faltan por concluir... y, ese uno, soy yo... mi carrera militar ha terminado... acepte usted el puesto que le ofrezco.

Bolívar se acercó a San Martín...

La cabeza del hijo glorioso de Caracas apenas alcanzaba al cuello del humilde nativo de la colonia misionera...

Los ojos del Libertador se llenaron de lágrimas y estrechando con sus brazos los de San Martín, dijo:

—Dios sabe que en este momento mi palabra es de verdad. Sabía que en el Sur de América había ríos, montañas y pampas tan grandiosas como las nuestras del Norte... pero ignoraba existiese un corazón tan magnánimo como el de este hombre llamado el General don José de San Martín... Tengo sólo treintinueve años... La gloria me atrae. Acepto su ofrecimiento y estas lágrimas de hombre que la emoción hace brotar de mis ojos, sean testigos de que hoy es el día grande de mi vida, en aspiración soñada... Por lo demás — concluyó con uno de esos arranques tan comunes en él — perdone usted esta pequeña vanidad... pero creo que sólo el General Simón Bolívar podría, ser, en reemplazo del General San Martín, el jefe supremo de los ejércitos libertadores de América.

San Martín estrechó la mano de Bolívar y, un suspiro se escapó del pecho del vencedor de Chacabuco.

Era la forma en que arrojaba de su alma la ambición también acrecida de ser el jefe único de aquella falange de héroes...

Tenía también sólo cuarenticuatro

años y acababa de extinguir sus ambiciones militares.

“La gloria de San Martín había llegado al grado estimulante de la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. Era como fundador de tres nacionalidades — la argentina, la chilena y la peruana — por sus grandes planes de campaña continental, por sus combinaciones estratégicas, y por sus victorias, el primer capitán del Nuevo Mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande y el más genuinamente americano. Para ser más grande sólo le faltaba contemplar su obra. Su medida histórica en los sucesos contemporáneos, únicamente podía compararse a la de Bolívar”.

“Bolívar había sido aclamado Libertador, y este título o investía de la dictadura revolucionaria de su patria. San Martín, sin punto de apoyo en que las circunstancias le imponían, se inculcó el principio de su decadencia militar y política”.

Como resultado de la conferencia de Guayaquil, el general Mitre saca la deducción que expresan las siguientes bellísimas líneas de su monumental Historia de San Martín:

“El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren”.

“Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sudamericanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas por su influencia en su tiempo y en su posteridad”.

“Bolívar y San Martín fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano que restableció el dinamismo del mundo político por efecto de la revolución que hicieron triunfar”.

“Su acción fué igual como los miembros de un mismo cuerpo; hasta su choque y antagonismo responden a su acción que se completa la una por la otra”.

“Se ha dicho, con más retórica propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes; el Amazonas y los Andes están medidos y las estaturas históricas de San Martín y de Bolívar también, así en la vida como apostados en la tumba”.

“Los dos son intrínsecamente grandes, en su escala, más por su obra común que por sí mismos, más como libertadores que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se prolonga en los hechos de que fueron autores o agentes, y vive y obra en su posteridad”.

“¡Es un error usar
cualquier otro jabón!”

dice

ECHTEN de Budapest

Especialista en Belleza
de las grandes actrices
y cantantes del Teatro
Real de la Opera —



Francis Echten, padre, ha estado asociado con el Teatro Real de la Opera de Hungría, en Budapest, durante 40 años como especialista de belleza.



Francis Echten, hijo

“Siempre que aplico un tratamiento en mi salón,” dice Francis Echten de Budapest, “agrego el consejo de asearse el cutis diariamente con el Jabón Palmolive.”

“Siempre que aplico un tratamiento en mi salón, agrego el consejo de asearse el cutis diariamente con el Jabón Palmolive. Según mi experiencia, no hay cosa que le iguale para quitar completamente la suciedad que se acumula en los poros, y la cual, si no se desaloja por completo, hace imposible que aún los mejores tratamientos conserven el cutis juvenil y lozano.”

Más interesante resulta este consejo por ser, tanto Echten como su hijo, famosos expertos en el tratamiento del cutis y del tocado. Francis Echten recibió diplomas como Profesor en cultura de la Belleza de Hungría, de la Akademie de Damenfrieir Kunst de Viena y de los Establecimientos Chabrier de París. Ganó también tres premios en competencias: dos medallas de oro y una de plata.

Todos los expertos de Europa concuerdan

En toda Europa concuerdan los especialistas en belleza en recomendar el Jabón Palmolive. Los más eminentes especialistas pari-

sienses han encontrado que: “es el mejor método de conservar el cutis suave y lozano.”

En los Estados Unidos de América, más de 18,900 especialistas aconsejan a sus clientes sigan este método: Con ambas manos hágase una espuma abundante del Jabón Palmolive y frótese bien la cara con ella; en seguida enjuáguese y séquese perfectamente. Entonces —y no antes— queda preparada Ud. para aplicarse los cosméticos. Practique tan sencillo tratamiento en la mañana y en la noche.

Usese también el Jabón Palmolive en el baño.

Echten farvecszolg
BUDAPEST

Los únicos aceites en el Jabón Palmolive son los aceites de palma, coco y olivo y ni un átomo de sebo o grasas animales.



JABÓN PALMOLIVE

UNICOS AGENTES: WESSEL DUVAL & Co. Inc.

UNMSM-CEDOC



Para aumentar las fuerzas intelectuales y físicas

nuestro organismo necesita algo más que la alimentación habitual. Así como la victoria deportiva es alcanzada por el atleta que sabe asegurarse las reservas de fuerzas necesarias y las pone en la balanza en el último momento, así mismo, el éxito, en la lucha por la existencia, sonríe a quien cumple con su trabajo sin malgastar sus fuerzas, empleando sabiamente sus energías y haciendo valer sus capacidades.

Nada puede compararse a una taza de Ovomaltina, alimento natural concentrado, de composición constante, gran valor nutritivo, agradable sabor y fácil digestión, que contiene las vitaminas indispensables a la vida.

La Ovomaltina se expende en latas de 250 y 500 gramos en todas las farmacias y droguerías.

La

OVOMALTINA

es la salud.

Dr. A. WANDER S. A., BERNA (Suiza)

Representante en el Perú:

Dr. O. WAGNER, 518 Espaderos, LIMA, Apartado 2788

